

**MARCO AURELIO CARBALLO, JOAQUÍN ARMANDO CHACÓN, GERARDO DE LA
TORRE, HERNÁN LARA ZAVALA, VICENTE LEÑERO, DAVID MARTÍN DEL CAMPO,
SILVIA MOLINA, ALINE PETTERSSON, RAFAEL RAMÍREZ HEREDIA, BERNARDO
RUIZ, GUILLERMO SAMPERIO**

EL HOMBRE EQUIVOCADO

Novela colectiva

© Marco Aurelio Carballo, Joaquín Armando Chacón, Gerardo De la Torre, Hernán Lara Zavala, Vicente Leñero, David Martín del Campo, Silvia Molina, Aline Pettersson, Rafael Ramírez Heredia, Bernardo Ruiz, Guillermo Samperio

© Todos los derechos reservados, México, D.F., 1988

1a edición, Joaquín Mortiz, 1988

México, D.F., 1988

Índice

Advertencia

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Advertencia

La idea surgió por primera vez en Morelia, en febrero de 1986, durante un encuentro de Nueva narrativa latinoamericana organizado por el departamento de literatura de la UNAM y el Instituto Michoacano de Cultura, según parece. A los postres del encuentro, durante una opípara comida campestre, alguien propuso lo que ha sido durante decenios, el más caro sueño de los grupos de escritores amigos: escribir entre todos, entre cuatro, entre diez, entre veinte o los que sean, una novela colectiva. Alguien propuso en Morelia: "¿por qué no escribimos una novela colectiva?", y en seguida, todos levantamos la mano, como niños aplicados. El tema: lo que salga. El orden de redacción: sorteo riguroso. El tiempo de escritura: quince días para el capítulo de cada quien. Antes de ponernos de acuerdo ya estábamos realizando el sorteo: recortando y doblando papelitos y echándolos luego en un vaso o en una canasta —¡quién se acuerda!—, y sacando el número que la suerte iba ordenando para cada uno de nosotros: supuestamente todos escritores, narradores congresistas, aunque desde luego no faltaba por ahí más de un colado ganoso de involucrarse en la aventura literaria.

Y aunque se cumplió a tiempo con el capítulo de arranque de una pretendida novela a veinticinco o treinta pares de manos (¡porque por ahí iba el número de participantes!) la estafeta de capítulos no pasó del turno tres o del turno cuatro. Se desinfló dolorosamente, rapidísimamente, sin darnos tiempo siquiera a lamentar un fracaso que más pareció aborto que asesinato vil.

La incomunicación en que vivimos, como corresponde inevitablemente a nuestro gremio, impidió dolernos juntos del naufragio e intentar un rescate de última hora. Dimos por hundido el barco y ya. Nadie convirtió en tragedia el hecho.

Pero reunidos otra vez, casi los mismos, al año siguiente, en Morelia, durante un encuentro literario que ahora se llamaba de *Teoría y práctica del cuento*, organizado también por el Instituto Michoacano de Cultura y la Dirección de Literatura de la UNAM, el INBA y la Secretaría de Relaciones Exteriores, la idea

volvió a surgir, volvió a plantearse.

Era la noche del 7 de agosto de 1987. Cenábamos en un salón del Centro de Convenciones y ocupábamos mesas circulares de diez, de doce gentes, no más. En una de esas mesas, David Martín del Campo levantó la mano y dijo del proyecto de una novela colectiva. Otra vez. Segundo intento. Pero para buscar hacerlo de veras viable, es decir, efectivo, es decir, para llevarlo a cabo: por qué no considerar únicamente a los compañeros que en ese momento ocupábamos una de esas mesas. Los que estamos aquí. Nosotros. De una vez. Ya. Inmediatamente. Sale. Juega. Y así fue.

El grupo quedó formado por diez bajo la coordinación de los más entusiastas y más organizados, la verdad: David Martín del Campo y Bernardo Ruiz. Los otros ocho éramos, en desorden alfabético: Silvia Molina, Hernán Lara Zavala, Aline Pettersson, Rafael Ramírez Heredia, Vicente Leñero, Joaquín Armando Chacón, Guillermo Samperio y —en ausencia—, por animada proposición de Silvia Molina: María Luisa Puga. Sí, claro, la Puga. Debe estar la Puga, exclamó Martín del Campo, y todos asentimos.

Se formularon las reglas, sencillísimas. Tema libre. El que empieza es el que dicta el argumento inicial. Cada quien deberá escribir dos capítulos, en dos vueltas rigurosas, como campeonato de fut. Cada quien deberá entregar alrededor de diez cuartillas de formato tradicional. Cada capítulo deberá escribirse en el lapso estricto de una semana. Los escritores se reunían semanalmente a comer en un restorán de la ciudad de México —"¿qué les parece *La Bodega?*", propuso Martín del Campo— y ahí entregará, en jueves, la estafeta de su capítulo a quien le siga en turno.

Se hizo el sorteo de turnos. Se brindó por el éxito. Se decretó que los capítulos se presentarían sin firma (en el momento en que el libro fuese a ser publicado) y chin chin al que se raje.

Si todos cumplíamos cronométricamente, la novela vendría a quedar terminada —sacamos calendarios, hicimos cuentas— por ahí de la segunda quincena de enero.

Todos cumplimos, pero no cronométricamente. María Luisa Puga no pudo

incorporarse al proyecto por su residencia en Zirahuén, que dificultaba la comunicación tratándose de una novela escrita a la velocidad increíble de un capítulo por semana, y en su lugar entró Gerardo de la Torre. Otras fallas a causa de la temporada navideña, y retrasos explicables por el síndrome neurótico de la profesión, hizo intervenir a Marco Aurelio Carballo, con quien se completó el escritor once. Eso: el grupo quedó como una oncenena de fut, siempre coordinada, celosamente coordinada, hay que decirlo, por el multicitado Martín del Campo y el venerable Bernardo Ruiz.

Leída la novela, es posible encontrar, sin duda alguna, temas obsesivos de la generación a que pertenecen casi todos los participantes, y algún ocioso podría ponerse a adivinar cuáles capítulos escribió cada quien. Empeño ingrato. Disquisición inútil. Lo significativo del experimento es que se trata, precisamente, de un experimento; perdón, no tanto como eso; mejor: de un juego literario regido por la constancia que da la amistad. Sólo con amistad, y este esfuerzo lo testimonia, es posible ponerse a jugar durante medio año, poquito más de seis meses, esta partida de capítulos donde los personajes van de un lado a otro tratando de conservar o definir o borrar las huellas de su identidad. La aventura policial que el libro parece contar no reside tanto en la trama de complicaciones que rigen a Sofia y Abelardo, sino en el entramado de los novelistas que han tenido las cartas de su juego para realizar a veintidós manos este acto de prestidigitación, este lúdico ensayo que consiste — según parece— en tejer y destejer, capítulo a capítulo, una historia verdaderamente imposible.

Es imposible escribir a veintidós manos cualquier historia—eso se da por descontado—; pero al intentar tal absurdo, el propio juego estalla como un haz pirotécnico, y el resultado sorprende tanto a los que juegan como a los que leen el juego.

No hay por qué andarse por las ramas. La historia es así de sencilla. Escritores que somos —o vamos siendo en la jornada de cada día— nos propusimos un juego de escritores: el juego de escribir una novela colectiva. Con puntualidad, constancia,

alegría y a veces, de veras, hasta un poquito de pasión y una pizca de estilo. Lo que resultó, aquí está.

Esto es. Hay que desenredarlo, desde luego, para asomarnos al corazón de la graciosa aventura. Nada más. Sin pretensiones. Sin alardes. También sin resentimientos, qué caray.

Se abre la caja, y el juego que se jugó escribiéndola, se juega ahora leyéndolo.

Capítulo I

Todo empezó cuatro años antes, el día en que Abelardo la conoció; más bien: el día en que Abelardo reparó en la existencia de aquella mujer morena, de ojos muy claros y busto llamativo. Alberto Gutiérrez le informó que se llamaba Sofía y que había empezado a trabajar casi al mismo tiempo que Abelardo, pero Abelardo juró y volvió a jurar: por primera vez, el día de hoy, se percataba de su presencia, palabra de honor.

—¿En qué departamento está?

—En la subgerencia. Es la secretaria del subgerente de asuntos extranjeros, o como se llame ese changarro.

—No puede ser.

—Lo que pasa —explicó Alberto Gutiérrez— es que antes trabajaba en Informática. La acaban de subir a la subgerencia ésta.

—Imposible.

—Imposible ¿qué?—preguntó Alberto Gutiérrez.

Imposible que no la hubiera visto jamás en Informática, siendo que al menos dos veces por semana, por no decir tres, y desde hacía tres años exactos, Abelardo ocurría al departamento de Informática para consultar la Computadora PN 6. Dos o tres veces por semana bajaba al tercer piso y gastaba quince, veinte y en ocasiones hasta treinta minutos de su tiempo es oro conversando con Rojas González, con el ingeniero Escobar, con el licenciado Garita o con los muchachos del departamento a quienes trataba—estrategia política de la empresa— de tú a tú: doña Martita, el Gato Mendizábal, Esteban Martínez, Juanito Rosas. Allí en Informática con los muchachos, justamente con el Gato Mendizábal, se dirimían o se afinaban las planillas de los Pronósticos Deportivos que ahora sí, don Abelardo, ahora sí —interrumpió Juanito Rosas— estuvimos a punto de ganar. Por un pelito.

—¿Cuántas fallamos?

—Tres—dijo el Gato Mendizábal.

—Entonces no estuvimos a punto. Estuvimos como siempre, en la luna..

—No, don Abelardo, qué paso.

—Fallar tres es fallar todas. Ni siquiera nos metimos en el dinero.

—Pero atinamos a las más difíciles—presumió Juanito Rosas—. Dimos al Atlante cuando en el Atlante nadie pensaba, y lo agarramos. También el empate de Ciudad Madero que estaba en chino. Y luego la pinche derrota de la U. de G. Casi todos los que agarraron doce la fallaron en ésa, don Abelardo. Por eso digo que puta, estuvimos en la puerta.

—Para la próxima.

—Ahora vamos a meter tres dobles y el progol—dijo el Gato Mendizábal.

—¿Y con cuánto hay que entrarle?

—Con lo mismo.

—¿Con lo mismo?

—Es que se van a apuntar dos ñeros más, don Abelardo... Si la agarramos nos llevamos como trescientos millones de pesos, que es decir: todo el dinero.

Durante el día Abelardo pensó, vuelta y vuelta en la cabeza, lo que podría hacer con cincuenta o cuarenta millones de pesos que le tocarían de su parte. Francamente poco. Calculando lo que en ese momento estaba costando un carro, una casa propia, un viaje de perdida a Europa, no lograría obtener, con cuarenta millones de pesos, todo lo que ambicionaba como antojo clásico: el deseo de deseos gritado al genio de la botella en el momento de salir disparado luego de un gran estrépito y entre nubes grisáceas, como de smog. La risotada estruendosa y la inclinación de aquella enorme cabeza rapada, cabeza oriental, cabeza gigantesca: Diga usted, amo; a sus órdenes, estoy para satisfacer sus antojos. Y allí estaba Abelardo con la boca abierta de Sabú observando al gigante genio, oyendo con dolor de oídos por el estruendo las carcajadas. Sabú actor y Sabú personaje: esclavo en la vieja película que hasta hace muy poco tiempo logró ver gracias a una matiné en la cineteca. Llevó a su hijo Abelardito: un Abelardito muchacho, cachetón, atiborrado de preguntas y preguntas, papá: por qué esto y por qué lo otro y por qué lo demás allá, papá; por qué el genio se ríe tan fuerte que ni oír deja y por qué la rosa debe ser azul y por que la

princesa lleva un velo que le cubre la mitad de la cara pero no la curva de la bellísima cintura al aire, papá.

—¿Cómo dices que se llama?

—Sofía.

—Tiene nombre de actriz.

—Yo no conozco ninguna actriz que se llame Sofía.

—La Loren.

—Ah, pues sí.

Nunca entendió Abelardo cómo esa mujer pudo haberle pasado inadvertida durante más de un año—haya estado donde haya estado, pensó Abelardo, en Informática o en la subgerencia de asuntos extranjeros—, siendo que ahora no podía dejar pasar un día sin verla, es decir, sin inventar cualquier pretexto para subir a la subgerencia o planear un encuentro casual en un pasillo o definitivamente aguardarla en la puerta del elevador a las seis p.m., nada más para verla: nada más.

Para los demás no era una mujer excepcionalmente hermosa, según daban a entender los demás con su economía de miradas o con la distancia con que se referían a ella cuando el mundo de Abelardo se empezó a poblar de datos, de alusiones, de imágenes de Sofía recién conocida de la que ahora oía hablar a todo mundo: tal vez porque hasta ahora ponía atención en lo que todo mundo hablaba o podía hablar de una compañera de trabajo; algo más mucho más que una compañera de trabajo para Abelardo: un sueño, una ilusión, una quimera a la mitad del día, en el tráfico de la ciudad, en el ruido del país, en la miseria de esta vida tan endemoniadamente difícil, licenciado.

—¿Le gustaría viajar, Abelardo?

—¿A dónde?, licenciado.

—Viajar en representación de la compañía. Como representante nuestro. Lo que se dice viajes de negocios—precisó el licenciado Uruguay.

—Nunca lo había pensado.

—¿Le gustaría?

—Si la compañía necesita que viaje, yo viajo a donde usted me diga, licenciado; estoy en absoluta disponibilidad, usted lo sabe.

—No le pregunto eso, Abelardo. Le pregunto si le gustaría viajar, de corazón, por el puro placer de viajar. Si le gustaría eso. A usted.

Era una buena señal. Le tenían confianza. Lo trataban como a los empleados consentidos. En realidad a él ya no le cazaba el título de empleado: poco a poco él era, él iba siendo, él fue siendo, él fue convirtiéndose en un ejecutivo de primer nivel a partir de aquella conversación con el licenciado Uruguay. Como ejecutivo lo empezaron a tratar los subalternos, los empleados menores, las secretarias, los mensajeros. Como ejecutivo empezó a asistir a las reuniones de consejo de los ejecutivos. Tenía un lugar: se ganó un lugar: el tercer sitio, entrando a mano izquierda, en la mesa larga del salón de juntas del cuarto piso.

Allí encontró a Sofía, una tarde, sentada a la izquierda del subgerente pero un poquito más atrás, semioculta tras el hombro del subgerente y en actitud de una intérprete. Era una intérprete francés español, español francés, y lo hacía perfectamente bien. Minutos antes el subgerente había entrado acompañado por ella a la sala de juntas y explicando que, para facilitar la comunicación entre monsieur Mounier y el grupo de ejecutivos, y entre el grupo de ejecutivos y monsieur Mounier allí presente, delegado especial de la casa francesa y en viaje de asuntos importantes por nuestro país, él, el subgerente, se había permitido solicitar la asistencia profesional de Sofía Platín, secretaria ejecutiva, para que tradujera todas—aun cuando la mayoría de los presentes no lo necesitara— las intervenciones de monsieur Mounier; de la misma manera, o mejor dicho, de manera semejante a como la misma Sofía Platín traduciría para monsieur Mounier—que sí lo necesitaba, porque monsieur Mounier no sabía media palabra de español— todas y cada una de las intervenciones de los allí presentes.

Lo hacía muy bien, Sofía. Lo hizo muy bien. Hablaba el francés con un acento dulzón, verdaderamente delicioso, y con una soltura que Abelardo nunca sospechó. Monsieur Mounier agradecía con sonrisas e inclinaciones de cabeza cada parrafada

que llegaba a ella, y ella se esmeraba, tanto con él como con los ejecutivos de casa, en precisar cada expresión, en asegurarse de que no sólo el sentido general de la idea, sino la idea textualmente transcrita quedara perfectamente inteligible. Más de una vez Abelardo encontró con sus ojos los ojos de Sofía. Incluso hubo un momento en que Abelardo sintió el deseo, casi sensual, de oír en labios de ella, en su francés dulcísimo y perfecto, una frase, cualquier frase proferida por él. Por eso pidió la palabra y dirigió a monsieur Mounier una pregunta relacionada con las modificaciones de la cuota europea en el ámbito de las nuevas negociaciones intercontinentales que, aunque ya se había planteado al comienzo de la sesión, podía dar tema a un nuevo discurso del francés. Abelardo soltó la pregunta ociosa y Sofía la tradujo a un francés que por momentos sonó en los oídos de Abelardo a melodía exquisita, a una larga y lenta caricia en la piel. "Mis palabras en su boca", pensó.

Sofía miraba a Abelardo y miraba luego a Mounier como quien traslada una idea llevándola cariñosamente entre ambas manos. Se quedó con la vista —dos segundos, tres segundos— en Abelardo.

—¿Te digo una cosa muy aquí, muy aquí entre nos?

Abelardo y Alberto Gutiérrez estaban en el bar del hotel Presidente Chapultepec. Ya llevaban tres Johnny Walker etiqueta negra, con soda.

—¿Te digo una cosa?—insistió Abelardo.

Alberto Gutiérrez levantó el brazo y batió en el aire con el índice para pedir la caminera.

—Creo que me estoy enamorando de Sofía —completó Abelardo.

—¿De qué Sofía?

—De Sofía, de quién ha de ser.

—¿Estás seguro?

—Ando loco por ella.

—No me hagas reír.

—Te lo juro.

—Nunca me lo imaginé.

—Yo tampoco.

Alberto Gutiérrez pellizcó los cacahuates y se los echó a la boca como si fueran píldoras. Dijo, mientras mascaba:

—Es casada, ¿sabías?

—Sí, no le hace.

—¿Mejor que sea casada?

—Mejor.

Se arrepintió de haber confiado a Alberto Gutiérrez lo que era o debía ser un secreto, pero luego, gracias precisamente a Alberto Gutiérrez, se facilitaron en el trabajo los encuentros entre ellos. Alberto Gutiérrez los presentó oficialmente para que se dieran la mano, se dijeran mucho gusto y sonrieran: escena que resultó un poco ridícula, la verdad. También por Alberto Gutiérrez se congregaron unos cuantos empleados que una tarde, pasadas las seis treinta y con el pretexto de celebrar a Celestino Salcedo por un ascenso en el departamento de la subgerencia, salieron a tomar una copa al bar del hotel Presidente Chapultepec. Entre siete o nueve que eran iban Sofía y Abelardo, por supuesto. Alberto Gutiérrez propició que ambos se sentaran juntos. Ella pidió un blodymary que se duplicó a la media hora, y Abelardo alcanzó a tomar tres JB con soda. Fue una reunión insípida, más bien tonta. Alberto Gutiérrez trataba de animarla con anécdotas laborales que no alcanzaran a herir demasiado la susceptibilidad de los compañeros involucrados—ausentes desde luego—, pero aún así doña Martita, la de Informática, consideró que una broma a costillas de Ricardín por tanta pastilla de menta a toda hora, significaba poco menos que un insulto canallesco contra quien heroicamente estaba dejando el vicio de fumar y no hay derecho, señor Gutiérrez, de veras no hay derecho a burlarse así de la gente, sobre todo en su ausencia.

Abelardo hubiera querido provocar una conversación aparte con Sofía, pero ella no dio oportunidad; más bien evitó a todas luces cualquier signo que pudiera tomarse como una familiaridad entre ella y Abelardo, y mucho se esmeró para estar siempre dentro de la conversación general: preguntando, sonriendo, proponiendo

levantar los vasos a la salud del buenazo de Celestino. Abelardo tuvo así que conformarse con distraer la sola proximidad de Sofía, el maravilloso aroma de su perfume y la también maravillosa vista de una rodilla perfecta que se erguía como una promesa gracias a la pierna cruzada y a una falda que se volvía generosa cuando Sofía tomaba asiento.

—Yo me voy.

—No, no, espérese, cómo se va a ir ahorita...

—Es que mi hijo está solo.

Con Alberto Gutiérrez y alguien más, Abelardo acompañó a Sofía hasta su automóvil estacionado en el sótano: era un Volkswagen azul de modelo atrasado, un par de años, y que tenía el parabrisas escandalosamente estrellado: en el centro del estrellón se abría, pequeño, redondo, un orificio de bala. Al menos eso fue lo que dijo Alberto Gutiérrez:

—¿Te asaltaron, Sofía?

—No. Presté el coche. Así me lo devolvieron. Tengo que cambiar el vidrio mañana mismo. No puedo ni manejar.

Alberto Gutiérrez y ese alguien más la besaron en la mejilla en el momento de despedirse, y cuando Abelardo quiso hacer lo mismo, ella detuvo el embate afianzando la firmeza del brazo y oprimiendo la mano para marcar un adiós definitivo. El Volkswagen azul salió del estacionamiento dejando una humareda asquerosa.

También necesitaba con urgencia una afinación.

—No te puedes quejar—dijo Alberto Gutiérrez luego que se despidieron también de ese alguien más y caminaron rumbo al Corsar estacionado de Abelardo—. Te la pongo en suerte a la menor provocación. Si ella va a sentarse aquí, tú aquí: si ella/

—Sí, te has portado muy bien.

—Ya nada más falta que te la encame para que le hagas abrir las piernas y luego luego... más que la frase, fue el ademán con los antebrazos y el gesto grosero

de Alberto Gutiérrez lo que enfureció a Abelardo. Estuvo a punto de estamparle una bofetada en la cara, pero se contuvo antes que el mismo Alberto Gutiérrez se diera cuenta: estaba ebrio, eso era: estaba demasiado ebrio, y cuando Alberto Gutiérrez bebía de más se comportaba como un majadero: eso lo sabían todos y qué bueno que rápidamente lo recordó Abelardo, porque lo ayudó a contener una reacción de la que después se hubiera arrepentido. Si me enoja tanto es porque de veras estoy enamorado de esa mujer, pensó Abelardo mientras conducía por Paseo de la Reforma. Enamorado enamorado, qué barbaridad, no tiene remedio, qué maravilla.

Salió rápidamente del elevador y al dar vuelta para tomar el pasillo tropezó, casi tropezó con Sofía. Realmente fue una aparición milagrosa. Llevaba un suéter color de rosa, de lana, cerrado hasta el cuello, que lanzaba hacia adelante los pechos bellísimos que parecían buscar el cuenco y las ternuras de las manos de Abelardo, pensó Abelardo.

—Lo andaba buscando—dijo Sofía—. Ahorita mismo iba para su oficina.

También los labios eran de color rosa pálido. Rosa estaban sus párpados.

—¿Qué tiene que hacer el jueves?—preguntó Sofía.

—¿Este jueves?

—No, el de la semana próxima; el catorce.

Abelardo oprimió la frente.

—Es que voy a hacer una reunión en mi casa, con unos amigos, y me gustaría que usted fuera. Una reunión pequeña, muy íntima, nada del otro mundo, pero me gustaría mucho que fuera.

—El jueves catorce.

—Como a las nueve, nueve y media. Quiero que conozca a mi marido, le va a caer muy bien. Van a estar unas cuantas amistades de confianza. No me vaya a decir que no.

Había dibujado un mohín, como el de una chiquilla coqueta, maravillosamente femenino.

Después de que Sofía le entregó un papel con la dirección, cuando ya Abelardo

avanzaba por el pasillo rumbo a la oficina de Relaciones Públicas, la mano larga de la mujer regresó al brazo de Abelardo en un suave ademán de alto.

—Por favor no le vaya a decir nada a Alberto—silbó su voz—. A él no lo invité.

La dirección estaba escrita a máquina:

Pérez Galdós 1235, Dpto. 900, Colonia Polanco. Tel:6234211.

Nunca imaginó Abelardo que Sofía viviera en Polanco. La suponía en la Colonia Del Valle, inquilina o quizá propietaria de un modesto departamento que ella, más que su marido—fantaseaba Abelardo—, sostenía con su trabajo de secretaria ejecutiva.

Qué va.

El edificio era un edificio grande, de los años sesenta, y el 900 no era un departamento cualquiera sino el penthouse: se lo dijo uno de los dos hombres que parecían hacer guardia en la banqueta, frente a la puerta encristalada. Primero le marcaron el alto, provocadoramente; luego le preguntaron dónde va, señor. Él dijo al 900. Pronunció el nombre de Sofía Platín. El hombre que le había hablado—un gordo que se rapó la cabeza sin duda para adquirir aire de malhechor— lo miró larga, inquisitivamente, intercambió gestos con su compañero y dijo al fin:

—En el noveno piso sólo está el penthouse y la señora se llama Ana, no Sofía.

Abelardo extrajo del bolsillo superior el papelito con la dirección a máquina, pero antes de que iniciara su frase de desconcierto, el pelón se adelantó:

—Pase, allí es donde va.

Si Abelardo hubiera tenido que definir el penthouse de Polanco donde habitaba Sofía—no en el modesto departamento de la Del Valle—, habría utilizado el lenguaje de sus sobrinos, los hijos de Margarita: superelegante, supersofisticado, extralujoso, modernísimo: eso habría dicho, sorprendido siempre de que la secretaria ejecutiva de la subgerencia de asuntos extranjeros viviera en un departamento de millonarios; decorado, sin duda, por un decorador profesional celoso de la armonía y de la placidez lumínica: las cortinas, los muebles en blanco immaculado, la alfombra

mullidísima, las enormes, delicadas, magistrales piezas de marfil que brincaban por muebles de diseño alemán, se dijo Abelardo que no sabía mucho de decoración, pero a quien Susana Koestler, la decoradora oficial que contrataba en ocasiones la empresa, le había enseñado a distinguir algunos estilos clásicos de decoración moderna: francés, alemán, noruego... Sí, el penthouse de Sofía—si es que Sofía se llamaba verdaderamente Sofía— tenía una cierta semejanza con el departamento de Susana Koestler.

Un cuadro enorme de Tamayo presidía la estancia. Inconfundible Tamayo. Los autores de los demás cuadros, quién sabe. Abelardo conocía de pintura lo que todo mundo puede conocer, aunque según él, sabía apreciar la calidad: la calidad de una extraña, maravillosa estructura de cristal que bien podía representar un bosque de estalagmitas: Feliciano Béjar seguramente, se dijo.

Se aproximó a la escultura. Extraordinaria. Sí, Feliciano Béjar, podía apostar.

Desvió la vista: en una mesa vecina, pequeña, de cubierta de mármol, descansaba una Colt 45 cuyo cañón apuntaba al frente. Supo que era una Colt 45 porque su hermano tenía un revólver igual. Lo tomó, lo sopesó; estaba cargado, listo para usarse, pensó Abelardo sin saber por qué. Tal vez porque los asaltos están a la orden del día; porque los millonarios ricos viven asustados: defendidos por pistolas de toda clase puestas a la mano, a la vista; protegidos por vigilantes siniestros como el par de la banqueta: el pelón y el otro.

Segundos antes, una sirvienta de clásico uniforme negro, delantal y cofia blanca, había abierto la puerta de mil cerraduras a la que desembocaba de bruces el elevador. Le había pedido atentamente que aguardara un momento en lo que aparecía la señora: un momento.

La señora apareció cinco, seis minutos después. Era Sofía.

Llevaba un vestido de corte discreto, como los que llevaba a diario a la oficina, aunque de alguna seda finísima, supuso Abelardo luchando por hacer coincidir la imagen de la compañera de trabajo, más bien una empleada de segundo nivel, con aquel sitio elegantísimo, con aquella mujer soberbiamente arreglada. Qué hermosa

era Sofía. Qué hermosa estaba así, sonriendo, avanzando a él después del primer saludo a la distancia.

—Parece asustado—dijo Sofía y acentuó su sonrisa.

Abelardo no supo qué responder. Tardó en decir:

—Más bien estoy desconcertado.

—Yo sé.

—No me esperaba que viviera...

—Le voy a explicar, no se preocupe. No es nada misterioso.. Mi marido tiene muchísimo dinero, pero yo no puedo decirlo en la oficina y me hago pasar por una mujer de clase media, común y corriente. De otro modo no podría trabajar, y lo único que a mí me interesa es hacer algo de provecho. Ser útil. Estar en una empresa con personas tan gentiles, tan finas como nuestros compañeros y nuestros jefes, como usted.

Abelardo sonrió. No sabía qué otra cosa se podía hacer en aquellas circunstancias. Estaba nervioso. Se sentía un muchacho de dieciocho años, no un hombre de cuarenta.

—¿Jotabe?

—Gracias.

Sofía avanzó hacia una mesa rectangular donde se hallaban las bebidas: botellas, vasos, copas, ceniceros, una pequeña cubeta con los hielos. Todo parecía de cristal en aquella estancia, pensó Abelardo: hasta la vida.

—Le tengo una noticia que a lo mejor lo decepciona un poco o a lo mejor no. En fin. Hubo algunos problemas de última hora y mi esposo se tuvo que ir de viaje hoy en la mañana. No está... Tampoco van a venir mis otros invitados: cancelaron. Sólo vamos a estar usted y yo.

Mientras hablaba, de espaldas a Abelardo, Sofía había empezado a preparar los dos vasos de bebida. Se oía el ruido de los hielos al chocar con el cristal, el chorro de licor cayendo. Antes de terminar las bebidas la mujer giró hacia Abelardo y lo miró dulcemente. Avanzó hasta llegar a él. Extendió su mano izquierda y con toda lentitud

le acarició la cabeza, el cabello, la nuca.

Cuando la boca abierta de Sofía se frotó en la boca de Abelardo, éste sintió sobre el cuerpo la grata presión de los pechos femeninos: tiernos, dulces, suavísimos como dos breves palomas.

Capítulo II

Hubo algo extraño desde el principio, algo que no embonaba bien. Habían transcurrido ya más de cuatro años. Pero en la memoria de Abelardo los hechos se grabaron como si hubiera ocurrido apenas ayer...

Ni siquiera se tomaron el JB que ella preparó. Aquel primer y sorpresivo beso lo dejó atónito y feliz: ella, Sofía, su sueño de opio, se le había entregado así nomás, sin que él pusiera de su parte otra cosa que una admiración y un deseo ilimitados que debían ser a todas luces obvios, si no ¿por qué había reaccionado ella así? Luego del beso aquel, Sofía lo llevó de la mano hasta su alcoba, al fondo del departamento. En el trayecto, mientras pisaba la mullida alfombra, Abelardo se sintió dentro de un sueño: él, que no tenía seña particular alguna, ni siquiera era enteramente calvo, carajo, ni gordo ni flaco, que medía uno sesenta, calzaba del siete, ni blanco ni moreno—moreno claro declaró en su pasaporte— estaba prácticamente a solas en un departamento a todo lujo en Polanco con una bella morena, de ojos verdes y de buena figura.

Abelardo se había iniciado estudiando lo que entonces se consideraba como una de las carreras del futuro, LICENCIADO EN RELACIONES INDUSTRIALES, pero tuvo que empezar a trabajar como pagador de la empresa—esa misma empresa donde ahora ya casi era subgerente— pues se casó con Lupita, su primera y única novia desde los años de la prepa. Ahora, a punto de los cuarenta años, se sentía llegar por fin a esa cima que tantos y tantos anhelan en el curso de sus vidas y a la que muy pocos llegan: un ejecutivo, ya le tocaba, caray, no en balde se había sobado el lomo durante años. Sofía lo aterrizó al llegar a la recámara, alumbrada tenuemente por dos lamparitas idénticas, una en cada buró, donde lo esperaba un lecho tamaño king size con una sobrecama de satín negro. Algo, sin embargo, lo sacó de la euforia en que se hallaba: junto a la cama había un perchero en el que estaba colgado un traje de casimir príncipe de Gales.

—¿Cuándo regresa tu marido?

—No lo sé, nunca avisa.

—¿A qué se dedica?— preguntó Abelardo tragando saliva.

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

Ella lo había vuelto a besar, desanudándole la corbata y él tuvo por fin la oportunidad de tocar, con los cuencos de sus manos, aquellos pechos que le habían evocado a dos palomas y que ahora se convertían en dos melones frescos. Sofía se deshizo de los zapatos y se volvió de espaldas. Abelardo le desabrochó el vestido: ella se lo quitó por encima de la cabeza, lo tiró al piso y en un fondo de negro se metió a la cama y apagó la luz. Abelardo se desprendió del saco y estuvo a punto de colocarlo en el perchero, pero prefirió dejarlo en un sillón cercano. Con toda parsimonia se quitó la camisa, dobló sus pantalones y se zambulló en el cuerpo de Sofía, que lo aguardaba sonriente.

—¿Sofía?...

—Mmmm...

—¿Dónde te metías que nunca te vi en Informática?

—En cambio yo te tenía muy bien localizado.

Abelardo guardó silencio, pensativo. No tuvo más remedio que preguntar:

—¿Y por qué nunca te me acercaste?

—Porque no.

—Me fascinaste... Tan pronto te vi.

—Me mirabas con unos ojos...

—Me urge un trago— dijo Abelardo.

Desnuda, Sofía se levantó de la cama, se cubrió con la camisa de Abelardo y caminó hacia la puerta.

—Cuidado!—la previno Abelardo— ¿si te ve la sirvienta?

—¿Quién?

—La chica del uniforme negro.

—Ellos ya se fueron a descansar—contestó Sofía cerrando la puerta tras de sí.

Abelardo se quedó solo y a oscuras. Prendió la lamparilla del buró y observó la recámara: era muy amplia y decorada más bien con un gusto masculino. La cama, los burós y la cómoda eran de caoba con herrajes de metal. Frente a la cama había un sillón de piel de cerdo—donde había dejado su ropa— y adelante un enorme televisor y una videocasetera. Frente a la ventana, cerca del lado donde estaba acostado, había un escritorio con una lámpara verde. La alfombra era gris. Los cuadros que adornaban los muros eran geométricos y fríos, no reconoció más que uno —el único figurativo—que representaba a Marilyn Monroe sonriente e "iluminada" por los pinceles de Andy Warhol, lo cual le daba un aire siniestro a la supuesta sonrisa inocente y provocativa de la Monroe. Sus ojos peinaron la recámara hasta dar consigo mismos en el espejo de la cómoda entre la pared y la ventana: se había dejado la camiseta puesta, y sin moverse de su lugar se la quitó, la hizo bola y la aventó cerca del sillón. Mientras esperaba a Sofía se le ocurrió abrir uno de los cajones del buró, del lado donde se hallaba recostado. Había allí dentro una lima de uñas, unas tijerillas, un frasco de aspirinas, una linterna, lápices, papeles, tarjetas y fotografías. Con curiosidad, cogió las fotografías. En una de ellas Sofía, bien abrigada, con bufanda y un gorro de esquiadora asomaba la cara sonriente, escondida tras un árbol en un campo nevado. De cuerpo entero se veía junto a ella un tipo flaco, insignificante. La fotografía daba un efecto de *trompe l'oeil* porque por un lado del árbol asomaba la cara de Sofía pura y jovial, mientras que por el otro se veían sus nalgas redondas apuntando hacia al tipo que, de perfil, parecía ir en pos de ella. Otra de las fotografías mostraba a Sofía de frente en un restaurante, junto a la barra, con un mesero viejo. En uno de los extremos de la fotografía decía "Recuerdo del restaurant Floridita, 1983, Santo Domingo". La tercera fotografía había sido tomada con una cámara polaroid. Mostraba a Sofía completamente desnuda, posando como modelo de *Playboy*. La fotografía había sido tomada en esa misma habitación, pues atrás se veía la cara de Marilyn Monroe que sonreía maliciosa. Pasó tres o cuatro fotografías más en busca de algo similar a la de la polaroid pero nada, las demás eran fotos aparentemente turísticas. Entre las fotografías dio con una tarjeta. La leyó:

Ana:

Una nota rápida sólo para prevenirte: ten mucho cuidado pues ya se enteraron de todo. Yo estoy bien.

Love

Abelardo tomó la foto polaroid y cerró el cajón. Se puso de pie y la guardó en la bolsa de su saco. Recogió su camiseta en el preciso momento en que Sofía entraba a la recámara con una botella y hielo dentro de una champañera.

—¿Qué haces?

Al verse desnudo en medio de la habitación no se le ocurrió otra cosa que cubrirse y decir:

—Iba al baño.

—¿Al baño?—preguntó Sofía.

—Sí—dijo él mirando hacia la puerta.

—Ése es el vestidor. El baño está aquí—indicó Sofía señalando la otra puerta.

Abelardo orinó sin ganas. Volvió a la recámara y levantó sus calzoncillos. Sofía volvió con las copas y se acucilló en la alfombra.

—Abre la botella.

Abelardo le quitó el alambre protector y con los pulgares presionó el corcho para que saliera disparado hacia el techo, rebotara y cayera en la cabeza de Sofía.

—Eso quiere decir que vas a volver a casarte—comentó Abelardo riendo.

—¿Por qué no?—contestó ella estirando su copa—. Tú en cambio siempre me diste la idea de ser un marido totalmente fiel.

—Pero como ves, no resulté tan ortodoxo.

—A mí me gustan los Don Juanes. Son tan románticos...

—Nunca me imaginé que fueras así... siempre te portaste tan distante... a propósito ¿y tu hijo?

—¿Mi hijo?

—Sí, cuando festejamos a Celestino dijiste que te ibas porque lo habías dejado solo.

—¿Eso dije? preguntó ella sonriente. Ese día estaba muy nerviosa. Fue una mentira inocente. No tengo hijos.

El viernes en la madrugada Abelardo llegó a su casa, feliz.

No prendió la luz, entró con cuidado, sin hacer ruido: su condominio en la colonia Del Valle, del que estaba tan orgulloso—ya llevaba más de la mitad pagado—, le pareció ahora una mierda. Las recámaras minúsculas. La estancia donde estaban la sala y el comedor hubiera cabido fácil en un rincón de la alcoba de Sofía. Y ellos que ni siquiera vivían en la parte bonita de la Del Valle sino por el Viaducto. Ni modo, Ojalá que Lupe no se despertara porque no quería perder el encanto de la noche, deseaba entrar del ensueño al sueño sin pasar por la banalidad de su vida cotidiana, sin tener que dar explicaciones, inventar citas de negocios, justificarse por la hora, por el aliento. Eructó. Estaba sabrosa la don Periñón. Qué rico se sentían las burbujitas en la nariz, sobre todo cuando se toman bien frías y en compañía de una mujer como Sofía. Pasó directamente al baño, se quedó en calzoncillos y se acostó a dormir junto a Lupe, a la que no quiso mirar para no despertarla, pobrecita.

Se levantó, como siempre, a las siete de la mañana y se duchó cantando con dinero y sin dinero hago siempre lo que quiero, se rasuró, se vistió y llegó a la mesa a desayunar.

—¿Cómo te fue en tu cena?

—Muy bien. El licenciado Uruguay me dijo que de ahora en adelante voy a empezar a viajar representando a la compañía.

—Ahora te voy a ver menos que de costumbre—se quejó su esposa—. Anda, cómete tu huevo, si no Abelardito va a llegar tarde.

Salió de su departamento silbando. Bajó al garage y empezó a calentar el coche. Al poco rato bajó Abelardito con sus útiles escolares. Enfiló hacia la compañía, después que su hijo bajó en la escuela. Se habían bebido la botella de champaña completa, ahora sí que hasta la última gota, pues Sofía insistió en darle la felicidad, contando gota a gota hasta que fueron trece. En tanto él apuraba una copa tras otra, dejaba de decirle Sofía para llamarla Platín y luego Platá, como en francés.

Cuando se acabaron la botella, se metieron otra vez a la cama. Volvieron a hacer el amor (¡dos veces en una noche, como hacía siglos que no lo lograba!) y luego se bañaron juntos en la tina.

—Sin conocerte, un buen día le dije a Alberto que estaba enamorado de ti.

—No digas tonterías, empezamos a conocernos. Vamos a pasarla bien hoy, mañana ya veremos.

—Mademoiselle Platín, háblame en francés, por favor.

—Abelardo—interrumpió ella de súbito— ¿te puedo pedir un favor?

—El que usted quiera, Madame Platín.

—¿No importa que tan difícil sea?

—Usted nada más diga a quien hay que matar.

—Te lo estoy pidiendo en serio—dijo Sofía mirándolo a los ojos.

—Está bien. De qué se trata.

Ahí fue donde no empezó a embonar bien la cosa. Después de tanta risa Sofía se puso seria y cambió de actitud.

—Primero te pido que lo que hablemos aquí no se lo comentes a nadie bajo ninguna circunstancia, a nadie, ni siquiera a tu esposa. Mi vida va de por medio.

—Descuida, te juro que seré una tumba.

—En uno de tus futuros viajes se va a comunicar una persona contigo. En cuál, no lo sé. Él te va a dar ciertas instrucciones a mi nombre que quiero que sigas, por favor, sin preguntar y sin desobedecer nada.

—¿En qué clase de problemas andas metida, Sofía?

—Te dije que no me preguntes. Te pido que me hagas un favor y ya. Yo te lo sabré agradecer. Sólo te puedo decir que se trata de una causa justa y que no es nada más mi persona sino todo un país el que peligra. Tú podrás ser de mucha utilidad, casi sin riesgo para ti.

—¿Casi?

—Casi.

—Estoy depositando en ti toda mi confianza.

Cuando Abelardo llegó a su despacho, se quitó el saco, miró la fotografía y la guardó en su cartera. Se dirigió a la oficina de asuntos extranjeros. Anhelaba ver a Sofía, decirle buenos días y aunque dudaba si debía tutearla en público, quería ver de nuevo su rostro, que con el enamoramiento se le había borrado a fuerza de tanto pensar en ella y a pesar de la fotografía.

En la escalera se encontró con Gutiérrez.

—¿No has visto a Sofía?

—¿Cuál Sofía?

—Cuál más, Sofía Platín.

—¿La intérprete?

—Esa misma.

—Ya no trabaja aquí.

—Cómo no.

—¿Sabes qué? Tengo mucho trabajo, Abelardo, luego nos vemos.

Al principio Abelardo pensó que se trataba de una broma pues si alguien sabía los sentimiento que Sofía le despertaba era Alberto Gutiérrez. Abelardo se fue directamente a la Subgerencia de Asuntos Extranjeros. En el lugar de Sofía otra mujer, de lentes y canosa, tecleaba ante la máquina.

Tan pronto se acercó al escritorio a preguntar, el licenciado Uruguay apareció a la puerta de su oficina.

—¿Le puedo ayudar en algo Abelardo?

—Sí licenciado, disculpe, quería hablar con la señorita Platín.

—¿Platín?

—Sí, Sofía Platín.

—Ya no trabaja aquí, con permiso y buenos días—dijo cortante y cerró la puerta ante la mirada de azoro de Abelardo.

En ese momento Abelardo recordó de que cuando salió del departamento de Sofía en la madrugada del viernes, la Colt 45 ya no se hallaba sobre la mesilla de

mármol.

Capítulo III

Primero se sintió molesto, como si fuera el objeto de una conspiración colectiva, de una tomadura de pelo fenomenal, o de una pesadilla. Pero la desazón, la acidez de la cruda de champaña, el efecto de la desvelada, la fotografía en su cartera, negaban la hipótesis onírica. Le pidió a Rosy, su secretaria, un café y dos aspirinas.

Ojeó los titulares de la deportiva y revisó un par de turnos. El empate del Necaxa y el triunfo de las chivas lo confortaron en su sueño millonario: dos pronósticos acertados. Intentó contarse un chiste, como hacía cuando no tenía con quién hablar, porque se le ocurrían cien mil estupideces que eran como una amable visita de felicidades pasadas, pero se preocupó: "Se puede vivir sin amor, pero no sin billetes—se había dicho—, como lo demostró Rico Mac Pato".

Mas los peligros de la riqueza de Sofía, el abismal placer de la belleza de Sofía, además de ese vertiginoso acercamiento que ahora únicamente le prometía riesgos y separaciones, lo devolvió a la realidad. Presionó el botón del intercomunicador:

—Rosy, por favor llame a los de Publicidad. Que estén aquí en cinco minutos.

—Sí, licenciado, con todo gusto.

Y verdaderamente, el sí de Rosy: respetuoso, seguro, preciso, lo reconfortó en medio de todas las preguntas que se formulaba: "¿quién es Love? ¿Por qué sabe Sofía *tanto* de mis viajes? ¿Por qué no me avisó Alberto que ella se había ido de la compañía? Porque también lo desconcertaba que Uruguay, que era considerado más o menos tan chismoso como doña Martita, la del tercero, hubiera preferido la fría seriedad y casi la descortesía sobre una de esas respuestas fáciles, educadas y neutras, que a nadie convencen pero que consuelan siempre, con esa conformidad anestésica con que arrullan, digamos, las promesas de los candidatos.

Entraron los de publicidad, revisó con ellos las propuestas para el emblema del XXV aniversario de la compañía. Un poliedro de cuatro colores. Durante el mes habían avanzado rápido, pero les quedaban pendientes todavía algunos preparativos para la reunión nacional de la empresa. Llamó por la red a Alberto Gutiérrez para

preguntarle si finalmente la harían en Cancún. Gutiérrez le dijo que aún había dudas.

Un pleito absurdo entre los de la planta de Monterrey y los de la de prototipos de Guadalajara retrasaba la decisión desde el miércoles anterior. Al principio Abelardo tuvo favorito: quería prevaleciera la opinión regiomontana. Los tapatíos propusieron como sede del congreso al Distrito Federal. Más imaginativos, los norteros votaban por Cancún: fayuca espléndida, y paseos a isla Mujeres, a Chetumal, la piel morena de Sofía madurando al sol al filo del atardecer y la contemplación de la belleza de Sofía en traje de noche, en bikini, en trajes floreados, cubierta con faldas y blusas vaporosas; en fin, la firme espalda de Sofía que se alejaba ahora de él, de la reunión, de las juntas, de la empresa, de los nuevos productos Plastijoy, de las festividades laborales, de las reuniones con los líderes de ventas, de los ejecutivos promisorios, de él; lo dejaba a él, después de haberle mostrado a Abelardo fugaces paraísos tras las puertas de la gloria: brevemente, por unas cuantas horas, como Abelardo no pensaba ya que pudiera volver a ocurrirle jamás, nunca. Sofía.

Rosy entró preocupada:

—¿No se va a ir a la comida? Ya me habló Amanda que el ingeniero Matusalén y el licenciado Garita lo esperan en el estacionamiento.

—¿Ya no hay forma de que cancele, Rosy?

—Desde ayer me pidió que le confirmara al señor Morgan.

Garita, Matusalén y Abelardo cortaron dos orejas y rabo: un contrato de cuatrocientos millones que garantizaba el proyecto de crecimiento para todo 1983 y el primer cuatrimestre de 84. Además de la invitación de Morgan en Navidad para que estuvieran una semana en su casa de Puerto Príncipe, ¡en Haití!, con todo y sus familias. No cualquiera.

Los éxitos provocaban en Abelardo una euforia intelectual vertiginosa, en la que el mundo, además de quedarle chico, le parecía perfectamente descifrable. Al regreso a la oficina, pasó directo a informática. Notó que la sola actitud de los

empleados mostraba con mayor claridad que un calendario astronómico que era viernes de quincena. Corrida la nómina, las asistencias, los pronósticos, quedaban todavía el crochet, el ajedrez, los juegos espaciales del Gato Mendizábal en las PC's, mientras llegaba la hora de la salida, el viernes social, el reventón.

Por supuesto, había la excepción: Juanito Rosas, la esperanza blanca, con sus 200 dioptrías y su delgadez de quijote de copete caído que, como siempre, trabajaba su matriz de 50 mil elementos a la enésima para acertar a la lotería. Una combinatoria de números aleatorios y ciencia que no convencía a los no iniciados, que nadie entendía, pero que los ingenieros gozaban con fascinación, como un Playboy secreto, inaccesible siquiera a las visiones numéricas de los contadores; listado en el que confiaban como en una divinidad para pegarle a la grande, sin depender de Cabinhos ni Milutinovics, canchas mojadas o errores y tejemanajes arbitrales.

Y, en verdad, Juanito Rosas, el joven genio de la informática pirateado a Procter & Gamble, había resuelto problemas de estructura y diseño que ni los alemanes ni los franceses, en su momento, solucionaron. Matusalén Escobar lo explotaba a discreción y patentaba para la empresa los programas de Juanito Rosas, cuya única preocupación en la vida era que, para 84, se presupuestar a una Burroghs como la que, informaba *Byte*, había comprado la Secretaría de Programación y Presupuesto, capaz de correr en segundos programas con millones de datos relativos a los movimientos de los robots, y los láseres para hologramas tridimensionales y proyectarlos como modelos reales para ser probados en situaciones críticas.

Los apenas veintidós años de Juanito Rosas y su inteligencia eran un insulto para los viejos lobos de la compañía, que buscaban menospreciarlo para exprimirlo mejor, Caperucita.

Alejado de esos contubernios, Abelardo se entendía muy bien con Juanito por dos razones, que en realidad eran tres: uno) por el tiempo dedicado a los sueños y conversaciones de triunfo deportivo y dos) por el mutuo amor secreto, incontenible por el Irapuato, el equipo que con tanta premura era capaz de deslizarse a segunda como de regresar relampagueante a primera para cumplirle a su afición—y aquí

aparecía la tercera causa: Juanito el huerfanito era particularmente apreciado por don Abelardo por ser paisano, fresero, santo Dios, y compartir con él el mismo horóscopo, lo que era como ir al colmo de las semejanzas, ya no sólo en cuanto al mes, sino también la fecha, enero 17, capricornios, sí señor, par de chivos, válgame, ya nada más les faltaba ser compadres, don Abelardo.

—Cómo viste, Juanito, abrimos de lujo.

—Yo estaba asustado, don Abe, creí que el Guadalajara se iba a cuartear, pero aguantó bien. Mañana, lo más difícil, Monterrey contra la U de Nuevo León, si la libramos, madre de mi alma, ahora sí, ¡los millones!—Se le iluminaba el inocente rostro. Y se palmeaban las espaldas como si se animaran el uno al otro para ir hasta Insurgentes para cobrar el premio.

Sintiéndolo cultivado, Abelardo se dejó caer sobre la silla de Juanito y, bajando la voz para que el radar de doña Martita no lo registrara, con cara de jugador de pókar le preguntó a Jotaerre por la señora Platín.

—Pues la traté muy poco, don Abelardo—suspiró Juanito.

—¿Por qué hablas de ella como si se hubiera muerto?—casi dio un respingo Abelardo, que sintió cómo se le disipaba el sabor del Grand Marnier a la hora del café y la invitación a Haití.

—¿A poco de veras no sabe? ¡Ay, don Abelardo, si usted es jefe!—gesticuló el muchacho.

—Baja la voz, Juanito, ahí está la judicial —llamó Abelardo al orden con la ceja alzada hacia donde doña Martita como una araña en espera de su presa cultivaba su crochet.

Juanito la pescó al vuelo. Hizo seña de un momentito y jaló una silla próxima a la consola de la PN6 para sentarse junto a su tablero, junto a Abelardo.

—Nada más atrasito de la raya y lo pongo al tanto —. Y apretando unos cuantos botoncitos de su teclado transmitió una orden a la memoria central y sistema nervioso de Plastijoy—: Mire usted por sí mismo, nadie habla de otra cosa por aquí—y también con la ceja alzada hacia Martita—, pero no saben cómo está el

relajo.

E iba bajando la voz mientras agregaba explicaciones con la vista fija en la pantalla ámbar que parpadeaba obediente a sus mandatos:

—Lo que oí es que la seño Platín cometió un desfalco, don Abelardo, pero me sospecho que no es cierto. Ni siquiera Uruguay maneja cuenta en asuntos extranjeros. Mire—y mostraba la evidencia:

—Ah, bárbaro!, Uruguay tiene más gastos de oficina que yo.

—Ahora es usted el que grita. Cálmax, ¿no ve que si se enteran en Cuentas y presupuesto que andamos turisteando entre sus números nos corren a los dos?

—Ay, Juanito, cómo te metiste en éstas.

—Ni reclame, mire nada más que ojazos pela, digo, con todo respeto. No me tome por inmodesto, don Abelardo, pero la PN6 y yo no nos tenemos secretos. En todo caso, ya estamos los tres de cómplices.

—Yo pregunté, Juanito, ni que se tratara de jorobarte, hombre. Pero ni Uruguay ni Gutiérrez explicaron nada. ¿Qué sería entonces? Un rumor como ése es peligroso, es manchar la honorabilidad de una compañera.

—Uy, si viera nada más cómo la quería. Yo no tenía aquí ni dos semanas cuando falleció mi mamacita, que en paz descanse. La seño Platín me pasó la comunicación del hospital y ni modo, que me quiebro ahí, inconsolable, sobre su IBM. ¿Creerá usted?, yo no tenía ahorros, porque los gastos de las medicinas y del hospital, y que la enfermera y los análisis, y la renta, porque yo pagaba todo desde que se enfermó mamá. Entonces la señora Platín haga de cuenta que una hada guardiana: me llevó a oncología, me llevó a Gayosso, me dijo que lo mejor para mi jefecita santa, y se quedó conmigo velando toda la noche. Arregló que el inge Escobar me diera unos días para recuperarme de la tristeza y la nostalgia, así, recién entrado. Entonces, dígame, si ella me prestó de su bolsa para los gastos, y luego en mi cumpleaños me dijo que yo no le debía nada, que sólo trabajara mucho para que yo fuera gente de bien y siempre dijeran que mis padres habían cumplido conmigo educándome honradamente; dígame, ¿usted cree que alguien así va a atentar contra la

empresa? No, por favor, para nada.

—Yo creo que como caballeros no deberíamos dejar que se dijeran esas cosas de ella.

—Y poner en claro la verdad, don Abelardo, la señora Sofía era una dama íntegra.

Abelardo sintió que, como en los velorios, cuando se dice "no somos nada", y la gente se queda callada, la conversación estaba a punto de extinguirse. Y que, si no se jugaba el todo por el todo en ese momento, luego sería imposible averiguar y diferenciar los caminos de Sofía Platín de los de Ana de Polanco. Su conversación con Juanito el huerfanito Rosas se vería reducida, entonces, al torneo de primera división, al equipo italiano o español de los pronósticos, al "por un pelito" o "a la próxima", a que tan acostumbrados estaban y, también, que todos los riesgos y peligros que tuviera que correr por Sofía Platín los debería callar en la represión, en la nostalgia, a la hora del primer JB para dejarlos definitivamente hundidos, innombrables, en el fondo del vaso, junto con las heces y arenillas del hielo en bares y restaurantes, Juanito.

—¿Supiste que la asaltaron?

—No me diga!—realmente se sorprendió el muchacho.

—Traía un balazo en el parabrisas el día del cumpleaños de Celestino.

—Ahorita le digo cuándo fue eso...Ya está, qué fácil: el 8 de junio... fue miércoles...

—De verdad me apantallaste, Juanito, ¿cómo le hiciste?

—Un mago nunca dice sus secretos, don Abelardo, pero la ciencia nada tiene que ver con la brujería o con esas cosas, únicamente con la lógica, con la reflexión. Esa es la diferencia entre Sherlock Holmes y la gente común y corriente. Mire, desde este nivel tecleo CKW3214B/83 y ya estamos: es la clave de personal, todas las claves confidenciales de Plastijoy se ordenan con la W; eso este año, porque de pronto les da por cambiarlas cada dos meses, pero siempre me los agarro. Y ya aquí adentro, pongo el nombre del que usted quiera y mire: su historial completo. Éste es

el registro de causante del Celes, por eso sé la fecha de su cumpleaños. Otro ejemplo: aquí está usted, ya reportaron que hoy llegó tarde. Qué cabrones.

En el paroxismo del deseo, en el placer, ella gemía "no me dejes, no me dejes", como si Abelardo fuera el único hombre del mundo, como si verdaderamente aquella mujer estuviera dispuesta a seguirlo a todos los rincones del universo sin protestar, por el mero consuelo del placer, porque de verdad se notaba el mutuo deseo, como pocas veces se manifiesta.

Abelardo contemplaba la pantalla como hipnotizado, como tratando de desentrañar el misterio de la noche con Sofía. De la que sólo quedaba en su recuerdo la imagen desnuda de Sofía estrechándolo contra ella, dibujándose exacta, morena, firme en la penumbra de la habitación como una orquídea balanceada por el viento de la media noche.

Y el despertar abrupto:

—Estos hijos de la chingada algo se traen entre manos: no está el expediente de la señora Platín—Juanito estaba molestísimo.

—Cómo que no está.

—Falta un número de registro. Por eso se da uno cuenta que se tostonearon los datos.

—¿Pues a dónde se los llevaron?

—Qué se los llevaron ni qué carajos, alguien metió borrón, don Abelardo, pero sin ninguna ciencia. Yo hubiera reemplazado la información. Ahora necesitarán ajustar todo el banco de datos para que no se note. Son más de trece mil expedientes.

—Pero no hay más de seiscientos empleados en la compañía, Juanito. Al menos aquí en México.

—Aquí se supone que están todos los que hubo y los que hay, son como criptas a perpetuidad. Es serie, nunca se repite ningún número para evitar confusiones. Todo departamento de personal funciona igual. En Procter hacían lo mismo.

—¿Y ahora?— Abelardo sintió que le habían quitado hasta la esperanza que nunca tuvo.

—Por lo pronto, vámonos, ya son las seis—. Y en tono confidencial—: Le invito un café en el Toks. ¿Tiene tiempo?

—Sssí —tartamudeó desconcertado Abelardo.

—Entonces déjelo por mi cuenta. De su escritorio sacó un suéter que se echó sobre los hombros, como si fuera todavía un estudiante de secundaria, y se acercó hasta doña Martita.

—Que pase buen fin de semana, Martita.

—Cuidate mucho, mi'jito, que descanses tú también.

—¿Cuándo regresa Ricardo de sus vacaciones? Le debemos una comida.

—El lunes, Juanito. Y el mismo lunes nos ponemos de acuerdo, con todo gusto.

De mala gana, porque la doña Martita no era de sus confianzas, Abelardo se despidió de ella lo más educadamente que pudo, como lo hacía siempre para evitar roces, por mera precaución, por anhelo de supervivencia, porque la vieja aquella siempre le pareció siniestra, porque Abelardo temía supersticiosamente morir de mordedura de serpiente.

Los admiradores de la Platín quedaron de verse en la acera. Subieron el par de cuadras de Ejército Nacional caminando con toda calma, hablando mal de doña Martita, de la que había que cuidarse siempre.

—En público nunca hablará mal de ti, es su mejor táctica, pero en las conversaciones de una o dos personas, te chinga hijo, te deshace. Ha habido varios despedidos por culpa de su lengua. Por eso, con ella de lejecitos, muchacho.

—El Gato Mendizábal asegura que es la que lleva los chismes hasta mero arriba.

—No lo dudes, Juanito, cuando nació el director general la pinche vieja ya estaba ahí. Se las sabe de todas, todas — y con tono travieso—; hubiéramos dejado que se fuera para no despedirnos de ella.

—Ay, don Abelardo, yo necesitaba saber si el Ricardo de verdad regresa el lunes de sus vacaciones. Con eso de que son inseparables..., yo creo que hasta van a

poner casa juntos.

—Ese sería un chisme magnífico.

—Dios libre al Ricardo de la pinche bruja. ¡Viera! Si hasta eso, no es mal cuate el chavo. A mí por lo menos me ha hecho buenos paros. Es más, le confieso: tiene una hermana cuerisísimo. Además, ya estuvo que lo vamos a necesitar.

—Y para qué, Juanito —se extrañó Abelardo.

Entraron a la cafetería. Un semicírculo decorado en aluminio dorado y plástico, mucho, mucho plástico.

—A ver pásele por aquí, ésta es mi mesa favorita... Le recomiendo el capuchino y la gelatina de grosella —el muchacho se había adueñado de la situación con una simpatía envidiable.

—Un té helado, señorita, por favor.

—Mi capuchino, Estelita —pidió Juanito Rosas con la sonrisa más inocente y coqueta del mundo a la muchacha que los atendía.

—¿Fumas, hijo? —quiso Abelardo recuperar presencia, dejar de sentirse pastoreado. Pero dejó que el cibernético llevara la voz cantante: no quería traicionar el juramento de silencio hecho a Sofía.

—No, gracias, me hace daño a la vista. Mamá murió de cáncer pulmonar —y como para evitar el sendero de aquél recuerdo se concentró en su perfecta, espléndida teoría—: Analicemos: hace un momento teníamos a una acusada de desfalco, para lo que se necesitarían pruebas. Ahora, tras revisar archivos, no tenemos constancia siquiera de que la seño Platín haya trabajado en Plastijoy. Pero nos queda un recurso; nuestro as en la manga: Ricardo resguarda archivo muerto. Es posible que no hayan hurgado por allí. En todo caso, la memoria total de Plastijoy tiene respaldo completo en la bóveda de Guadalajara: Ricardo microfilmó el archivo y yo vacié en cintas magnéticas la información de la PN6.

—¿Crees que podamos confiar en Ricardo?

—Lo más que perderemos por andar esculcando entre papeles viejos, si Ricardo nos acusa, será la chamba. Si se alía con nosotros, me ahorrará días en los

bancos de la PN6 tratando de recuperar ese registro. Si no hay nada, estamos como al principio.

Abelardo soñó aquella noche que Sofía, Juanito y él, corrían un peligro mortal. Despertó angustiado, sin poder precisar ninguna de las escenas de su sueño.

Capítulo IV

Sofía:

"Uruguay me dijo que Kaplan quiere el informe para esta misma noche, y me duele la cabeza... En fin, no me quedará más remedio que hacerlo, terminarlo rápido, que como quiera que sea, por lo pronto no hay tantas novedades. Tengo el tiempo frente a mí y en la cabeza este terrible malestar.

Ana:

"La sensibilización de Abelardo fue tan, pero tan fácil, francamente aburrida. Sofía puede estar contenta. Entiendo que se busque a un semiidiota para esto, pero de todos, Abelardo se lleva la palma, Uruguay y Kaplan sabrán qué hacen; por lo que a mí respecta, la cosa no tiene demasiado problema, pero me parece extremadamente torpe, hasta en la cama. No sé siquiera cómo puede sacarle a esos momentos algún placer."

Y Ana Sofía:

"Todo ha ido a pedir de boca desde que indicaron quién era el elegido: las rutinas de siempre, las sonrisas de siempre, para usar, intempestivamente, la ambigüedad de siempre. La idea de Kaplan de sacar de sus costumbres grises a alguien, de despertarlo de su eterno sueño de empleado, tiene sus lados buenos y malos, Kaplan tiene muchas ideas extrañas, él sabrá, desde luego. Ya me imagino el departamento de Abelardo, adornado con carpetas floreadas, con muñequitas de imitación porcelana, y quizás, hasta falsos sillones franceses; en fin, no se necesita mucha imaginación para suponerlo junto a su mujer, ella con la cabeza cubierta de tubos y al niño Abelardito con los últimos alardes de la juguetería, si fuera niña, hasta tendría una de nuestras muñecas Plastijoy. Vaya, ¡qué dolor de cabeza!

"La cara que puso cuando lo invité a la fiesta, la complicidad en el no le digas nada a Alberto Gutiérrez, todo es tan previsible que da pereza."

Y Sofía:

"Uruguay me prometió, promesas de Kaplan, unas vacaciones largas, un

desaparecerme por una buena temporada, espero que sea así, porque siempre surgen imprevistos que las posponen hasta el infinito. Y estoy cansada, quisiera irme no sé a donde. La organización es como una araña enorme, cuya telaraña se va adueñando de todos los rincones.

Y Ana:

"La primera parte de la sensibilización empezó con la pregunta de Uruguay acerca de los viajes, no, mi querido Abelardo, no digo viajar por obligación, sino encontrar placer en hacerlo, para la compañía es algo muy distinto, porque sólo así se obtienen resultados óptimos. Supongo que de pronto se le abrieron al hombre unas perspectivas insospechadas. Rascacielos, un paseo por el Hudson, la estatua de la libertad... Mucho me cuidé de dejar caer ciertas referencias a lo delicioso de salirse de la rutina, de conocer sitios y gente interesante. Había que ver los ojos que ponía, se acomodaba la corbata a cada rato, como si le creciera el cuello con la emoción, como si ya no cupiera en su traje azul."

Y Ana Sofía:

"Pues Abelardo fue de sorpresa en sorpresa. No quiso mencionar lo de mis nombres, yo me adelanté con la historia del marido rico, le dije que me llamo Ana Sofía y que para acabar de separar mi vida de esposa de magnate con la oficina, preferí ponerme sólo Sofía en la empresa. Espero que mi explicación le haya parecido razonable. Me siento mal. Como que Abelardo no podía creer que íbamos a estar solos en la casa, parecía que estaba a punto de pellizcarse y despertar del sueño. Hubo un momento angustioso, Uruguay no puso la botella donde siempre, y ahí estoy, buscando como loca de un lado al otro. Había coñac, pero estoy segura que no hubiera sido lo mismo, la champaña siempre tiene un mejor efecto."

Y Sofía:

"Le mencioné lo de hacerme un favor, es otra de las cosas que nunca fallan, aunque la próxima vez le diré que se trata de un hermano mío que está escondido, por lo pronto por un conflicto con el Departamento Federal de Impuestos, que los gringos no se tocan el corazón, que lo de la salvación de un país era exageración mía, pero

que se necesita toda la prudencia del mundo, que debo hacer llegar unos papeles, esto le dará un poco de cautela, actuará cauto, no abrirá la boca para no perjudicarme."

Y Ana Sofía:

"Parece que el envío está listo en tres semanas y espero que Juanito Rosas no vaya a entorpecer las cosas, eso sí que está fuera de programa."

Y Ana:

"Debería escribir el informe... Serán, creo, cuatro cajas de muñecas que Abelardo va a llevar como muestra, que entregará en Nueva York en propia mano. Y luego los papeles, será cosa fácil sentirse el héroe por un rato. Lo afinaré todo. A veces, cuando la gente es tan simple, cuesta trabajo encontrar la manera exacta para encaminarlos sin tropiezos. Recuerdo cuando Tomás Garita casi echa todo a perder con sus deseos de agradarme más allá de lo estipulado, espero que ahora no sea así, porque vaya que me las vi negras entonces."

Y Sofía:

"Creo que fue acertado dejar la Colt tan a la vista, porque eso me hace parecer a los ojos de Abelardo como desprotegida, temerosa de quedarme sola."

Y Ana:

"Bueno, por lo pronto Abelardo creará todo lo que le diga, está demasiado infatuado; pero estos estados pasan pronto, y por mucho cuidado que se tenga, es mejor no estirar las cosas. Uruguay pretende un primer viaje de sensibilización con Abelardo a Cancún, con el pretexto de arreglar la convención de Plastijoy. De recordar nuestra pasada noche de ¿amor? la perspectiva me revuelve el estómago. Cancún es demasiado bello para tal desperdicio, y luego sé que René Kasko estará allá, que no podré verlo más que con Abelardo y no mover ni un pelo de las cejas que pueda comprometerme. Quizás acabe por dormirlo un rato y escaparme, pero creo que arriesgo, que me arriesgo demasiado, y sin embargo..."

Y Sofía:

"Será cosa de meditarlo con cuidado y no forzar nada, Marta tendría mucho que contar de estos menesteres. El corazón y los negocios no se llevan, pero a veces

el corazón protesta, no tiene remedio. La hemos venido observando por un buen tiempo, Sofía, es muy eficiente, muy discreta, le quisiéramos proponer un negocio, que puede resultarle interesante. Bueno, eso pasó hace tanto tiempo, pero no se puede borrar todo con un borrador mágico Plastijoy."

Y Ana:

"No sé que me sucede hoy, estoy tan desbalagada y el informe no arranca. Nunca me había pasado esto, claro que en la computadora el tiempo se recupera en un abrir y cerrar de ojos."

Ella va al carrito-cantina con la pequeña copa de cristal finlandés, tan grueso y pesado. Saca la botella de oporto y vuelve a servirse un poco de licor. El recipiente se llena de líquido granate y la mujer lleva la copa a los labios.

Regresa a la mesa que sostiene la computadora y vuelve a accionarla. El teléfono suena y al tercer timbrado, la grabadora empieza a funcionar con un mensaje aséptico: habla usted al 623 42 11, no puedo contestar el teléfono, favor de dejar su mensaje cuando suene el timbre. Muchas gracias. Entonces oye el clic del otro lado. No hay mensaje.

Ella empieza a teclear, la pantalla le devuelve la imagen de su texto, que alinea en un formato determinado, mientras vuelve a darle unos sorbos al contenido del vaso. Una gota cae sobre la mesa y otra permanece por un rato en la comisura de sus labios. Ella saca un pañuelo desechable y se limpia la boca, y vuelve con urgencia al teclado del aparato. Al tiempo que suspende su trabajo para llevarse varias veces la mano a la frente, el teléfono suena de nuevo. Al terminar la grabación, una voz de mujer empieza a decir: es urgente que se comunique al 201... se escucha un zumbido y la comunicación se corta.

Coloca sus manos sobre las teclas, pero las retira para llevarlas a la cabeza. Algo le distrae la atención, el ladrido de un perro que oye con fuerza, y detrás de ese ruido, acaso también, el leve sonido de una llave al ser introducida a la cerradura.

Capítulo V

El Hotel Paraíso se levantaba luminoso al fondo de la avenida y flanqueado por las palmeras enanas, aquella noche cálida, húmeda, con una atmósfera salada y azufrosa, prácticamente poblada de voces extrañas, como si al sonido le fuese dificultoso desvanecerse y quedara denso, bajando, oprimiendo, deteniendo el ambiente de la isla, y se pegara a los cuerpos, tal un peso más sobre la ya sofocante oscuridad. Ésta era la manera de percibir el ambiente caribeño del hombre delgado, apenas puso pie en el aeropuerto; sensación que se acentuó cuando bajó del taxi frente al hotel y se encaminó al lobby.

—¿Dos personas, señor Bloy?—le respondieron a su inquisición sobre las reservaciones.

—Mañana arriba la otra— dijo con voz fina, delgada.

—Bienvenido, entonces; habitación 207— dándole la llave a un botones negro— ... perdón, señor Bloy, del Ministerio de Economía le dejaron este sobre.

—Gracias...— lo tomó, se encaminó tras el botones que sudaba plácidamente.

Ya a solas, en su cuarto, encontró el paquete de otros viajes: libros y folletos sobre aspectos económicos y turísticos del país. Sin deseos de abrir el sobre que el administrador le entregara, ni el paquete, ni la maleta, fue hasta la ventana y descubrió que le había proporcionado una habitación hacia el mar. Corrió la hoja de la ventana y una enorme bocanada de atmósfera densa y parlante se untó a su rostro y a su enjuto tórax, el rumor inocente y terco del mar ascendió hasta el 207 sin causarle una impresión fundamental, como si el océano fuera un aburrido familiar del hombre que miraba hacia la oscuridad distante con el mero fin de intentar no pensar en nada, absolutamente, eso es, absolutamente, en nada, tal vez un ejercicio de desmemorización en un movimiento inverso a un recuento, pretendiendo crear en el fondo de los mecanismos de la mente una tela gris, anodina, un insulso delgado himen que cubriera las sensaciones de vitalidad y las espontáneas, así nada más, en nada, detenido frente a una noche tropical paralizando el transcurrir de esta nueva y

breve soledad.

Con movimientos pausados, ligeros, casi en cámara lenta, se retiró de la ventana, fue al baño, orinó a oscuras, salió y se despojó del saco—que no recordaba que traía puesto—, de la camisa y se tiró sobre la cama; intentó dormir pero los ruidos de afuera lo sobresaltaban y lo ponían de nuevo ante la realidad y algún recuerdo ínfimo, rompían el territorio ascético que se había creado momentos antes en el fondo de su cabeza. Se incorporó sin levantarse, se estiró hacia el saco, hurgó en los bolsillos y extrajo una cajetilla de Pall Mall, encendió uno, y recostado se dedicó a observar las rayas gruesas de humo que su boca creaba a cada fumada, sobre esa raya se disipaban el entorno y el mundo, y el tiempo y la historia, pero el cigarrillo tenía una brevísima vida ante esa inmensa nada que el hombre metía en sus pulmones, y de nueva cuenta estaban los sucesivos aeropuertos, los aviones, el taxi, hasta el negro que le cargó la maleta. Esa circunstancia lo desesperaba y sabía que era un ciclo implacable, aunque le resultaba imprescindible lograrse espacios blancos y serenos. Decidió salir e intentar una manera distinta de estar—"estar", así lo decía por lo menos durante los dos durante los dos últimos años, desde que esa situación comenzó a acentuarse y ya no se pudo detener, ni esquivar, ni fracturar, nada—; se puso unos zapatos tejidos, un pantalón de lino —que le iba ligeramente grande— y una playera azul eléctrico, a la que le arrancó las tarjetas de precios y propaganda.

Antes de salir, miró el sobre del Ministerio de Economía, quiso ir por él, se detuvo, regresó con las manos vacías, cerró y se fue. Sumergirse en el bochorno noctámbulo fue una opción poco despreciable, pues entregarse al severo calor era otra forma de alejarse de sí mismo y de andar por las calles sin destino fijo. Eligió alejarse del malecón e internarse hacia la zona de la ciudad vieja, cerca del Fuerte, distante de la gente, del bullicio, de los automóviles. Por lo menos esta noche era de él, aunque deseaba también, a momentos, que alguien lo acompañara para escuchar un brevísimo comentario sobre la imposibilidad de lograr el detenimiento total, la ausencia plena, pero estas horas eran de él. El calor lo tenía ya poseído después de una veintena de cuadras, el sudor oscureció su blusa; unas escasas chapas aparecieron

sobre las mejillas cálidas del señor Bloy, lo cual avejentaba su aspecto. De pronto, sin saber cómo, arribó a un jardín pequeño, rodeado por fastuosos fantasmales y desdibujados caserones; recargado apenas en un hule, observó la soledad que lo rodeaba, descubrió en una banca a una anciana que, muy quieta, miraba sus pies en la penumbra, solos ella y él. No se explicaba qué hacia la vieja ni qué miraba bajo la escasa luz del arbotante, pero supo que de alguna manera se unían, se correspondían, y eso lo incomodó. Se dispuso a seguir su camino; escuchó voces que venían de alguna casa y, a un costado apareció un hombre rubio, joven, que bañado de súbito por una luz mostró un rostro bello que miró momentáneamente al señor Bloy. Como sorprendido en un acto inescindible, éste se inquietó, se acicaló el escaso cabello entrecano, dejó que unos cuantos metros lo alejaran del joven que medio se contoneaba al caminar, y fue tras él. El muchacho se dejó seguir, anduvo caracoleando varias cuadras hasta que se detuvo, se volvió y miró al hombre delgado que venía caminando hacia él y se paraba a escasos centímetros de su rostro.

—Qué buscas—dijo el rubio.

—Nada, sólo que...— empezó a hablar el señor Bloy.

—Que me buscas, ¿eh?

—Bien, te vi, te seguí mecánicamente... eres muy guapo... te seguí, nada más.

—Pero, digo, me buscas a mí—insistió el joven, ahora un poco contrariado, destanteado.

—No y sí; no sé...

—¿Bien?...

—Sí, también...

—Ven, acompáñame.

Sin decir nueva palabra, caminaron hasta la esquina, viraron varios metros, entraron por la puerta sin cristal de un edificio, subieron al segundo piso, en un descanso se detuvieron a iniciativa del muchacho y en voz baja, enérgica, dijo:

—¿Traes dólares?

—¿Cuánto necesitas?

—Te cuesta cincuenta y no sabes una vaina de mí...— dijo y le acarició el cabello a Bloy.

Como robot, metió la mano a su pantalón, de la cartera sacó dos billetes de cien dólares y se los extendió al muchacho, que los tomó con gusto y con la misma mano con que lo acariciaba.

—Ven, sígueme—expuso el joven bello y tomó de la mano a Bloy.

—No, espera—repuso éste y detuvo al muchacho.

Lo atrajo hacia él y lo besó en los labios, un beso rabioso, casi devorándole la boca, casi una mordida; el joven intentó desasirse, pero el hombre delgado lo agarró con unas fuerzas que brotaron de pronto de la nada y lo volvió a besar, abrazándolo con furia.

Rápido fue de nuevo el bochorno del calor sofocante. El señor Bloy desanduvo el camino y regresó precipitadamente al hotel. Allí le entregaron una nota de una llamada telefónica que tampoco quiso indagar; entró a la habitación, accionó el clima, se tumbó en la cama, encendió la televisión con alto volumen para aturdir su aturcido estado; se levantó, abrió la maleta y sacó un medicamento somnífero. Tomó dos pastillas.

En el momento en que el abogado Caeceido, representante del consorcio colombiano, explicaba que se había autorizado que los barcos de su empresa hicieran maniobras en el puerto dominicano, con lo cual quedaba resuelto el problema del trayecto y del último abasto, una joven rubia le acercó una tarjeta al señor Bloy, representante tanto de la división francesa como mexicana:

—"Señor Bloy: su esposa se encuentra debidamente instalada y atendida. Gracias"—. El hombre delgado volvió a la reunión y siguió con los esfuerzos por atender lo que se charlaba y se acordaba; sabía que estas negociaciones elevarían las ganancias de él y sus otros socios, y que, especialmente, los asuntos que se manejaban a través de Plastijoy harían mucho más compleja la red, siempre y cuando

la organización fuera rigurosa y no se presentara ningún grave contratiempo. La primera ronda de pláticas daba fin, sin que hasta el momento lo que tenía previsto se modificase sustancialmente—en especial sus ideas y las de Mounier—.

Explicando francamente que se encontraba indispuerto, dijo que pasaría al hotel y que posteriormente los alcanzaría en el restaurante; se despidió del grupo y salió en compañía de un representante local. Al dar a la calle, de inmediato lo abrazó el bochorno, era como su implacable perseguidor, volvió a sentirse enfermo fuertemente, hasta supuso un desmayo; sin embargo, ya frente al hotel, se sintió un poco mejor. Subió a su habitación suponiendo encontrar allí a su esposa, pero el cuarto estaba solo, con ropa y cosméticos de mujer ocupando lugares diversos, menos los correspondientes, si es que en el 207 podía haber lugares precisos. Se dio un duchazo y descendió hacia la alberca bajo un sol de las tres de la tarde brillante, que fustigaba la vista y las pieles. Fijó su mirada en la parte cercana a la playa, recorrió varios cuerpos hasta que se detuvo en uno de mujer morena de busto llamativo bajo un bikini violeta que apenas cubría ese cuerpo latino; hacia allá encaminó sus pasos. La mujer estaba de perfil, entretenida en revisar un periódico local y no se dio cuenta de que el hombre delgado se había detenido a poca distancia de ella.

—Sofía—dijo él.

La mujer se volvió, sonrió con una luz morena más brillante que los reflejos mismos del sol, se incorporó y saludó a Bloy. Un breve beso en la mejilla.

Y ella, inclinándose hacia la cámara fotográfica, cubierta por la toalla lila:

—Sácame una foto, ¿sí?

Capítulo VI

Con las manos al aire, como si no quisiera detenerlas para que las arrugas no se notaran, Martha— sabes, chulis, eso de la H en el nombre, sólo las chachas Olavarrieta le comentó que podía decir lo que fuera, podría decir no sólo de la falta de garbo de Ernesto, de esa abulia, de ese gesto avinagrado o del continuo jaibol en su cercanía, pero nada, ni eso y lo que quieras puede borrar el apellido y junto a éste el pasaporte de entrada a Los Lugares, a donde asiste la gente, donde no entran las chusmitas esas del metro, o los naquitos devotos del beis, o los habitués de los trolebuses, así se lo dijo, se lo fue repitiendo a lo largo del día mientras Ana Beltrán trajinaba en el departamento de la colonia Roma, por cuyas ventanas se metía el ruido de los delfines, aventando humo al cielo cada vez más denso de la ciudad.

La Olavarrieta, con la voz dulce, con el peso de los argumentos, con las sonrisas entre manoteo y manoteo, le habló de sitios ni siguiera imaginados por Ana: del Country Club, de los fines de semana en Cuernavaca, de Fortín de las Flores, del Hilton en Acapulco, de los portales en Veracruz y poco a poco, como si su visión se extendiera al ver los ojos de la joven, le habló de Nueva York, de los bulevares del París, de la Costa Azul y terminó con lo de las pieles en Rusia.

La escuchó desde semanas antes. Desde que Ernesto Bloy, con el gahné azul, la mirada cansada y ese dejo desparpajado, la citó en el Chips de la zona rosa. Lo esperó unos minutos y, mientras aguardaba, pensó en que ahí cerca, en el Konditori, ella y tres amigas más tomaban café después de salir de la Alianza Francesa, cuando el hombre delgado, de cabellos ralos y descoloridos se acercó y pidió permiso para acompañarlas. Las amigas, entre divertidas y con ganas de reírse de alguien, lo aceptaron, entonces el que dijo llamarse Ernesto Bloy—y al decirlo se incorporó de la silla, alargó la mano y Ana jura haber oído el chocar de los tacones— se dedicó a ridiculizar a los meseros, a la invasión de marías en las calles, a buscar la aprobación en los ojos verdes de Ana hasta invitarlas a otro sitio con más ambiente. Ana aceptó cuando las amigas le dijeron que el Toulouse era padrísimo. Al momento de llegar,

una mujer de unos cincuenta años, enojada y de gafas, que se quitó al momento de hacer una seña, los saludó y, al acercarse Ernesto, les dijo que les presentaría a una estimadísima amiga.

Desde ahí fue, porque la mujer que se presentó como Marta Olavarrieta y dijo que si se tomaban la molestia de apuntar su nombre lo hicieran sin ponerle esa ridícula H con que todas las Martas, las Bertas y las Estelas se enjaretan, así dijo, se enjaretan, se metió a la charla buscando a Ana como su receptora, platicando de amigos que frecuentan el Toulouse, de películas de la pasada reseña, o de las posibilidades que el plástico tenía en los mercados extranjeros. Ana de improviso se vio transitando en un turbión de palabras y sin saber porqué aceptó la invitación de Marta para dejarla en su casa cuando las amigas se despidieron.

Entonces Marta empezó a asistir al departamento de Ana en la calle de Tlaxcala en la colonia Roma, llegaba cuando sabía que la madre de la joven ya se había ido a trabajar, y desde el sillón que da a la ventana, hablaba, relataba anécdotas de gente que Ana apenas si conocía, o de plano de otra cuyos nombres no le venían a la memoria. Eran los tiempos en que Ana se graduó de secretaria bilingüe: francés español y llevaba cursos especiales en la Alianza. Eran los tiempos en que ella notaba que sus firmezas eran festejadas no sólo por los albañiles, que esos le chiflan a todo, sino que al llegar a sitios: cafés, cines, las dos o tres veces que la habían llevado— Marta y Ernesto— a la Ronda, al Cancan, al Focolare, las personas, los hombres, volvían la cara para verla, para seguirle el talle, para llenarla de ojos en los senos— unos senos que años más tarde alguien habría de catalogar como breves palomas de tan dulces y tan suaves. Una figura que ella, sin en ese momento saberlo, llenaría la vida de hombres, de tipos como Kaplan quien le fue presentado durante el coctel de apertura a la exposición de Feliciano Béjar quien desenfadado, con la pañoleta al viento, con el pelo ya casi blanco, hablando de niños huérfanos, se esquinó con Bloy y charlaron y charlaron mientras ella, Ana, escuchaba la voz monótona de Kaplan explicando la concepción y las formas del trabajo de Feliciano.

Algunas veces, cuando conducía su auto, Ernesto dejaba primero a Marta, se

bajaba frente a unos edificios altos de la avenida de Las Palmas y enseguida él tomaba rumbo a la colonia Roma. En el trayecto hablaba más, como si la presencia de la Olavarrieta lo mantuviera callado. Platicaba de su familia, de la casa que vendieron en el Paseo de la Reforma, de una hermana de su mamá que vivía en San Luis Potosí, de una propiedad familiar en Morelia, Michoacán, y al mencionar Morelia comentó: esa es una ciudad de verdad, una ciudad luminosa, una ciudad cuyos habitantes todavía creen en Agustín de Iturbide, en don Agustín, el verdadero consumidor de la Independencia, no esa bola de desarrapados que llegaron después a apropiarse de lo nuestro. Nunca intentó besarla en la boca, a lo más, al recibirla y al despedirla, eran besos en las mejillas.

Ana sólo podía contrastarlo con Rafael Ortega, el jovencito que conoció a la entrada del Club Hacienda, cuando lo vio llegar con sus tenis y los capotes cubiertos por un trasto a cuadros, le quitaba los deseos de salir de ahí, porque si bien Ortega la deslumbró, primero, con que era torero, le platicaba de sus faenas, ella poco a poco se dio cuenta que Rafael no era conocido. Eso fue después porque primero se dejó llevar por la emoción de tener amistad con un torero y hasta quiso leer en los diarios deportivos alguna línea que cantara las hazañas de Rafael Ortega. Eran los años de la Prepa y le daba gusto decirles a sus amigas que andaba con un novillero al que pronto verían en la Plaza México, mientras eso llegaba, que según Ortega sería de un momento a otro, porque la empresa estaba en pláticas con su apoderado, por las tardes iban al cine Estadio, se tomaban de la mano y se besaban. □Él hablaba de cuando estuvieran casados, de cuando tuvieran todo el dinero del mundo, de los viajes a Europa, de lo orgullosa que se iba a sentir de ver cómo lo admiraban, de cómo su figura era noticia en todos lados, por eso ella debía de estar siempre con él.

Entonces le dijo que si iban al hotel, no iban a hacer nada más de lo que hacían en el cine: de los besos que avanzaron, de la mano con uñas mugrosas que retorcieron leve los pezones, del bulto en la entrepierna que ella tocó por insistencias del torero, de las flores que a veces le llevaba, de las palabras castizas y de los olés cuando ella caminaba junto a su paso medio, parando las nalgas, uno a uno de Ortega. Ella le dijo

que sí irían pero que el miedo le ganaba, él juró por la Virgencita de la Macarena que llegarían hasta donde ella quisiera y así fue la primera, o quizá hasta la tercera vez. Ella ya conocía los cuartos de los hoteles, las cicatrices del cigarrillo sobre los muebles, las habitaciones descascaradas, las regaderas con agua tibia, así fue hasta que sintió el dolor, la sangre en los muslos y Rafael Ortega, matador de novillos, novillero puntero, como él se titulaba, le dijo que hasta ese momento ésta era su mejor faena.

La mano de Marta, sin detenerse, le señala lugares. Le marcan la comparación entre ése, este departamento, y las casas de los amigos de Ernesto. De la casa de él mismo. De los ojos verdes y de la impresión que le han causado a Bloy y después anotó algo. Préstame un papel, le dijo. Ana se lo entregó y con una pluma dorada fue dibujando algo, enseguida se lo hizo llegar hasta la cara de la joven y ella leyó: Ana B. de Bloy. ¿Cómo la ves? Ana B. de Bloy, nada de Beltrán, nada de otros nombres, nada de nada más que el Bloy como bandera sin que del apellido saliera lo de Ortega, lo del novillero que se deshizo cuando Ana le vio los tenis rotos. Así que con el nombre que Marta le mostró en el papel, Ana dijo que no era mala idea, sonrió y medio entrecerró los ojos.

Años después habría de ver a la misma Marta encajada en la compañía, temida por todos, con lo agrio del carácter y el cuerpo mucho más pesado, habría de recordarla sin rabia, sin ni siquiera molestia, porque lo que hizo lo hizo sabiendo, si no todo, sí intuyéndolo.

Pese a que no fue un sí definido puesto que sólo eran charlas con Marta, ella sintió que la relación con Ernesto había cambiado. Ahora él era más puntilloso, no la dejaba sola sino por algunos momentos, en que con hombres estruendosos en su risa bebía cerca del bar, o en alguna mesa del cabaret en turno. Doña Esther quiso saber a dónde iba su hija casi todas las noches y Ana le explicó que el chico con quien estaba saliendo era no sólo un buen partido, sino que no había necesidad de contar con la pensión de la señora como único punto de sostén en nuestras vidas, mamá, explicó

antes de salir, pues el ruido del claxon del auto de Ernesto la llamaba desde la calle de Tlaxcala.

En ocasiones él le enviaba flores; la tarjeta, con alguna oración larga, casi un fragmento, donde se refería al color de sus ojos, o a la tibieza de sus manos, era firmada con un Love: Bloy. Así. Y conforme el tiempo pasó y llegaban al departamento de la calle de Tlaxcala más regalos, él dejó a un lado lo de Bloy y sólo rasgaba la firma con un simple Love, con letra desigual y con tinta azul agua.

Acapulco. ¿A Acapulco? También ella le preguntó: ¿cuándo entonces se verían? ¿Hasta el otro fin de semana? O, dijo echándole los ojos verdes encima, sí regresaría antes. □Él movió la cabeza y señaló con el índice: vamos todos, tú eres también todos.

Tiempo después habrá de recordar lo de ese primer viaje. Un primer viaje en avión y para disimular el miedo dijo que a ella le causaba mucho nerviosismo volar, pro eso con su padre siempre viajaba en auto, por favor no la molestaran: al verle la cara a Marta, al ver el gazné de Ernesto, al ver los pantalones apretados de una de las mujeres del grupo, al oír las carcajadas del Papayo Lebrija, el siempre amigo de Ernesto, como él le decía, de ese Ernesto flaco, sin vello en el pecho, con los brazos delgados, con el saco de lino trepado sobre los hombros.

Antes del viaje ella acompañó a muchos sitios al grupo. Era una carrera de bar a restaurante y jamás vio en los ojos de Ernesto algo que brillara como en los ojos de Ortega; mejor, pensó.

Años después, cuando la inscribieron en la nómina de Plastijoy, cuando era parte integral de Joy, cuando los viajes se sucedían y ella llevaba la mercancía cosida en las hombreras de sus abrigos, cuando tuvo que aguantar a Kaplan que se rió del pasado, se rió como si ya lo supiera todo, cuando supo que el licenciado Uruguay era igual a Ernesto, que ese Ernesto había dormido desde siempre con Uruguay, que Kaplan estaba listo para recoger lo que Ernesto, por razones obvias no buscaba, cuando le dieron encargos y cuando tuvo que vivir dos vidas, fingir dos caretas, o a veces más, cuando supo que Mounier era sólo la pantalla de toda la operación,

cuando supo que los negocios grandes se hacían de Colombia a México y de aquí a Estados Unidos, cuando supo que el dinero—parte— se invertía en armamento francés y suizo, supo entonces que todo eso era porque estaba más allá de su departamento en la calle de Tlaxcala, que nunca más se juntaría con novilleritos, sino con figurones del toreo, que su madre viviría de su pensión y que ella estaba tan sola como en las tardes del cine Estadio, más sola que la vez que Ernesto se presentó en el Kineret y que a partir de ese viaje a Acapulco, a partir de su matrimonio, de vivir en la calle Pérez Galdós 1235, ella esperaba que algún día cambiara todo para viajar a Acapulco sola y buscar quien le quitara la desazón de las agresiones de Kaplan y del olvido de Ernesto.

Por eso, cuando vio después de algún tiempo a Marta—sin H por favor— empleada en la Plastijoy, supo que los círculos nunca se cierran y que como alguien en la misma oficina dijo: "se puede vivir sin amor, pero no sin billetes."

Capítulo VII

Hace cuatro años de todo aquello. Sofía Platín, su ausencia; mil doscientos días de suspiros. Cuatro años penándolo día a día, recordándolo todo, reviviéndolo. ¿No lo inventaste, verdad? había preguntado Lupe apenas hacía ¿cuánto? ¿cinco, diez, quince días? Los ojos que lo miraban fijamente, la sombra debajo, cada vez más oscuras. Ninguna cosa, ni la mitad de una cosa, le respondió Abelardo, sin poder seguir mirándola de frente. ¿Importaba ya lo otro? Así le decía Lupe: "Lo otro". Sin querer repetirlo, nunca más. Y cada vez que era pronunciado ese "lo otro", Abelardo sentía la punzada en la boca del estómago, venían imágenes momentáneas como una fuerte luz interior parpadeando, y otra voz repetía "no me dejes". Ahora tenía todo el tiempo por delante para ir recordando, para volver una y otra vez a todo lo anterior. Nunca cesaba, ni cuando Lupe estaba frente a él para decirle Abelardito ésto y aquello, ya tenía doce años, iba a cumplir trece, Margarita, ay tan buena, no sabes qué haría sin ella, ella le está organizando la fiesta, la queja en la voz, pero ya jamás lloraba Lupe, pobrecita, en los huesos, decayendo, y, cuando estaba frente a él, Abelardo no podía mirarla de frente, era imposible—una sola vez, unas horas, y sin embargo el rostro, el cuerpo de Sofía se interponía entre ellos. Y seguía pensando en Sofía, así, aunque ya sabía que era Ana, que siempre había sido Ana—, y mirando al piso, las losetas blancas, escuchaba a Lupe hablarle de que Abelardito está jugando ahora en el equipo que quería, el Racing Sexto A, así, tú sabes, la influencia argentina, con eso de que ganaron la Copa del Mundo ahora todos quieren llamarse como los equipos de allá. En sexto año, las mejores calificaciones y apasionado por el fútbol, como tú, Abelardo, la voz amarga, pastosa, de Lupe mostrándole la fotografía y al tomarla él para mirarla mira su propia imagen aquella noche, con la fotografía polaroid en sus manos y mirando el cuerpo de Sofía impreso en el rectángulo de cartón.

—¿Es guapo, verdad?—preguntó Lupe.

—Sí, claro—. Parecía una modelo, desinhibida, buscando la provocación con esa sonrisa que imitaba a la del cuadro de Marilyn Monroe atrás de ella, ¿a quién le sonreía así Sofía?—, se parece a ti.

—Pero sus maneras son como las tuyas—dijo Lupe—, tiene tus gestos, lo veo y pensó que iba a escuchar de nuevo su llanto, pero no, nada, sólo el silencio mientras él contemplaba a todo el equipo del Racing Sexto A y tardaba en darse cuenta que Abelardito era quien estaba hincado al frente y en el centro, una sonrisa tímida, los cabellos al aire, Abelardito y todos los demás en shorts y playeras azules. Una mala fotografía, llena de sombras, y Abelardo piensa en la fotografía de Sofía: la última vez que la miró fue en aquel sitio, *La Bodega*, cuando se la mostró Juanito Rosas. — Por supuesto él no sabe nada—Escuchó a Lupe. Todas las veces dice lo mismo, pensó Abelardo, nunca falla—. Tu hermano Gustavo me dijo el otro día que había de decírselo. "Total", me dijo, "a lo mejor ya lo sabe por otros lados". —¿Puede alguien cambiar tanto en unos cuantos años? se pregunta Abelardo con la vista fija en ese muchacho que ya no conoce, buscando retener esa imagen, apropiarse de ella y conservarla al menos mientras Lupe está allí.

—¿Qué más dice Gustavo?

—Nada más—. Y la voz de Lupe es un susurro, un tomarse un respiro para luego ir desgranando todo lo mismo de las otras veces, hace todo lo posible, no te imaginas, habló con el licenciado Garrido hace dos días, y Abelardo escucha lo que ya conoce, las mismas palabras, la voz monótona de Lupe, y comienza a sentir ese odio que lo encierra en sí mismo.

—¿Qué le pasa, don Abelardo?— En *La Bodega*, le había dicho Juanito Rosas, ¿a poco no la conoce? está en la calle de Amsterdam, sepa con qué esquina, pero no hay pierde, le había dicho por teléfono, sí, atrás del hotel Roosevelt, ¿a poco ése no lo conoce? Le llamó en la tarde del domingo:—necesito verlo, don Abelardo, la voz urgente, sí, en verdad, ni se lo imagina, prefiero decírselo allá.

—Acuérdate que va a venir Margarita, quedaste con ella y los niños—, le dijo Lupe junto a él.

—Si no no lo molestaba, don Abelardo, dijo Juanito Rosas al teléfono. No me tardo, dijo Abelardo, poniéndose el saco, sin mirar a Lupe, es una cosa de la oficina.

Tuvo que estacionar el Corsar en la glorieta, a una cuadra. No puede ser que sólo sea para decirme que el Monterrey goleó a la U de Nuevo León y que otra vez nos jodimos, tanta preocupación porque la pinche maquinita no sabía que también los futbolistas tienen malas tardes y aunque jueguen de locales les pueden caer cinco goles, y la cara de satisfacción de Abelardito cada vez que Dosal cantaba gol, te lo dije, papá, te lo dije. Pinche vida, caminando molesto, buscando los cigarrillos en la bolsa izquierda del saco, el encendedor en la derecha, encendiendo sin suspender los pasos, subiendo los escalones de la entrada, saltando casi.

Entró al angosto pasillo, una puerta a la izquierda luego luego, una pequeña mesa con dos sillitas vacías, una barra al frente con un mesero que apenas si levantó la vista; se asomó en la siguiente puerta, a la derecha, las mesas distribuidas en lo que anteriormente era estancia de esa casa de gruesas paredes, y antes de responder al saludo de Juanito Rosas, allá al fondo, de caminar hacia él, distinguió los objetos que llenaban el cuarto, percibió una rueda de bicicleta, unos costales, lámparas, un dibujo en la pared queriendo ser una caricatura del flaco de oro, el maestro Agustín, enorme y flaco, vestido de etiqueta, y más abajo de Juanito Rosas ya señalándole el lugar para que tomara asiento, un piano verdadero, los blancos dientes enfilados a la espera de que alguien le produjera un sonido, una melodía.

—Qué sitios frecuentas, hijo—dijo Abelardo, notando la cara compungida del huérfano, como si hubiera recién perdido a su madre, pensó. —¿Entonces, cuando me saludó—piensa cuatro años después Abelardo—, era en realidad un saludo o una seña a alguien que yo no vi?

—¿Le sirvo algo?—. La pregunta del mesero antes de que se acomodara en el asiento, servicial, demasiado sonriente.

Miró la taza de café encima de la mesa, las manos de Juanito Rosas, el cenicero con dos cigarrillos aplastados, una carterita de cerillos, la tapa blanca y amarilla, Toks.

—Tráigame un Jota Be y agua mineral.

—No tenemos—la mirada sonriente del mesero, la camisa blanca, las manos sosteniendo un mantelito blanco.

—Cualquier whisky, entonces—para mirarlo alejarse y volver al rostro de Juanito Rosas, que lo miraba sin mirarlo, los labios separados.

—¿Qué pasa?

—Espere.

Abelardo puso el cigarrillo en el cenicero, se recargó en el asiento, aquí metieron de todo, se dijo, una recopilación de deshechos, varias cosas colgaban del techo, intentando acostumbrarse a reconocer que una de ellas era una corneta, otra una cafetera, y más al centro una tabla de cortar pan, junto a las lámparas pintadas de negro, cuando volvió el mesero y puso el vaso donde tintineaban dos hielos y la botellita de agua que Abelardo tomó inmediatamente para mezclarla antes de llevarse el vaso a los labios.

—Ayer yo también fui dijo Juanito Rosas.

En una de las ventanas uno de los postigos hizo ruido, movido por el viento, chocando contra la cubierta del muro. Un rojo subido, intenso, ya comenzaba a distinguir los colores. Abelardo bebió otro trago. Ayer: la calle de Pérez Galdós en la tarde, soleada, apacible, sin ruidos. Allí estaba otro hombre en la puerta, un viejito de cara colorada, cabellos blancos, oliendo a sudor hasta el sitio donde él se aproximó. No hay nadie en el novecientos, está desocupado, creo que lo van a rentar, le dijo el anciano, una voz con un sonsonete ligero, como aire saliendo por entre los dientes faltantes. No, de veras, no tengo las llaves, a lo mejor el lunes las trae el licenciado/ Abelardo insistió, hasta le dio un billete de cincuenta pesos pero nada de poder pasar, apenas si consiguió un teléfono, el 589 00 00, pero sepa cómo se llama el licenciado.

—Yo había ido antes—volvió a decir Juanito Rosas, un murmullo, atreviéndose a mover las manos, como tecleando en su PN6.

—Había demasiadas cosas allí y faltaban otras

—¿Qué dices?—pregunta la voz de Lupe.

—Lo vi, don Abelardo, hasta pensé avisarle que yo estaba allí enfrente.

—Me dieron un número de teléfono.

—El cincoochentainueve cerocero cerocero

—Nadie contestó. Yo llamé tres veces.

—Estuve esperando a ver si salía la sirvienta. Pero nada, hasta que me aburrí.

—¿Sabías que ella se llamaba Ana?

—Claro. Ella misma me lo dijo.

Abelardo apuró el resto del vaso de un trago. Ahora sí ya la chingamos, pensó, molesto, sintiendo un odio tremendo por ese muchachito pendejo, las ganas de aventar el vaso y escucharlo estrellarse en el suelo, en la cara de Agustín Lara. El pendejo soy yo, se dijo, buscando otro cigarrillo, volviéndose para buscar al mesero: el pasillo estaba vacío, unos pasos se escucharon hacia el fondo, como si alguien subiera una escalera con prisa.

—Vamos a poner las cosas en claro, Juanito—dijo, buscando el interior de su saco, mirando la expresión de sorpresa en el rostro del muchacho, escuchándolo decir "a eso vine, don Abelardo", deteniéndole el movimiento al iniciar otro parecido, con rapidez, para sacar un papel de la bolsa de la camisa y ponerlo encima de la mesa.

—Mire: hoy en la mañana lo leí.

Abelardo terminó su movimiento, mecánicamente, y puso sobre la mesa la fotografía. Dando y dando, pensó, y eso le provocó una sonrisa, lo relajó, de esto no sale en tu PN6.

Una carcajada femenina resonó entonces en uno de los cuartos vecinos.

Abelardo desdobló el recorte de periódico, cortado prolíficamente, los ojos de Juanito Rosas fijos en él, agrandados, lanzándole el aliento de su respiración.

Morelia, Mich.— La policía sigue buscando por todo el Estado al extranjero que acompañaba a la señora Sofía Platín, cuyo cadáver fue encontrado la mañana del viernes 15 en el Hotel Catedral de esta ciudad. El encargado, señor Basurto, dijo que el extranjero, de aproximadamente cincuenta años, salió la noche anterior, después de solicitar un taxi con el fin de

recorrer la ciudad. La señora Platín, quien trabajaba en Plastijoy de la ciudad de...

No podía ser posible, intentó decir Abelardo, el jueves, la boca seca, sin saliva, entonces ella y... Sin alcanzar a decir ninguna palabra buscó una respuesta en Juanito Rosas, pero éste se embebía ya en la imagen de la fotografía, una sorpresa distinta encima del rostro matizado todavía con la sorpresa anterior. Abelardo intentó mirar nuevamente el recorte de periódico, alzó la vista, descubrió de nuevo la tabla para cortar pan, la leyenda escrita: "yo te amaba", imaginó un cuchillo grande, filoso, borbotones rojos, le arrancó a Juanito Rosas la fotografía, lo hizo gritar.

—¿Quién es? — preguntó Juanito Rosas.

—¿Qué te pasa, Abelardo? ¡Abelardo! —gritó Lupe.

Capítulo VIII

Abelardo caminaba de un lado a otro de su pequeña habitación: de la cama al tocador de Lupe, del tocador a la cómoda, de la cómoda al buró. Cuando tropezó con el taburete, su pensamiento dio un giro, se distrajo por un momento. Reconocía muy bien los muebles de su recámara provenzal: después de cuatro años ni una rayadura nueva ni la madera reseca, ninguna cuarteadura. Allí estaba intacta, en su buró, la quemadura del cigarro que tanto le había reclamado su mujer.

Se vio comprando aquellos muebles con ella, con Guadalupe, años antes, una mañana. Se recordó entregándole al empleado de Hermanos Vázquez, con un gesto de orgullo, el cheque del aguinaldo de su primer ascenso en Plastijoy: "Nos vamos a casar, ¿comprende?"

Pero la obsesión regresó como en un parpadear, y en un tris le pegó a Abelardo otro gancho al hígado: aquella recámara se volvió inmensa, la cama dejó de ser la suya, la matrimonial, para convertirse en una enorme king size, y la colcha tejida por Lupe era ahora de satín negro. Caminó hacia la sala de su condominio y se dio cuenta que de pronto estaba parado sobre otra alfombra, y observaba las piezas de marfil que contrastaban con unos muebles blancos de diseño alemán. Los rojos y la textura del tamaño complacían su memoria.

—¿Jota Be?

—Gracias.

—"Mire, hoy en la mañana lo leí..."

Un ruido de hielos chocando contra cristal de vasos le punzó a Abelardo en las sienes.

—Abelardo, ¿quieres que le ponga chipotle a las albóndigas o sigues con agruras? — le gritó Lupe desde la cocina.

Abelardo no contestó; ni siquiera había escuchado la pregunta de su mujer. Hacía días que no participaba del mundo de los demás. Lupe tampoco insistió; aceptó que su esposo iba a seguir así un tiempo. ¿Cuánto sería necesario esperar? se

preguntó guardando los chiles chipotles en la alacena. Esperar a que Abelardo se normalizara, a que apartara de sí a los demonios del recuerdo.

¡Cuántas veces había reconstruido mentalmente Abelardo su estancia en el noveno piso, el penthouse de la colonia Polanco! Pérez Galdós 1235, departamento 900, le había escrito Sofía. Sofía o Ana o Ana Sofía.

Y rehizo con lujo de detalles las escenas de ese jueves catorce de julio de 1983. Sintió a Sofía bestándolo por primera vez. Entonces Abelardo llevó sus manos nuevamente a esos pechos frescos y maduros, y su fantasía saltó hasta ver a Sofía en un fondo de seda retirando la colcha de satín negro, abriendo las sábanas floreadas para meterse entre ellas, despacio, lentamente, invitándolo con la mirada a desvestirse, a entrar en ella.

Y la obsesión lo llevó hasta el comienzo de esa pesadilla.

—Por favor, no le vaya a decir nada a Gutiérrez. A él no lo invité.

Y enseguida se miró estacionando su Corsar frente al edificio marcado con el número 1235. Y por primera vez, por primera vez —¡Dios mío!—, se dijo Abelardo, se fijó con detenimiento en los dos tipos que hacían guardia en la banqueta frente a la puerta encristalada.

—A dónde va, señor.

—Al 900, el departamento de la señora Sofía Platín.

—En el noveno piso sólo está el penthouse y la señora se llama Ana, no Sofía.

Abelardo hizo un esfuerzo para retener en su mente a esos hombres, ¡Dios mío, no puede ser!, volvió a decirse Abelardo. Los suspendió en la memoria como si hubiera detenido sus imágenes en la videocasetera: uno de ellos gordo, totalmente rapado, con aire de rufián, de malhechor, de guarda de narco: tenis blancos, blue jeans y un saco azul o café; Abelardo no pudo recordar bien el color, pero los tenis le dieron la clave de algo que, sin embargo, sólo un instante había relacionado con Sofía. El otro hombre llevaba zapatos y traje oscuros, corbata ancha y clara. Abelardo supo entonces que había visto a ese hombre en otra parte, y que llevaba en la mano derecha algo que debió haber sido un guoquitoqui. Estuvo seguro, segurísimo de

reconocerlo y gritó a pesar de sí mismo:

—¡El chofer de monsieur Mounier!

Lupe salió de la cocina precipitándose hacia él, nerviosa. Y con un ademán de desesperación le dijo:

—Y ahora, ¿qué te pasa, Abelardo? ¡Que te pasa, Abelardo! ¿No puedes pensar en otra cosa? Olvida ese asunto; nos vas a volver locos.

Pero Abelardo seguía con la imagen de aquellos hombres detenida en la memoria, mientras buscaba en alguna parte del recuerdo dónde... dónde había visto al pelón de los tenis. Dudó. ¿En el bar del Hotel Presidente Chapultepec, el día que festejaron a Celestino Salcedo?

—Ahorita le digo cuándo fue eso... Ya está, qué fácil: el 8 de junio... fue miércoles...— le informó la computadora a Juanito Rosas.

Esa noche Sofía había evitado cualquier signo que hubiera podido tomarse como una familiaridad entre ella y él, Abelardo. Pero hubo algo, de pronto descubrió a Sofía (¿Ana?) con una leve sonrisa irónica, cómplice, y él, Abelardo, pensó que le sonreía a Martita por haber defendido a Ricardín de la broma de Alberto Gutiérrez, pero al volverse a mirar a Martita tuvo la impresión de que el hombre de la mesa de atrás bajaba su copa como si hubiera brindado con Sofía. Suposición que no admitió por la seriedad con la que ella se había desenvuelto hasta entonces. Lo olvidó, incluso, completamente. Pero aquel hombre era calvo y alcanzó a verle los tenis blancos cuando se levantó al baño.

Abelardo regresó a su recámara y buscó el recorte de periódico que le había entregado Juanito Rosas.

La policía sigue buscando por todo el estado al extranjero que acompañaba a la señora Sofía Platín, ... el extranjero de aproximadamente cincuenta años...

Monsieur Mounier, pensó Abelardo. Monsieur Mounier tendría aproximadamente cincuenta años... Lo recordó nítidamente, porque una de las últimas veces que lo vio había estado frente a él dos tardes seguidas: debía medir uno

setenta y cuatro, blanco, de cabello cano, ojos azules y un poco pasado de peso; la buena vida que se dan estos franceses, se dijo entonces Abelardo.

—¿Le gusta viajar, Abelardo?

El primer viaje sugerido por el licenciado Uruguay había sido a Cancún. Luego Abelardo fue a Haití, después a Nueva York, y más tarde a París, donde se entrevistó con monsieur Mounier, quien llamó esta vez a un intérprete de la división de negociaciones intercontinentales. En esa ocasión el traductor no era una mujer atractiva y seductora sino un empleado regordete y malencarado que hablaba un español madrileño aprendido, seguramente, en el liceo.

Al finalizar la entrevista, monsieur Mounier hizo salir al malhumoriento de la división de negociaciones intercontinentales y, una vez solos, le entregó a Abelardo una cajita envuelta para regalo. En un español clarísimo aunque con un marcado acento francés lo sorprendió:

—Es un pge/se/nte pa/ga nues/tga a/mi/ga So/fi/a. E/lla se co/mu/ni/ca/gá con us/ted más a/de/lan/te.

Monsieur Mounier había pronunciado aquellas palabras sin agregar nada más, dando por hecho que Abelardo sabía perfectamente bien de qué estaba hablando, de qué se trataba aquel asunto. Y él, Abelardo, tomó la caja y asintió con la cabeza, irreflexivamente, a pesar de que no había vuelto a ver a Sofía, a pesar de que no sabía nada de ella, a pesar de que Sofía se había esfumado por arte de magia.

—En uno de tus próximos viajes se va a comunicar una persona contigo. En cuál, no sé. Él te va a dar ciertas instrucciones a mi nombre que quiero sigas, por favor, sin preguntar y sin desobedecer nada...

De regreso a la ciudad de México, Abelardo esperó inútilmente la comunicación de Sofía.

Abelardo revivió otra vez esos meses en la compañía: en cuántas ocasiones había bajado del quinto al tercer piso a consultar la PN6. ¿En cuántas? Y Sofía nunca, nunca estuvo allí; podría jurarlo. Mentira que hubiera entrado el último año. Juanito Rosas había fallado en la esperanza de dar con la historia de Sofía: el resguardo del

archivo muerto en la bóveda de Guadalajara jamás se había abierto a sus pesquisas. Tan fácil que les parecía. Y Rosas: "Aguante, Abe, tarde o temprano abrían la defensiva." Y ese brillo inteligente en la mirada ¿Sería posible realmente recuperar los microfilms o las cintas magnéticas?

Hubo algo extraño desde el principio, algo que no embonó bien, volvió a decirse Abelardo. Todo era una mentira en contra suya; una mentira que le había costado muchísimo.

—¿Cómo dices que se llama?

—Sofía.

—Tiene nombre de actriz.

Nombre de actriz. Sofía, nombre de actriz. ¿Qué obra había representado? ¿Cuál había sido su papel? ¿Por qué se había metido Sofía de tal forma en su vida?

—Ya está la comida, Abelardo —le gritó Lupe desde el comedor.

Cuando lo llamó por tercera vez, se volvió hacia Abelardito que acababa de entrar de la calle.

—Háblale a tu papá, Abelardo. A ver si tú tienes suerte.

Abelardito andaba vestido con el uniforme del Irapuato. Gustavo se lo había regalado en la Navidad.

—Juega el Irapuato, pa. ¿Quieres ver el partido conmigo?

Ni siquiera los gritos de euforia que los goles del Irapuato habían arrancado a Abelardito lograron sacar de su ensimismamiento a Abelardo.

—No va a venir, mamá. Está en otro lado todo el tiempo.

Abelardo estaba efectivamente en la ciudad de Morelia. Rehaciendo aquel último viaje que había hecho por órdenes del licenciado Uruguay.

—Abelardo, se va usted a la ciudad de Morelia. Tenemos problemas en la planta. No regresa usted acá hasta que los solucione. Recibimos este telex. Lea.

*Ruégole enviar supervisión inmediata planta Morelia.
Problemas empaque, producto maltratado.*

Mounier

La noche anterior al viaje a Morelia, Abelardo recibió una llamada telefónica:
—No olvide usted el regalo de la señora Sofía.

Fue todo. Abelardo no tuvo ni tiempo de reaccionar porque colgaron inmediatamente. No pudo tampoco reconocer aquella voz porque nunca la había escuchado.

Al llegar a Morelia, Abelardo se sintió atraído por el color de la ciudad. Hacía mucho tiempo que en el De Efe todos los edificios y los monumentos coloniales eran grises, oscuros, negros. En cambio la cantera rosa de Morelia hizo que Abelardo descubriera de pronto las construcciones, y que las creyera más esbeltas, más llenas de luz y más contrastadas con los verdes de los parques y las plazas que tuvo que rodear para registrarse en el Hotel Posada de la Soledad.

Dejó sus cosas en la habitación 408 y bajó al restorán del hotel, donde apenas si tuvo tiempo de comer un blanco de Pátzcuaro porque tenía cita con el director de la planta a las cinco de la tarde.

Cuando Abelardo subió a lavarse los dientes y a recoger su portafolios sonó el teléfono.

—Deje el regalo de Sofía en la recepción — dijo una voz de mujer que de pronto hizo a Abelardo pensar en la mismísima Sofía Platín.

—¿Sofía? ¿Sofía? ¿Sofía?

Fue inútil que Abelardo tratara de obtener una respuesta.

No tuvo manera de saber quién había hablado ni de dónde, ni cómo sabían que estaría en Morelia si Uruguay le había dicho que era asunto confidencial.

Abelardo tomó el sobre donde había guardado la caja y bajó a la recepción a entregarlo junto con la llave del cuarto.

—Vendrán a buscar este paquete, señorita —fue todo lo que dijo Abelardo y salió rumbo a la planta que estaba a unos kilómetros de la ciudad de Morelia.

Capítulo IX

Esto es un desmadre, no entiendo; ¿quién me puso aquí? Qué pasa. ¿No me oyen? ¡Esto es un desmadre, sáquenme de aquí!

La voz de Lupita "¿Qué te pasa Abelardo. ¡Abelardo! ¿Qué tienes?", no llegó esta vez a reconfortarlo. Sobresaltado, sudando hasta humedecer la almohada, Abelardo despertó y buscó, instintivamente, el cuerpo de Lupita a su lado. Entonces recordó aquella otra pesadilla, cuatro años atrás, y se percató de la absoluta soledad.

En aquella ocasión las enchiladas y los jaiboles de *La Bodega* le habían ocasionado una guerra de tripas y nervios ("¡igual que a mí!", se quejaba después Juanito Rosas frente a su capuchino del Toks) en la que Sofía Platín era todos los muertos del mundo. ¿Qué habrá sido de ella? —pensó Abelardo, incorporándose para adelantar un manotazo al despertador antes que arrojara su desalmado bip...bib...bip... de las 7:30.

Abelardo Azcárate estaba solo. Guadalupe Martínez, su mujer, lo había dejado siete semanas atrás. Dijo que estaba harta de las llamadas telefónicas "de la otra", y fue cuando le aventó al rostro la fotografía polaroid de aquella morena encuerada de ojos verdes que descubrió al fondo del cajón donde guardaban los recibos del impuesto predial. Y lo peor, que había ido a increparlo a su oficina en Plastijoy, y no lo encontró, ni a él ni a la secretaria Rosy, que ese día "tampoco había ido a trabajar en la tarde...", gruñó mordaz una tal Martita.

Abelardo cumpliría 44 años la semana próxima y no había cubierto la cuota del gas estacionario, por lo que entró a la regadera gritando ¡bonito León Guanajuato dondeseaprecialavidaaaá!..., porque el agua estaba fría como el café desencrudecedor de toda esa semana. Un hogar sin manos femeninas es lo más próximo al caos, de cuando Dios no había inventado ni el Alka Seltzer.

El timbre del teléfono lo sacó de la regadera. Abelardo alzó el auricular y lo

embarró con la espuma del champú que aún conservaba en la oreja; listo para disparar su artillería contra los reclamos económicos de la pinche Lupe, ahora que se amuele la muy ingrata, ¿no que muy salsa?

—¿Abelardo?— dijo una voz femenina en el otro extremo de la línea.

—Sí, mojado y a sus órdenes... —trató de identificar aquel acento, pero ya venía la respuesta condensada:

—Sofía Platín.

—Sofía Pla... —repitió él, cuando un golpe ausente le quitó el aliento.

—Abelardo... hasta que por fin te encuentre. Necesito verte —y sin soltar el hilo—. Nos vemos el martes próximo en el Desierto de los Leones, a las diez de la mañana en la fonda de doña Leti. Para tu seguridad dime ahora "adiós licenciado"; y chao.

—Oye, pero... Si yo

Abelardo sintió doblemente frío, por dentro y por fuera de su piel erizada. Dijo, antes de volver a la ducha, con el pensamiento hecho caldo gallego:

—Adiós licenciado.

Abelardo llegó puntual a la oficina, rejuvenecido. Colgó el saco en el perchero de la puerta y ocupó el silloncito de pliana frente a su escritorio.

—Ya regresó, ¿verdad?

Abelardo se percató entonces de Rosy, la secretaria, y descubrió en ella su propia transformación.

—Se le nota en la cara— insistió ella, apechugando, porque a lo más que podía aspirar era a recordar aquella tarde en la que borrachísimos (celebraban a Esteban Martínez, que por fin le había atinado al Progol, ¡carajo!, 20 millones contemplando un 4-0 en el Irapuato/Texcoco), despertaron acostados en una cama del hotel Lord, sin acordarse de nada, ignorando si aquello había sido una broma del Gato Mendizábal o pura brújula del instinto que no pierde norte. "Ay, qué barbaridad,

licenciado Azcárate", dijo ella entonces, con los ojos amoratados por la desvelada. Fue cuando comenzaron los problemas con Lupe...

—No, Rosita; no regresó. Ahí me tiene lavando calzones todas las noches —rió Abelardo, contento, de una pieza, esperando el lunch de las 11 para desquitarse en la cafetería del primer piso.

Cuando Abelardo abrió su agenda de clientes foráneos, una palabra le sopló nubecitas de memoria y añoranza, como en las tiras cómicas: "Sofía"...

¡P O F !

—¿No me han hablado?—preguntó, por fin, a su secretaria.

—Nomás de la gerencia, para recordarle la junta con el señor Lebrija la semana que entra. Creo que esta vez le va a tocar a usted recoger a mesié Monier en el aeropuerto, pero está por confirmar. Ya está reservada la mesa del jueves a las 8:30 para cenar en el Bonvivan. Que lleve la cartera presupuestal; por lo de la planta de Morelia.

—¿Nadie más?

—Nadie.

Rosy había conocido a Lupita en la posada que ofreció la empresa en diciembre de 1985, y se miraron al tú por tú, con frialdad de panteras disputándose al tigre.

—Pues no está "tan naquita" tu secre —reclamó Guadalupe a la hora de la mascarilla de *cold cream* frente al espejo del tocador.

—Su esposa; no sé, es bastante... sencilla, licenciado. Me la imaginaba más, cómo le diré —adelantó Rosy tras informar que había entrado al régimen de los Weight-watchers ("los cuidacuinos", rió para sí Abelardo).

El martes distaba cuatro noches de por medio, así que Abelardo trató de no pensar en nada. No fantasear, no imaginar aquel rostro perdido ¿para siempre? en el penthouse de Pérez Galdós 1235, aquellas palomas entumidas como senos virginales.

—...discúlpeme otra vez señorita; sí, ya sé que allí no es Printaform de México.

Usted disculpe.

—¿Le pasa algo licenciado?... Ya van a dar las once.

—Claro, Rosita; me voy al lunch. Subo al rato —admitió al soltar el auricular del teléfono.

El ahora sí actuario Juan Rosas, el antiguo Juanito de hacía cuatro años, respondió amable al saludo:

—Bien, amigo Abelardo; y usted... ¿Ya regresó la...?

—Igual, Juanito. Neosoltero a los 43... Una ruina moral, eso soy.

—Ni que fuera para tanto, don Abe. Entonces qué, ¿me va a vender el Corsar?

—¿Y yo, con qué me quedo?

—¿Qué modelo es?—insistió el joven actuario, supervisor del departamento de Informática.

—Lo compré en noviembre del 83...—y esa cifra lo remontó, nuevamente, a ese tiempo en que creyó que la vida era simplemente respirar.

—¿Te acuerdas de ella?—preguntó.

—¿Lupita?; es un encanto. Cualquiera día de estos, ya verá, su mujer...

—Juanito: Sofía.

—Aah.

—Me habló hoy por teléfono.

—No la chingue, don Abe!—saltó emocionado el muchacho.

—Como lo oyes, chamaco—la sonrisa de Abelardo dejó asomar una cascarita de chícharo adherida a uno de sus colmillos; porque los sanwichitos de las once eran de ensalada de atún.

—Pero si la creímos muerta...Don Abe. Tiene una cascarita...

—No sé, todavía no sé... —comentó sonriente.

—No... Tiene una cáscara de ... allí, en el diente.

Abelardo rasuró la dentadura con la uña del pulgar.

Juan Rosas alzó las cejas, pareció ido unos segundos y de regreso disparó un

par de traviosos vistazos a ambos lados de su interlocutor. Dijo con tono de quien planea robar el Banco Mundial:

—Véngase ahorita rápido al tercero. Apenas están conectando la BH.

—¿La qué?

—La Burroghs H750. Le va a dar en toda su madre a la PN6 que teníamos.

Un minuto después, con la emoción latiéndole aún en las pupilas, Juanito presumió:

—¿Qué le parece?

Abelardo miró aquel mueble color marfil, los hules transparentes aún tirados en el piso, las conexiones de los cables luciendo el acero brillante de las abrazaderas; aspiró el aroma de máquina nueva, entre alcohol y resina.

—Huele a coche de agencia —reconoció.

Juanito ignoró la ofensa, y sin mirar a su colega revisó el tablero posterior de la computadora; rodeó la mesa y, tras comprobar que estaban solos en el departamento de Informática, empujó la puerta. Entonces dijo:

—Chitón, don Abe —al tiempo que pulsó el interruptor maestro. La BH750 produjo un ligero ronroneo, como balero de bicicleta.

Se encendió un botoncito rojo bajo la pantalla. Segundos después se apagó, y en su lugar apareció una señal anaranjada, intermitente, en el ángulo superior izquierdo del monitor.

—Estuvo aquí anoche Ricardo, el canchanchán de la Martita. Se está metiendo unas zafacocas tremendas para actualizar los programas. Ayer estuvo cargando el archivo muerto que llegó de Guadalajara. ¿Probamos?

Abelardo recordó el Atari de su hijo con el que perdían adorablemente el tiempo las tardes de los sábados, mientras Lupe se quedaba alborotada para finalmente no ir ni a la tercera función del cine, y compensar todo con pizzas tiesas y vasitos de sangría Señorial. Suspiró y dijo:

—Juégale pues, Juanito.

El muchacho comenzó a pulsar el teclado, repitiendo en voz alta:

—A ver, JOY325-88, y entramos; qué cachondos ¿verdad? RE, que es el menú de referencias... ¡Su puta!—exclamó Juanito, porque en la pantalla comenzaron a aparecer claves nunca antes vistas que llenaron tres columnas de veinticinco líneas. No le puso candado Ricardito... ¿Ya vio, don Abe?

—¿Qué es todo eso?—preguntó él.

—Sepa la bola... Hasta parece archivo de la CIA, ¿verdad? Mire usted —y comenzó a leer en voz alta—: "BLACKWAR", "REDLEFT", "AYUDAS", "LOVLOY", "TOYS", "SWEDENISS"...

—¿Y todo ese desmadre, qué? —Abelardo leía también otros nombres jamás imaginados para un monitor de la empresa plastificadora número dos del país.

—Mañana, cuando Ricardito les ponga candado, será imposible traerlos nuevamente a la pantalla... Sin la clave —dijo Juan, menándose la greña de jipi venido a menos.

—¿Nos la jugamos? —insistió el muchacho y, sin esperar respuesta, Juan Rosas pulsó el teclado pensando en voz alta:

—Cuando uno pide el comando de subdirectorios de referencias, el sistema se protege y nos manda al carajo; además que despierta una señal de alarma en el servidor... Pero aquí la matriz somos nosotros... a no ser que... Esto es Jauja, don Abe; porque sin candado nos va a soltar todo. Así que, vamos a ver, otra vez: tecleamos JOY325-88, hola cabrona, REF, todos esos nombres de James Bond: y le picamos, por ejemplo, AYUDAS y, chan chan chan chaan... —"Vector América, Vector Europa", leyó con nerviosismo Abelardo—. ¿Nomás eso? Dale con otro —rogó.

—Oqueei. A ver, vamos a ver pinche burroghsita. Otra vez JOY, hola amiga ¿cómo te amaneció el hoyo?; RE, y el titipuchal de claves de la guerra de las galaxias, y ahora: SWEDENISS...

—"1.Morelia_Pátzcuaro". "2.Pátzcuaro_Zirahuén". "3. Nuclear_cemetery" —leyó Abelardo, y preguntó enseguida:

—¿Qué quiere decir eso?

—Si supiera ganaría veinte veces lo que gano, don Abe... ¿Qué no se da cuenta

que éste es un archivo de la chingada! —dijo, con voz temblorosa, el muchacho antes risueño. Le sudaba la frente.

—¿Cómo está eso, Juanito?

—¿Sabe inglés?

—Más o menos.

—Pues ahí está, don Abe: Swedeniss son Suecia y Suiza.

—En la madre. ¿Y qué tiene que ver Plastijoy con eso?

—Sepa.

—Debe ser un archivo prestado... La nueva línea de juguetes Mattel —comentó Abelardo Azcárate al traducir mentalmente "Ayudas" como AIDS, pero quién sabe. Dale a lo de Sofía.

Juanito Rosas temblaba. Dejó la computadora y fue hasta la puerta; la abrió cautelosamente y asomó la mirada.

—No hay moros en la costa, don Abe. Vámonos antes de que —decía a punto de apagar el interruptor de la magnífica BH750, cuando la mano de Abelardo lo detuvo.

—Encuétrame allí a Sofía Platín —y avanzó hasta ponerle seguro a la puerta del recinto.

—Esto ya es demasiado, don Abe, porque...

—Porque qué —Abelardo se cruzó amenazante los brazos.

El muchacho volvió a la máquina. JOY, tecléo junto con la "/W" de los archivos confidenciales. En la pantalla aparecieron entonces los inocentes: "Oficinas Centrales, Oficinas Foráneas, Categorías, Antigüedad, Expediente Muerto, y Efemérides".

—¿Qué son efemérides?

—Nuestros cumpleaños, paisano; y los datos de su familia...

—A ver, Juanito, apúrate y saca la ficha de Sofía del archivo muerto.

—Está de suerte, paisano, porque con el candado que le ponga más tarde Ricardito, la "llave" no aparece ni en pantalla.

El listado de nombres era casi infinito, iba avanzando como los créditos finales de una película. Había por lo menos cien clasificados en la "A".

—Avánzale, avánzale Juanito; hasta llegar a Platín —pero el muchacho, acomodándose los anteojos de cristal concéntrico, de un teclazo combinado trajo a todos los "P".

—Entre Picaluga y Podreau no hay ninguna Platín, don Abe. Ahora qué.

("En el noveno piso sólo está el penthouse y la señora se llama Ana, no Sofía, había dicho aquella noche el gordo de la cabeza rapada).

—Por nombres, ¿puedes traer a las Ana?

—¿Anas, como Ana Karenina?

—Ana, sí. Era su nombre de guerra.

—Vamos a ver... —y el tecleo de una clave dejó a la vista 17 Anas en la pantalla. ¿Cuál le gusta?

—Pues esa!, ¿no ves? —¿"Ana Sofía Love"?—sácala del archivo.

Juanito restregó un puño contra sus labios. Alzó las cejas y aventuró.

—Voy a tratar de mandarla a un subdirectorío que ahorita mismo voy a abrir. Después, la recuperamos... porque le voy a poner un candado para que no le pongan candado. ¿Cómo se apellida Lupita?

—Martínez Montemayor.

—Bueno, el segundo, "Montemayor" —tecleó, ése será nuestro candado. De ese modo, sólo usted y yo podremos sacar la ficha de Sofía al impresor. Mañana, o después de mañana si está muy dura aquí la chamba, se la entrego cuando...

Juanito y Abelardo quedaron helados. Alguien había tocado tres veces a la puerta asegurada.

—(Qué hacemos) —preguntó moviendo los labios Juan Rosas.

—(Manda el sistema al demonio y ven acá) —respondió Abelardo.

Juanito pulsó el JOY, BYE, y abur, se fue todo a las tinieblas cibernéticas. Desconectó ágil la BH-750.

Abelardo empujó a Juanito hasta la puerta, y al quitarle el botón abrazó al

muchacho, como si estuviera besándolo. Entonces una persona entró a la sala de Informática, descubriendo encerrados, en íntimo trance, a ese par de gays; pero no era el Gato Mendizábal, ni el inge Escobar, sino la encargada de intendencia del tercer piso, que al depositar la cubeta con el trapeador en el suelo, comentó con sarcasmo:

—Ay muchachos... qué modernos.

Capítulo X

"No me dejes, no me dejes..." suplicaba ella aquella noche de marido ausente y sábanas de satín negras. No me dejes, y entre tus manos aquella melena perfumada, aquellos muslos torneados, aquel par de ojos capturados, apenas y después, en una fotografía polaroid que vira con rapidez al azul. Porque azul es el color de la edad.

—Y la que te dejó fue ella—completó Abelardo al mirar su Corsar azul estacionado bajo los espigados abetos.

El café de olla había perdido sus primeros vapores. Abelardo sentía más frío en las rodillas y en los tobillos. Estornudó tres veces y levantó el cuello del saco, tratando de protegerse contra el viento helado que escurría de la montaña. "...a las diez de la mañana en la fonda de doña Leti", había dicho ella. (¿Había dicho ella?)

Faltaban doce minutos para las once de la mañana. Abelardo había telefoneado a la oficina pretextando un desayuno con los directivos de Lodela, "el año pasado compraron ochenta toneladas de polivinilo y acetato de celulosa en nuestra planta de Minatitlán", recordó él, tragando la mentira porque ese desayuno fue en realidad una cabareteada sabatina, y el contrato estaba firmado desde febrero.

La cocinera se aproximó a su primer cliente de la mañana para ofrecerle una tercera tacita de café.

—¿Segura que aquí es la fonda de doña Leti?—preguntó Abelardo, y la mujer respondió con tono de afirmación dinástica: —Doña Leti soy yo.

Ni modo, aunque ésa era la primera vez que lo dejaban plantado en el Desierto de los Leones a las once de la mañana, Abelardo Azcárate resolvió desayunar cualquier cosa para llevarse luego los suspiros a otra parte. Así que pidió:

—Señora, cuatro quesadillas por favor. Surtidas; pero una de queso con rajás.

—Ahora mismo, señor don Abelardo.

—¿Me conoce?—respingó él, arrugando el ceño, pero ella iba a su encuentro con todo y café de olla; el tercero.

—La señora Beltrán me encargó que no se fuera.

Pero Sofía Platín no llegó.

Para hacer tiempo, Abelardo comenzó a hojear *El Universal* de la fecha. Revisar el índice de la bolsa de valores, las declaraciones de los funcionarios llamados a contender por la precandidatura del PRI, una nota en la sección cultural titulada: "Diez escritores a la busca de una novela mancomunada" que firmaba el editor Andrés Ruiz. "Pinches ociosos", pensó Abelardo; y no, tampoco llegó ella.

Abelardo pagó la cuenta, bufando todavía el ardor de las rajadas con queso, cuando entre los rayos dorados del sol de julio, descendiendo como una ligera escobilla de pino, vio aparecer a Sofía, que avanzaba como salida del bosque y a su encuentro.

Antes que cualquier palabra, el contacto de sus cuerpos, las bocas reclamándose con ardor, Abelardo y Sofía permanecieron abrazados, estrechándose, saludándose con la piel del rostro.

—Cuatro años—dijo, por fin, Sofía.

—¿Ya vio, señor? Sí llegó —dijo doña Leticia, y guiándoles un ojo, sugirió—: Hoy el bosque está precioso.

Tenía razón.

Abelardo adelantó algunos pasos, cuando la mano de Sofía se coló en la flexión de su brazo derecho. Dijo lo que estaba pensando:

—No he dicho una palabra.

—Te ves igual que antes —mintió ella.

—Tú igual, también —correspondió Abelardo, porque en cuatro años hay casi mil 500 noches, y en cada noche un sueño o, por lo menos, un cuerpo que distrae al sueño con el rigor de la especie.

Abelardo había notado, desde el primer momento, que el rostro de Sofía era otro y el mismo a la vez, así que Abelardo comenzó a platicar con ésta y con aquella Sofía, como si el lapso intermedio fuera un mero trámite metabólico, del tipo de cuando alguien dice: "Me gustan las aceitunas" y las come siempre, es decir, cada que puede.

—Me gustas tú, Sofía, Ana, Ana y Sofía. ¿Dónde te has metido?

—Trabajo en la SEMIP. Hace años.

—¿Por qué desapareciste, Sofía? Te buscamos en tu departamento.

—¿Me buscaron?

—Juanito Rosas y yo... Te acuerdas de él, supongo.

—Sí, el chamaco anteojudo... Pero yo no desaparecí —dijo con un tono soñador, ingenuo—. Me tomé unas largas vacaciones, sugeridas por Kaplan. Después ya no volví...

—Por cierto, ¿recogiste el paquete que te dejé en Morelia? Te lo mandó Mounier, de París.

—Claro que lo recogí. Si no con qué me salvo del desfalco que me colgaban...

—Pues... ¿qué traía el paquete? Digo, si se puede saber, Sofía.

—Claro que se puede. Algo así como 25 mil dólares.

—¡Vaya!

—¿Y tu mujer?

—Me dejó.

—Te dejó—repitió ella.

—Es que me descubrió una foto tuya.

—No sabes cómo me reclamó esa foto.

—¿Quién?

—Mi marido. Otra vez estamos viviendo en el penthouse de Polanco.

—Martita habló mal de él.

—Marta Olavarrieta. ¿Qué contó?

—Todo. Yo no sabía que se llamaba Ernesto.

Guardaron silencio varios pasos.

—¿Y entonces?—preguntó él.

—Y entonces, qué.

—Su pareja era Uruguay, ¿verdad?

—¿Podríamos hablar de otra cosa? "

"¡No puedo vivir sin tenerte a mi lado!", estuvo a punto de pronunciar Abelardo, pero dijo:

—Te deseo. Siempre te estoy deseando. Se dejaron rodar en el talud de la vereda, entre arbustos crecidos y húmedos.

—Abelardo, Abelardo; no me dejes. Ahora menos que antes.

Abrió los ojos y miró las frondas de los oyameles, el rostro adormilado y sonriente de Sofía; un escarabajo que trepaba por el tronco del pino junto a sus cabezas.

—Nadie como tú —dijo Sofía Platín, los párpados entornados, buscándolo para besarle las manos, y añadir—, por eso te llamé.

Abelardo se incorporó.

—Vamos a caminar de regreso. Sirve que así te lo cuento.

—Qué me cuentas.

—Lo de Emiliano Ortega, mi hijo.

—¿Es hijo de Bloy?

—No. Déjame contarte; porque quiero pedirte un favor...

"Otra vez", pensó Abelardo.

—Emiliano es muy joven, tiene veintidós años cumplidos... él no piensa como nosotros, él... Es un genio. Toca el piano como ángel, Chopin sobre todo, así fue la última vez que lo vi hace cuatro años. Pobre Emiliano. Entonces acababa de cumplir los dieciocho y ya andaba en sus... ondas. ¿Te acuerdas del parabrisas estrellado? El balazo fue para él, pero salió ileso de milagro. Quiero que le digas que digo yo que esta vez, si no se cuida, sí van a matarlo.

—¿Por qué lo quieren matar, Sofía?

—Es lidercillo; por eso fue lo del balazo en el ochenta y tres... Y yo no puedo hacer nada por impedirlo. Para eso te tengo a ti. Tú estás limpio.

—Me tienes a mí—repitió Abelardo, y preguntó:

—¿Y por qué no avisas a la policía?

—Tú encuentras a Emiliano y le dices que urge que hable conmigo. O que se

vaya, que ahora sí va en serio. Lo vas a encontrar.

Abelardo sintió heladas las manos de Sofía, pero al bajar la vista encontró en las propias una pistolita que ella había sacado de su bolso, y que completaba con un puñado de balitas como de juguete.

—Es una Beretta 25, siete tiros que detienen a cualquiera. La puedes necesitar.

—Pero yo...

—Cállate Abelardo, que ya van a venir por mí. Tienes que averiguar con Kaplan el paradero de Emiliano...

—Ya renunció.

—Sí, lo sé. Vas a encontrarlo en Lili Ledy... pero mucho cuidado con él. Bebiendo, él pierde. También tienes que buscar a Susana Koestler.

—Oye, si ella...

—La buscas y la encuentras —lo cortó Sofía. Ella también tiene mucho que ver con Emiliano. Aléjala de él...

—¿Cuándo nos volvemos a ver?

—Yo me comunicaré contigo.

Sofía Platín agachó la cabeza, un suspiro entrecortado la cimbró. Limpió el asomo de una lágrima, y pronunció antes de encontrarse con los labios de Abelardo:

—Estoy contigo, Abelardo. Desde entonces.

La belleza de Sofía lo subyugó una vez más. Se abrazaron y Abelardo observó que, en la distancia, junto a las fondas de la carretera, doña Lety les hacía señas. Indicaba hacia la parte posterior de aquel promontorio: ejercicios de mímica que cualquiera hubiera adivinado como "aquí los están esperando". Abelardo aprovechó entonces para escurrir la mano en el bolso de Sofía, cuando se escuchó un remoto y triple claxonazo.

—¡Ya llegaron por mí! —dijo ella, y emprendió la carrera pendiente abajo, dejando a Abelardo Azcárate como un ser endémico en ese bosque de oyameles.

Un Phantom rojo y con antenita en la cajuela salió disparado rumbo al entronque de la carretera MéxicoToluca.

—Sofía —dijo, calamitoso, Abelardo. Entonces observó la agenda telefónica que recién había expropiado a esa mujer tan inescrutable.

"La enigmática Cenicienta volverá por su zapatilla", se dijo Abelardo, y guardó el cuadernillo de tapas de terciopelo azul en el bolsillo del saco, junto al juguete automático del calibre 25.

Capítulo XI

Al día siguiente Abelardo Azcárate llegó de mal humor al edificio de Plastijoy. No que no hubiera desayunado más que café frío, no que todavía no le conectaran el gas, no que había soñado con una Sofía perseguida por miles de chapulines azules; no era eso. Simplemente que muy temprano, "para que no te me escapes", Lupita había telefoneado para reprocharle que ayer no lo había encontrado a ninguna hora, "ni en la oficina". Necesitaba dinero para la inscripción de Abelardito "que ya va a pasar a secundaria", y que si él no tomaba alguna iniciativa, ella comenzaría a pensar en el divorcio "pues conocí a un abogado a todo dar", y demás.

Al llegar al estacionamiento de Plastijoy, Abelardo descubrió el movimiento de muchas personas que se arremolinaban junto a la entrada de la empresa. Bajó del segundo nivel, y llegó al sitio cuando una ambulancia de la policía —torreta con destellos rojos y azules, la sirena ululando como desquiciada— se acomodaba en la banqueta.

Entre los curiosos descubrió a Celestino Salcedo, que acababa de salir del edificio. Lo saludó con un:

—Qué pasó.

—Es que apenas están llegando por el muchacho...

—¿Cuál muchacho?

—¿Todavía no te enteras...? —lo miró con ojos acusadores. Hubo un suicidio en Informática, durante la madrugada.

—Quién.

—No sabemos, el muchacho... porque se ve que era un muchacho, tiene la cara desfigurada por la salida del balazo. Yo creo que una 45 a lo menos. Le entró por este lado, ¡paf!, y... Está horrible. Quedó tumbado frente a la pantalla de la nueva computadora.

Cuando observó el paso de la camilla, el cuerpo cubierto por una sábana que dejaba traslucir la mancha de sangre en el lado izquierdo del rostro, Abelardo suspiró

aliviado al recordar que Juanito Rosas era zurdo.

Como en los exámenes finales de la preparatoria en el Modern City College hacía tantos años, Abelardo sintió que el último tercio de su instinto perdía el albedrío. Era, como entonces, el miedo.

Abelardo saludó con un desinflado buenos días al empleado de seguridad que estaba tras un pequeño escritorio, a la mano la libreta de registro de los visitantes y la serie de pegatinas que obligaban a colocarse en el pecho.

Frente a las puertas del elevador dos sujetos, con evidente facha judicial, trataban de aparentar inocencia. Abelardo supo que el edificio entero se hallaría invadido por esos tipos baratos con trajes de buena tela y corte deplorable.

Imaginó a dos jefes policiacos, uñas manicuradas, esclavas de oro, curioseando en su oficina.

—Buenos días, Rosy.

—Buenos días, licenciado. El señor quiere hablar con usted.

El señor, cuarentón de aspecto juvenil, traje azul raya de gis, corbata lisa de seda, y unas enormes gafas negras, se hallaba sentado en el sillón de piel del rincón, con el impenetrable rostro vuelto hacia Abelardo.

—Pásele.

Abelardo indicó la puerta de su oficina y el hombre se levantó, con paso parsimonioso entró al privado y se instaló en una silla.

Este no es agente, pensó Abelardo, ¿quién diablos es? ¿Qué quiere? Se arrepintió de no haber entrado directamente a su despacho y desde allí llamar a Rosy para que le informara quién, qué.

Abelardo se sentó y quedaron frente a frente. Su mirada rebotó en los cristales oscuros.

—La agenda —dijo el hombre.

—La agenda —repitió Abelardo, dubitativo, indicando, deseando indicar que no entendía la referencia.

—La agenda de Ana —precisó la voz seca, sin matices.

—No... No sé.

El hombre de las gafas permanecía muy erguido al otro lado del escritorio, los brazos abajo, y Abelardo temió que de pronto una de esas manos se elevara empuñando una Colt 45 y casi pudo ver la boca negra amenazándole ("tiene la cara desfigurada por la salida del balazo, yo creo que una 45 a lo menos"). El hombre, al hablar, apenas movía los labios, como en esos dibujos animados japoneses con que se estupidizaba todas las tardes Abelardito.

—Quiero la agenda. Mañana a las once. Aquí.

El hombre se levantó, dio la vuelta y con paso lento, seguro, comenzó a abandonar la oficina.

—¿Quién es usted? —había angustia en la voz de Abelardo.

—El Ratón Pérez —dijo el hombre y desapareció.

—¡Rosy!

La secretaria entró corriendo al despacho del jefe con la libreta de taquigrafía en las manos, como si alguna vez algo le hubiera dictado el licenciado Azcárate.

—¿Qué dijo? ¿Quién era?

—Su amigo, el licenciado Pérez.

—¿Qué amigo ni qué el carajo. Ya le dije que no me deje pasar a nadie.

—Pero si yo no...

Se veía afligida la Rosy, desconcertada por ese ataque irracional de cólera. Ojallá que mejor vuelva su señora, si no quién lo aguanta.

—¡Váyase!

La miró alejarse con pasos menuditos pero meneando las caderas.

Tenía a un lado el análisis de operaciones de la planta michoacana y era urgente hacer los ajustes presupuestales. Pero con ese catálogo de problemas, ni pensarlo.

La Lupe que no regresaba.

La fugaz reaparición de Ana Sofía Platín Beltrán y el fardo enorme de líos en que siempre lo involucraba, agregando ahora ese hijo idiota que debía buscar. El de ella, porque el suyo colaboraba en las causales de divorcio.

El hombre de la agenda.

Y para colmo un muertito en la compañía. Marcó el número de la extensión de Juanito Rosas.

—Informática, Rosas.

—Juanito —susurrante Abelardo, misterioso—, aquí Abelardo. Me tenías preocupado. ¿Qué hay del suicidio en tu departamento? ¿Quién era?

—Sí, licenciado, con mucho gusto. Nos tomamos un café en el Toks.

—Carajo, Juanito, estoy hablando en serio. ¿Qué pasó? ¿Quién era?

—Un capuchino como a usted le gustan, espolvoreado con mucha canela.

—¡Coño! Está bien. En media hora en el Toks, pero no me vayas a salir con que tanto misterio es pura broma.

—Hoy sí no perdonamos la gelatina de grosella...

—Ah!, ¿y sabe?, murió Montemayor.

—¿Quién es ése...? Ah, el muertito de esta madrugada.

—En el Toks platicamos, licenciado. El Irapuato va contra las chivas el domingo. Vamos a dar la sorpresa.

Juanito colgó. Abelardo tenía media hora que de ningún modo le iba a dedicar al presupuesto moreliano. Se palpó la bolsa de la camisa, allí estaba la agenda. La sacó. Una libretita de terciopelo azul. En la primera página, bajo el rubro "A", su nombre junto a algún Aguilar, un Abúndez, Arcos, Arrambide... Bárcena, Benítez, Byrd, Baines, Brodsky... Castro R., hasta parecía que se carteaba con los efectivos. Una larga lista de teléfonos y direcciones.

Revisó toda la libreta y no halló nada que le pareciera importante, nada insólito. ¿Por qué tanto interés por una agenda? Y allí mismo se le ocurrió la brillante idea. Tomó una hoja de papel y a toda prisa escribió en ella los nombres y teléfonos que aparecían en la agenda. Tardó más de media hora, porque fotocopiarla hubiera requerido permanecer mucho tiempo frente al escritorio de Martita. Exponerse. Echó la libreta, bajo llave, en un cajón de su escritorio y se guardó la lista en la camisa. Tres cuartos de hora. A ver si no se le desesperaba el Juanito.

El capuchino que le había pedido Rosas ya estaba frío. Se lo bebió de un trago y encendió un cigarro.

—A ver, cuenta.

—Lo encontró la señora que hace el aseo, ésa que ya nos tiene fichados. Ya me tiene hasta la madre con sus sonrisitas picaronas por aquello del otro día.

Abelardo devoraba ansias. Chupaba y rechupaba el cigarro y arrojaba el humo sin dar el golpe.

—Bueno, ¿pero qué?

—Eso sí quién sabe. Cuando llegué la sala estaba tupida de agentes. Echando polvitos para lo de las huellas, interrogando. Que qué hice toda la noche. ¿Pues qué? Dormir. Lo bueno es que la pasé con Beatriz, en su casa y con otra pareja en la recámara de junto. Confirmaron.

—¿Quién es esa Beatriz?

—La nueva, una bailarinita que me presentó el Gato. Nos conocimos y nos flechamos. Pero ando tristón porque pasado mañana se va a Ixtapa con el show.

—Perdóname, Juanito, pero eso a mí me importa un carajo. ¿Quién es el muerto?

—Desconocido. Nadie sabe cómo entró, nadie sabe qué hacía allí... ¿Y con Sofía qué?

Abelardo sacó la lista y se la mostró a Juanito, quien le echó una larga mirada de 200 dioptrías. Lo del Desierto de los Leones era un sueño incompañable.

—¿Dónde va a ser la fiesta?

—Esto puede ser de vida o muerte, no estoy bromeando... oye, ¿y ese Montemayor que se murió?

—Acuérdese, mi lic, con esa clave guardé los datos de Sofía en la BH. Ya no está, me la borraron.

—¡Carajo!

Abelardo encendió otro cigarro.

—Mira —señaló la lista—, necesito que llames a cada uno de estos números y sólo digas una frase: "Tengo la agenda". De lo que contesten va a depender. Y no me hagas preguntas, luego te explico. Y llama desde un teléfono público, de casa de algún amigo. Seguro que los teléfonos de la compañía están intervenidos... ¿Está claro?

—Tengo la agenda.

—Y ni una palabra más, quiero saber cómo reaccionan. Apunta lo que te digan. Nos vemos en *La Bodega* para cenar, a las ocho en punto.

Azcárate retorció en el fondo del cenicero su cuarto cigarro. Se dirigió a la puerta. En el trayecto, una mesera le dijo que tenía una llamada en la caja.

—Abelardo Azcárate —, le dijo a la bocina.

—La agenda. Mañana a las once.

Era la voz seca del hombre de las gafas negras.

A las ocho en punto Abelardo se instaló en el más apartado salón de *La Bodega*. A las ocho y cinco ya tenía entre las manos un JB en las rocas, y a las ocho y veinte pidió el segundo. Le extrañaba el retraso de Juanito y comenzó a preocuparse porque, como estaban las cosas, a ver si al muchacho no le habían metido un riflazo entre ceja, oreja y mándame otro, Pepe, porque de dos tragos había liquidado al segundo JB.

Juanito, jadeante, los ojos brillosos y con una sonrisa que le llenaba el rostro y a kilómetros denotaba que la idea había funcionado, llegó faltando diez para las nueve. Abelardo meneaba la cabeza, echaba fuego.

—¡Pinche puntualidad!

—No fueron enchiladas, Abe...

—Las enchiladas se nos acabaron. Otra cosa... — dijo Pepe, el mesero que esperaba a un lado la orden de Juanito.

—Un vodka collins —le dijo entonces Juanito, y Abelardo agregó:

—Y de una vez tráeme otro Jotabe, pero doble y con mucho hielo —y para

Juanito, contundente—: ¿Qué? ¿Salió algo?

—Unos no contestaron; otros, todo el tiempo ocupados. Los que contestaban, les decía lo de la agenda y preguntaban cuál agenda... Y yo de nuevo: "Tengo la agenda". Y cuál agenda, de qué se trata, límpiase con ella. Y no me sacaban del tengo la agenda —el campeón cibernético parecía disfrutar con la atenta, ansiosa y casi desesperada actitud de Abelardo.

—¿Pero hubo por ahí algún indicio?

Pepe llegó con el collins y el whisky. Juanito alzó su vaso y, sin perder la sonrisota que a Azcárate le comenzaba a parecer burlona, obligó al interlocutor a chocar los cristales.

—Por nosotros dos, mi lic, que somos unos chingones... Nomás oiga: no hubo ni que pasar de la ka. Kasko, René Kasko. Tengo la agenda, dije. Silencio, un silencio como del tamaño del estadio Azteca. Y después una voz que preguntó: ¿Abelardo Azcárate? Entonces el silencio fue mío, largo, muy largo. Y del otro lado bueno, bueno... ¿con quién estoy hablando? Colgué.

—Kasko. No me suena.

Abelardo pidió la lista y buscó la letra ka de Koestler Susana, Kaplan Rolo, Kasko René: 5 68 80 41, Cerro Zacatépetl 201.

—Escritor, yo he leído sus cosas en los periódicos.

—¿Y qué tendrá que ver con Sofía y con todo este desmadre?

Abelardo dejaba que los cubos de hielo de su JB se deshicieran lentamente al calor de su manos.

Capítulo XII

—Nomás dijeron tengo la agenda, silencio y el colgón. Seguros que la tiene el Abelardo ese, si no, ¿por qué la llamada?

—Me la robó por celoso, para saber quiénes son mis amigos, a la mejor para localizarme. Lo malo es que ya le despertamos la curiosidad —dijo Sofía Platín—. A él de nada le sirve, en otras manos...

Se hallaban en la biblioteca de dos pisos del escritor. Kasko volvió a la máquina de escribir y, consultando de vez en vez unas tarjetas, continuó tecleando.

—Se moría de miedo —dijo Kasko, ahora sin rigidez en el rostro, con gran agilidad facial— y lo que menos sospechaba es que yo también me estaba cagando del susto. Por suerte no podía verme los ojos, porque seguro que hasta las pupilas me temblaban. Pero tienes razón, ya se le debe de haber despertado la curiosidad, ahora va a ser más difícil que nos suelte la libretita.

—Tenemos que conseguirla antes de que ocurran más cosas.

Kasko arrancó la hoja de la máquina.

—Listo. ¿Te leo?

Sofía extendió el brazo solicitando las cuatro hojas acabadas de mecanografiar.

—Déjame ver.

El texto inicial era telegráfico, sintético, y para quien no tuviera los datos contextuales, indescifrable.

"NC reabastece en LH. Continúa viaje a N descargar café, cargar maquinaria. Retorno directo a Cart. En LH rápidas nocturnas deslastran CCC y descargan PP. Aire/tierra viaja a destino N. No operación principal NC, sólo objetivo (b). Objetivo (a) infiltración comando GB, vía N-C-LH, DII. Investigar Lab. Camden. Fecha posible marzo/ abril año ATJ"

Venía después una palabra: BLACKWAR, y en seguida varias hojas meticulosamente mecanografiadas, con un texto en clave que no tenía sentido sino para quien poseyera el código a20a7m.

—Perfecto —dijo Sofía.

—Esto es, el barco se reabastece en Yom Yom y luego viaja a Norfolk, donde descarga y vuelve a cargar. En Dominicana, lanchas rápidas abandonan las naves con el cargamento y van a Progreso. Los bultos, por aire o tierra, va a los Estados Unidos. Con esto La Habana puede intervenir y desarmar el juguete. Mounier quiere filtrar así su operación de cobertura, con la confianza de los cubanos ganada, ignorar para convencer, les infiltrará un comando de guerra bacteriológica. Un virus evolucionado que desarrollaron en Camden...

—Parece la historia del dengue II.

—Exacto. El comando viajará de Norfolk a Cartagena y en el siguiente envío se infiltrará "accidentalmente" en Cuba. El año que viene, Sofía. El año que viene, y habrá más víctimas que si los gringos invadieran la isla.

—Sólo nos hace falta la agenda.

—La clave son los teléfonos de la letra "R". ¿Sabes dónde vive Azcárate?

Sofía Platín asintió. Dejó caer todo su peso en el sillón.

—Cámbiate —dijo— ponte ropa mía; si tenemos la agenda estamos salvados. "¿Estamos?", pensó ella, relampagueantes los ojazos verdes.

En el garaje subieron al Phantom rojo con antena en la cajuela.

Kasko oprimió el control remoto y la puerta del garaje se levantó suavemente, con un zumbido tenue.

Capítulo XIII

Desayuno con Susana Koestler, comida con el Gato Mendizábal y cena con Kaplan. Pinche día. Y pinche noche que me espera, esta noche y todas las noches.

Abelardo estaba bebiendo un café frío y tenía los ojos puestos en el aparato de televisión que emitía una película donde Bogart, envaselinado, tenía un papel secundario.

Sonó el timbre de la calle.

—Disculpe que lo interrumpa —, oyó la voz de Juanito por el interfón—, le tengo una sorpresa.

—Sube, pues, hombre — respondió Abelardo mientras apretaba el interruptor para liberar la puerta. Sin embargo, no oyó el portazo de costumbre:

— ¿Ya?

—No, baje. Acompañeme. Póngase una chamarra y vamos.

Se asomó a Torres Adalid y a Patricio Sáenz. ¿Sorpresa? Todo se veía tan jodido como siempre. Sacó su chamarra de gamuza, un regalo del buenazo de Gustavo, ya salía pero regresó por la Beretta, más como un recuerdo de Sofía, un fetiche, que como una herramienta de trabajo e, intrigado, bajó los ocho pisos.

—"Ya con ésta me despido", pensaba Abelardo, mientras trataba de tranquilizarse, de reflexionar sobre si había sido correcta o incorrecta la travesura de la agenda —"de la gente que me oyó"— y no le era posible apartar la imagen del muchacho muerto en Plastijoy ni dejar de asombrarse a cada rato de la inteligencia de Juanito —"y díganle a la palomita"— y como que se sentía medio impotente, como si le estuvieran birlando a la Platín frente a sus ojos —"que'l Abelardo la amó"—, cuando se abrieron las puertas del elevador y lo deslumbró la luz del vestíbulo.

—¿No lo desperté?

—No, para nada.

Y el disparo a quemarropa, sin anestesia ni nada:

—Ya se complicó más la cosa. El muchacho muerto era hermano de Ricardo.

En el forense le negaban el cuerpo, entró a buscarlo y de veras, nada, hasta que soltó billete. Anda desesperado.

—¿Y por qué no le dices que es culpa de Martita? —aventuró Abe tratando de ganar tiempo y ordenar sus ideas.

—Porque él me dice que, en efecto, fue Martita. Está dispuesto a hablar. ¿Usted cree que podemos ayudarlo?

—Empiezo a sospechar que sí —resolvió contundente el ejecutivo, mientras Juanito se peleaba con la chapa de la puerta de su coche.

Se subieron al renocito de Rosas. Una cafetera que ronroneaba como el aire acondicionado que acariciaba los transistores de la PN6 en los tiempos felices. Enfilaron proa rumbo a Insurgentes.

—¿Dónde lo veremos, Juan?

—Me dijo que nos esperaba en el Vips de Alabama

Y Abelardo, tras un breve silencio:

—¿No será una trampa?

—Mire, don Abe, trampa o confesión, esto necesita claridad. Hace cuatro años se va la seño Sofía y un escándalo. Se niegan a decirnos qué pasa y nos consolamos con rumores y especulaciones, recortes de periódico, intentar el aquí no pasó nada: usted viajando, un servidor estudiando y el asunto pierde presión. En estos días, a mí me llega la nueva BH y ante usted reaparece la seño Platín. En el intermedio, sueños y ausencias, muertosvivos, vivos que se mueren, desaparecidos, archivos fenomenales en una computadora de materiales plásticos para niños, y ahora la nueva línea para los adultos, haga de cuenta un Guadalajara-UNAM sin árbitro y a estadio lleno. Entonces, o dejamos de creer que todo está limpio, o nos están viendo la cara a placer. Y nos llevarán entre las patas, sea quien sea.

Casi cubierto por la curvatura de la barra, Ricardín estaba pálido. Sobre la mesa, unas Usher a medias y la basura de un paquetito de Halls Mentolyptus. "A ver qué le sale más caro, pensó Abelardo, si el dentista y la diabetes o el oncólogo", porque Ricardín no era de sus más grandes querencias. Particularmente ahora que

había hurgado un poco en el pasado de Sofía.

Ricardín estaba nervioso; se notaba a las claras que eran muchos golpes y dolores de espíritu los que soportaba en ese momento.

—Gracias por venir, Juan —y lo abrazó.

Y hacia Abelardo:

—Licenciado, aprecio más su presencia en este lugar que si hubiera asistido al entierro de mi hermano.

—Faltaba más, no tienes qué agradecer, Ricardo, siempre hemos sido camaradas —tomó aire y fue más sincero—: ante la muerte hay que rebelarse siempre.

—De eso se trata, Licenciado, precisamente.

Y ahí vino la confesión, una confesión estremecedora, dolorosa, que de alguna manera revelaba la complejidad del lío en el que estaban metidos —quisieranlo o no—, del que tenían que salir si querían seguir vivos y tomar capuchino en Toks y perseguir con la vista o con la pasión mujeres y aspiraciones. Si querían seguir, claro. En lo sucesivo.

—Ustedes son de los pocos "puros" en este negocio —comenzó Ricardo a explicar, después de que Juanito pidió una malteada de chocolate y Abelardo unos tacos de cochinita y cerveza—, y de los pocos sobrevivientes de Plasti. Joy mantiene a muchos de los antiguos *plasti* fuera y en sus entrañas, pero quedan únicamente como *joy*. Así es la vida. Como ustedes, entré a Plasti, pero después, a través de Marta Olavarrieta ya nada más trabajé para Joy. Eso le costó la vida a mi hermano. Y aunque ustedes han servido a Joy, secreta, inocentemente, es momento de que sepan que están a punto del volado. Antenoche fallaron conmigo. Voy a tratar de escapar, aunque parezca inútil.

Los dos plastis tenían cara de no entender nada. Juanito aprovechó el instante en que Ricardo tomaba otra pastilla para aclarar su principal duda:

—¿A poco iban por ti?

—Claro que iban por mí. Están asustados, hay muchas dificultades arriba, antenoche temprano puse los candados. Nadie lo sabe, pero el archivo microfilmado de Guadalajara ya bailó, toda la memoria de Platijoy, ahora sí, es la BH. Andan gruesos. En la Burroghs se guarda todo el eje América y Toy, con su booliano: la conexión Delta y los sosias. Saber la clave es morir.

Juanito hacía dibujos caligáficos y geométricos con su lapicero sobre la carpeta de papel. Abelardo entreabría la boca asombrado, estremeciéndose en su alma como las llamaradas de las antorchas a la entrada del Vips.

—¿Entonces qué nos va a pasar, Ricardo? — arriesgó Azcárate.

—Mire, cuando puse los candados bloqueé su "Montemayor", porque a mí no se me va una. Rescátalo, Rosas. La nueva clave es "Aceves". Y acuérdense de que en Joy el que no dobletea es porque de menos tiene cinco niveles, así de gruesos.

—Nos dejas en más misterio, compadre — reclamó Juanito.

—Entre los dos pueden resolverlos, Rosas. Ahí les dejo para la propina. Suerte, socios.

Quedó sobre la mesa un billete de a cinco pesos, nuevecito, para asombro de los dos amigos, que por fijarse en la reliquia no vieron salir al Ricardo. Era del papel moneda que circulaba en los setenta, con doña Josefa por un lado y un paisaje de la ciudad de Querétaro por el otro. Año del tercermundismo heroico.

—En la madre —exclamó filosófico Azcárate—, éste juego no lo entiendo.

Pidió permiso y fue a los aposentos del fondo. El achiote era de primera. Juanito, mientras, se puso a estudiar el billete, como si la moneda le evocara otros tiempos ("27 jun. 1972", se fechaba el nacimiento de la impresión), cuando su mamá le daba todavía domingos y él ahorra para su *Mecánica Popular*; cuando cinco pesos compraban toda la felicidad del mundo: metros de cable para hacer bobinitas y electroimanes, timbres y telégrafos. Miraba sin ver. Un alud de imágenes, entanto, se deslizaban por los toboganes de su mente, como si fuera una competencia de avalanchas en las pendientes de Irapuato, como cien millones de gotas de lluvia tratando de alcanzar la tierra.

—Usted me oculta algo, Abelardo —dijo a su amigo cuando se sentó de nuevo en la mesa.

A Abelardo se le fue el santo al cielo. Aquel mediodía en el bosque era su coto íntimo.

—¿Pppero qué? —alcanzó a tartamudear.

—Si a todo el mundo le valía el desfalco de la Platín, y nadie hizo escándalo, repito, nadie, ¿qué debíamos encontrar en el expediente de la seño Sofía? —Abelardo se sonrojó como un niño descubierto en una trampa, pero Juan Rosas no paró ahí:

—Le investigué lo que pude y hasta intenté que Ricardo me consiguiera el archivo de Guadalajara...Vino la noticia en el periódico. Vino la foto de la cuata ésa que usted decía que era la Platín, pero que sólo se le parecía. Usted de viaje y yo en exámenes... ¿Socios? ¿Vamos a ser socios? ¡Tire la neta, paisano! Le estoy jugando limpio y este cabrón llega y me dice que soy plasti y que él es joy. No me chingue, entonces, pues. ¿Qué sabe?

—Llévame a mi casa. Ahí te cuento.

Sumiso, Juanito se guardó su carpeta en la bolsa, el billete de cinco pesos y dejó que Abelardo pagara.

—En la madre —volvió a decir Abelardo por segunda ocasión en menos de hora y media. En la mera entrada al 529 de Patricio Saenz un Phantom rojo con antenita acechaba con el motor y los cuartos encendidos. Abelardo Azcárate sintió que el mundo se le iba a venir encima, desde donde estuviera la Platín, y ya estaba tumbando al fondo, en el piso del copiloto, desde donde suplicó:

—Síguete, ahí está el acompañante de Sofía.

—¿Quién?

—¿No que vamos a ser socios? Ya canté todo, pero síguete hasta la otra cuadra, que ora sí vienen por mí, paisano. —Y acarició el cuerpo firme de la Beretta.

Juanito se estacionó con suavidad y apagó las luces, pero mantuvo encendido el motor, por si acaso.

—Ahí baja Sofía, mírala.

—No se burle. Con mi miopía y de noche, con trabajos y si encuentro el volante, compañero.

Más tardó en medio subirse la Platín al último modelo que los faros y la turbina en mostrar toda su potencia.

—Síguelos, Juanito, vamos por ellos.

—Bájale, el renocito no es búfalo. Nunca los vamos a alcanzar. Yo creo que vinieron por la agenda. —Echó reversa Juanito y jugándose, porque dribló a un ruta 100, se estacionó en el lugar donde el fantasma escarlata había aguardado:

—Yo creo que aquí no me bajan el autoestereo. ¿O usted qué dice?

—Mira, hijo, con salir vivo de este desmadre me conformo. Del Valle, Del Valle, pero igual te dejan el coche en ladrillos y a ti en cueros.

Y allá fueron, hasta el octavo piso. Y mientras Abelardo servía un plato de churrumais y la primera ronda de frías, Juanito se dirigió al librero de Abelardo y tomó el diccionario *Salvat* y su carpetita del Vips. Desde la cocina Abelardo lo oyó gritar Yajú, como si en vez de sangre del Bajío, fresera y combativa, Juanito Rosas tuviera sangre apache.

—Y digamos salud por la Platín, mi lic, ésa mujer es una verdadera maravilla.

—¿Ahora qué traes, tú?

—¿Qué periódico lee usted, socio?

—Desde que se fue Lupe, ninguno, se llevó hasta la suscripción. Pero depende. Me gusta *El Universal* por...

—No chingue. La pregunta es directa: ¿No tiene periódicos retrasados de hace un par de meses?

—Si no los usó mi vieja para empacar, ahí deben estar. Mira, por acá asómate. ¿De qué se trata?

—Piratería pura. No me haga caso. Pero no crea que se me olvidan los relatos que me prometió en el Vips.

Hechas a un lado las diferencias, con la expectativa de las cervezas y la

conversación, los amigos se sintieron más tranquilos, como si el mundo abriera un paréntesis tan apacible como el más tranquilo sueño.

Juanito comenzó la conversación:

—Ya debía modernizarse, paisano, usted vive como antes de la Conquista, y así me lo van a esclavizar. Con todo respeto, si nos dejamos apantallar siempre por los que se sienten primer mundo, no vamos a ninguna parte. Usted ya debería tener aquí una Pc o una applecita, cualquiera es buena. Le pone su módem y ya no necesita salir de su casa más que, ahora sí, para hacer vida social. Así depende mucho de los que hacemos el trabajo. Pero también pensamos, no es de gratis. Mire, hace un par de meses, me enteré por el periódico de un club alemán, los Caos, unos muchachos que se dedican al voyerismo: penetran todo sistema que les llama la atención, desde el Pentágono y la Nasa hasta los bancos alemanes, para ver quién tiene las cuentas. En general, toda clave es descifrable con un poco de paciencia. Lo que otro hizo, otro lo puede descubrir, el ejemplo ese de Bell y Edison inventando el teléfono al mismo tiempo le da idea de lo que nos ocurre ahora. Ése es el mayor placer de mi chamba, como el juego de las cebollitas. Si todo está en una máquina, se puede "ver", o encontrar el paquete. Hace unos meses me enteré de que la ITT quiere manejar las conversaciones y las transmisiones de datos en ¿cómo le diré? en los huecos de las frecuencias: eso permite que en un mismo espacio vayan cientos de informaciones. Decodificar será todo el secreto. Igualito que pasa ahora con las parabólicas, pero multiplicado por miles o millones de posibilidades. Ese va a ser el nuevo negocio— Juanito sonreía como en una visión angelical, dió un largo y profundo sorbo a su cerveza y continuó—: créame que lo que su generación ha visto desde la tele hasta la llegada a la luna, apenas es la caricatura del escenario que va a montar la mía —se acomodó los lentes—; claro, si salimos vivos de ésta. Mire —extendió su carpeta, con dibujos y palabras sueltas, como dibujadas—: Ricardo nos dejó buenas pistas: acuérdesse que no estaba Sofía en la PN, pero sí Ana. Ricardo habló de *los "socias"*, pensé, palabra que no está en el diccionario, pero los sosias, plural de sosia, sí: quiere decir muy parecido o doble entre las personas y, a la vez, Sofia quiere decir verdad, si

nos acordamos de las etimologías de prepa y de que los sofistas fueron considerados como los tramposos, los que jugaban con la verdad (*joy*, alegría; *toy*, juego). Y nosotros somos *plastis*, formas a punto de hacernos *joys*; entonces, algo tenemos entre manos: lo que entrevimos. Ricardo además, que busca una venganza y se siente muerto, nos deja entre manos un billete con la Corregidora: algo hay que corregir. Del lado de la Corregidora, en el billete, está una cifra, la única, la que hace distinto a cada papel moneda, y la serie, que es más amplia. ¿Cómo la ve?, ¿no he enloquecido, verdad? Si la serie es la amplia, entonces el candado mayor es 1AZ y la forma de rescatar la información que importa, clave Montemayor o Aceves o ninguno, es el número de billete: Z5747989, ¡qué violencia de combinatoria!. En fin, mi última hipótesis es la cota mayor de la matriz: delta equivale a cinco, desde el delta de un río, la plural desembocadura, hasta la quinta letra del alfabeto griego, como el billete, de a cinco, que nos da los dobles, ¿sosas?, de la —consultó su apunte de la carpeta— ... conexión Delta, que decía Ricardo. Y ahí coincide que los sosias dobletean, como el anverso (donde no pasa nada) y el reverso de un billete (que lo identifica y hace único entre el montón), o tienen hasta cinco niveles. ¡Chistoso! En la prepa, que es cuando me aficioné a Sherlock Holmes y las novelas de Poe, cuando había dobles era difícil entender porqué uno era bueno y otro malo, como William Wilson, en que los gemelos son opuestos en cuanto actitud. Igual le pasa a Michel Knight, el del coche increíble de la tele, tiene un hermano igualito, pero con bigote: ése es un canalla. ¿Cómo la ve, compañero?

—¿Y si no? — dijo Abelardo para suavizar su expresión de pendejidad.

—Si no, explíqueme quién es Ana, quién es Sofía y quién es Ana Sofía, chingá.

—¿Pero si no?

—Invente otra pinche teoría porque si no a mí ya se me secó el cerebro, carajo.

No se enoje, pero o nos equivocamos todito, y nos matan, o la libramos, pero cuando uno no tiene más elementos que unir o los acomoda todos, o el coche no camina.

Y Abelardo, vanidoso:

—Qué bonito!, regálame el billete: el número de serie lleva las dos primeras

siglas de mi apellido: AZ

—¡Claro!, usted también es parte de la serie. Así que cuénteme qué tiene usted que ver con la Platín.

No lo hubiera dicho Juanito Rosas. Cuatro años llevaba Abelardo callando su pasión por la Platín, su obcecación, su fidelidad, las noches evocando el "no me dejes", la trasgresión del matrimonio, la paciencia de la Lupe, los sueños y las semivigilias en las que el deseo y la imagen de Sofía, como una moderna Medea, era diosa y demonio, abandono y seguro puerto, una fotografía que nadie identificaba, como si fuera efecto de una escenografía, la mujer de un homosexual, la pasión capaz de someterse al dinero, según le contaron, el desamparo que la forzó al crimen y al interés; el deseo ardiente y la seguridad, la mutua seguridad, la de esa pasión tranquila, de río en calma, que devora el mundo en cuanto se bucea bajo las aguas. Una atracción como si ella y yo fuéramos los únicos dioses en un mundo de muppets, no te rías. Es el altar de los conflictos, la negación tras la afirmación y visceversa, sólo en las películas parece que existen mujeres de película, y ni madres, sólo una vez en la vida encontrarás una mujer que te haga sentir hombre: héroe y criminal, genio e imbécil, mendigo o emperador, sólo una vez sabrás cómo son los celos y la violencia. Hay una frase padrísima en una película del 007: "una vez vives para ti, otra para tus sueños", Juanito, "sólo se vive dos veces". Y el que sólo vive una, en cualquier lado de la sombra, sabrá —quizá— que la pasó bien, que medianamente la hizo (aunque para los demás sea un ganador, como dictan las tablas de la ley de Murphy), y creerás que eres feliz, pero si no has sentido la verdadera diferencia, es como el que no distingue, hermano, entre un acostón y una puñeta. De acuerdo, estás a tiempo, tu vida va de subida, y en la madre, no sé distinguir un directorio de un candado y de un *sort*, chingao, pero te lo digo: lo que me pasó con la Platín no me va a ocurrir ya con ninguna otra mujer, eché mi resto, y me la voy a jugar, con toda calma y desprecio. Juré no contar a nadie del encuentro, cerré el hocico mil y más noches tratando de recuperar *un* momento, si me tengo que ir al infierno para recuperar la mañana del jueves, me iré. No me iré en blanco como el puto de Bloy, ni tejeré chismes y

chambritas como la perra de Martita, oreja de la mierda. Y si tengo que pelear con Uruguay y con Kaplan, lo haré, sean quienes sean, porque ya no puedo soportar la tibieza de mujeres como Lupita o los cachondeos imaginarios con Rosy. Después de Ana, que es Sofía, que es verdad, ya no puedo ansiar migajas. Prefiero la muerte.

Y eso fue el acabóse, porque Abelardo se puso a llorar como Juanito cuando se le murió la mamá, como no había llorado Abelardo en cuatro años. Y cualquier emperador se hubiera extrañado de esas lágrimas por una muchacha que llegaba al Desierto de los Leones, sólo para cumplir con un licenciado las obligaciones de la especie. Pero Abelardo lloraba porque entre la impotencia y la muerte; esto es, la vida o la muerte sin la Platín, optaba, como en el más sincero juramento, la muerte por una mujer, que finalmente podía o no preferirlo para cumplir con los intrincados laberintos de la sangre, y que en tal medida le abría la oportunidad anhelada, secreta, ferviente e impronunciada en el alma de todo ser humano: la intensidad total: el acabamiento absoluto de la energía vital a cambio de un inconmensurable instante de intensidad, por una visión absoluta y abrumadora, como la del Dios para el vidente. Y tenía razón Abelardo, la vida no es más que eso: el cumplimiento de un destino. Él lo acataba.

Juanito y Abelardo se hundieron en la espuma del silencio, en la segunda cerveza.

Capítulo XIV

A lo largo de las horas que se extienden con una longitud casi infinita en cualquier velorio, la agencia de Sullivan fue visitada por gente diversa. Es decir, la capilla 8, la de Ramón, hermano de Ricardo.

Los que llegaron primero se encontraron con una capilla sin ataúd. Los trámites no concluían y el difunto era aún libro abierto sobre una plancha de acero. La gente se movía incómoda, porque sin muerto, las caras de duelo resultan extemporáneas, ridículas. Y no porque en cualquier velorio no sean si acaso dos o tres quienes conservan durante todo el tiempo un rictus verdadero de tristeza.

En fin, que la gente entraba y salía, y era muy marcada la división entre la madre de Ramón, dos o tres tías y tíos y una serie de personas que claramente parecían compañeros de oficina. La gran familia Plastijoy también fue haciendo acto de presencia para dar el pésame a Ricardo. Después, junto con el cadáver ya presentable, pero con la tapa de la caja bien cerrada, llegaron dos tipos que se colocaron estratégicamente. Seguramente policías de civil. Mientras la madre de Ramón decidió llorar estrepitosamente rodeada de sus parientes, Ricardo salió de la capilla en busca de un café. Deseaba alejarse de esos cirios que razonablemente deberían estarlo velando a él. Abajo encontró a Juanito y a Abelardo.

—No puedo soportar más esto. Tengo que ponerle remedio. Es una bola de nieve que irá creciendo, que nos llevará a todos.

"Cálmate, Ricardo. Hasta Al Capone se conmovía en los velorios de familia." Pero no, Abelardo no tenía el corazón para semejante comentario, y sólo le dio unas palmadas en el hombro.

—Licenciado, usted y Juanito mañana arreglen las cosas, y mejor desaparezcan mientras esto o se aclara o estalla.

—¿Y tú, que piensas hacer, Ricardo? preguntó Rosas. Ricardo iba a responder cuando vieron entrar a Uruguay.

Dejó a los amigos y se acercó al hombre. Hablaron en voz baja, con una

discreción de ademanes que hacía imposible delatar ni un ápice, ningún vestigio del tema de conversación.

Ricardo les dijo adiós con la mano y caminó fuera de la cafetería. Abelardo y Rosas terminaron lentamente el café.

—Estamos, en peligro, Juanito, tienes que apurarte con todos los candados antes de que nos hagan uno a la Cavernario Galindo, pero para siempre.

—Cuando me decidí por las computadoras, pensé qué hacía el negocio de mi vida, pero ahora me estoy temiendo que muy plasti, muy plasti, voy a acabar, o vamos, muy joydidos y hasta quién sabe... si muerto.

—Pues te diré que tampoco supuse estudiar para andar en estos relajos, con la Lupe huida y yo queriendo rescatar a Sofía antes que nos descuenten con un autogol idiota.

Echan una última mirada al fondo de las tazas, que no ofrecen en su limpio asiento de nescafé la más ínfima esperanza de abrirles una rendija al futuro. Buscan, pero en la capilla 8 no se encuentra Ricardo por ninguna parte. Están terminando las letanías del rosario número veintitrés. Los hombres están prudentemente de pie, cerca de la puerta o en el pequeño vestíbulo. Con el último "ruega por él", las mujeres se levantan y unas aprovechan la ocasión para retirarse. Abelardo distingue a Marta Olavarrieta hablando en secreto con alguien a quien no alcanza a ver.

—Vámonos, que ya es muy tarde, dice Juanito Rosas, mañana será otro día. Y qué día.

Ya cerca del Monumento a la Madre, a punto de llegar al coche, ven a Marta caminar apresuradamente. Ella no los ha descubierto. Pero Marta ya no camina, corre. Kaplan aparece unos segundos después, volviéndose hacia todos lados. Marta se pierde a la vuelta de la esquina al momento en que ellos abren las portezuelas.

—¿Oíste el grito?

Después el rechinado de llantas y el rugido acelerado del motor de un choche.

—Las cosas van en serio, don Abe.

—Por Dios, espero que Sofía esté a salvo.

De pronto pareciera que ni uno ni otro son capaces de decir nada más. Hay que ajustar coordenadas. Hay que trabajar contra el reloj, antes que la bola de nieve se aproxime peligrosamente.

—Trataré de que me deje entrar mañana el vigilante. Esto no puede ya esperar, don Abe.

—Y yo voy a revisar unas cosas en mi casa. Nos vemos mañana en Toks a las once.

Ya en su departamento Abelardo intenta poner en orden papeles y pensamientos. Temeroso rompe hasta los recibos del supermercado, el de la botella de whisky que compró para compartirla con Sofía. Todo a estas alturas parece incriminatorio. Va y viene con cierto desorden que le hace perder efectividad, no saber incluso ni qué buscar, ni dónde. Por fin, decide bajarle al estado de angustia, sirviéndose un JB de su última botella.

Se echa vestido sobre la cama matrimonial, ahora sola, sobre la colcha de dacrón floreado, sobre los olanes que Lupe protegía con tanto esmero.

Casi inevitablemente, dirige sus pasos a la cocina, el whisky es hoy por hoy, su único compañero. No quiere perder la lucidez, pero sí encontrar un poco de sosiego, unas horas de reposo. Le da cuerda al reloj del buró. Son las tres de la mañana y se regala el margen de cuatro horas de sueño. En la mañana temprano irá a desayunar con Susana. Pero extraña a Sofía, la muerte con ella, que de pronto ya no es una mera manera de hablar. Acaso puedan irse lejos, ocultarse y que esta pesadilla desaparezca. Porque Sofía encarna la otra vida, la que a veces se espía de lejos, como el voyerista de las computadoras de Juanito, algo así, pero no con computadoras sino con la vida. Como si pudiera vivirse en la sombra o pleno sol, a pasión plena. Qué si no es esta turbulencia que le agita el alma y despierta la carne. Qué es esta manera de optar por las últimas consecuencias que la vida ofrece: hasta su destrucción misma. Si a estas horas de la madrugada siguiera conversando con Rosas, tendría que decirle, reiterarle que el tiempo de la pasión, de vivir a pleno sol, no tiene nada que ver con el otro, el de la sombra parda y los frijoles aguados. No, no es que tenga nada en contra de los

frijoles. Pero asomarse a la vida, estremecida hasta el fondo, por breve que ésta sea, vale la pena.

En su sueño Abelardo es el 007 viviendo para sus deseos, rodeado de bellísimas mujeres, que ofrendan su vida por él, y que finalmente son la misma siempre: Sofía.

Lo despierta el sonido de un timbre. Qué poco es descansar cuatro horas. Al abrir los ojos, ve que aún está muy oscuro. El timbrazo se repite, no es el despertador, sino la puerta. Son las cinco de la mañana.

El miedo y la oscuridad fueron un mismo palpitar. "¿Quién demonios será?", pensó Abelardo Azcárate rogándole al cielo que el timbrazo hubiera sido una cauda onírica, o tal vez Sofía... Sí. Las palomas aleteando en su torso desnudo cuando la curva de la cadera giraba, desliándose, por la negra sábana/

—¡Riiiiin... Rriiiiiin!

Abelardo tragó saliva. Y de Lupita, ni sus luces. Metió los pies en las pantuflas y los fue arrastrando por la estancia del departamento. Prendió la luz del comedor. El foco desnudo le ofendió la vista al punto del dolor. Siguió avanzando, estaba en calzoncillos y dudó entonces si regresar o no por la Beretta de juguete. Enfrentar al visitante. "Han de venir por la agenda..."

—Quién es —gruñó Abelardo junto a la puerta.

—Ya valimos —dijo una voz al otro lado.

—¿Quién?

—Soy yo, don Abe. Juan Rosas.

Azcárate soltó el bat de Abelardito y pulsó el pestillo de la puerta. Juanito adelantó sus anteojos de fondo de botella y una sonrisa que no disimulaba el rostro azorado.

—¿De qué se trata todo esto, don Abe?—preguntó.

—Cuál todo... tú eres el que vienes a despertarme en la madrugada. ¿Qué pasó? Juanito se trasladó hasta la mesa del comedor, jaló la silla y se depositó pesadamente. Apoyó los codos sobre el cristal, pero inmediatamente los retiró al descubrir una capa

de polvo como franela gris.

—Después del desmadre del velorio, me escapé a Plastijoy. Les dije a los policías de la entrada que Ricardín estaba muy atrasado en su trabajo por lo de su hermano, y que me había pedido que adelantara la chamba en informática, y que si no "no iban a salir los cheques de la quincena a tiempo." Y así, pa'pronto, ahí voy con doña Burroghs. Estaban los cuates de Mattel sacando sus listados foráneos, y yo, como no queriendo la cosa, que agarro una terminal y me pongo a darle. ¿Se acuerda de la clave del billete, 1 AZ/25747989? Pues que le tecleo y se abre el candado de "Montemayor/Aceves". Pasé toda la información de Ana Sofía Love a un disquet, y compermisó, ahí nos vemos, jóvenes. Me lo guardé bajo la camisa. Para mí, que ahí está la clave Delta.

—Muy bien, Juanito. Ya la hicimos —aprovechó el respiro Abelardo para apoderarse de otra silla.

—Ni tanto, don Abe. Valimos, ¿no le digo?... Me lo robaron hace rato. Alguien se metió a mi depto, se ve que me tenía licado, porque cuando oí los ruidos era porque ya se iban. En lugar del disquet, me dejaron esto sobre el ropero. Abelardo Azcárate alcanzó una hoja del cuaderno con la leyenda en plumón rojo: "Muy cabroncitos, ¿no?"

—Es de la fregada, don Abe. Ahora vengo a caer en la cuenta.

—De la fregada, qué —Abelardo buscaba con la mirada el lugar de la Beretta.

—Esto —precisó Juanito lanzando un vistazo al aposento—. Vivir solos, como perros.

Susana Koestler llegó a Sanborns con treinta minutos de retraso y veinte kilos de más. Abelardo, al mirarla avanzar entre los demás parroquianos, sintió el impulso de esconderse entre los huecos a la mexicana que humeaban frente a él, pero recordó la frase de Sofía, aquella mañana en el Desierto de los Leones: "La buscas y la encuentras. Ella también tiene mucho que ver con Emiliano."

—AbelAzc —lo reconoció ella—, tan galante como siempre —porque era

cierto. Para concertar la cita, Abelardo había urdido un cuento verosímil, tras localizarla en el directorio: "Susana, la semana pasada te vi en Perisur; te grité y grité en el coche, y no me lograste oír... Oye, guapa, tenemos que vernos un día de estos."

—Me divorcié el año pasado —anunció ella, y Abelardo dijo mientras pensaba: "No lo hubieras hecho":

—Yo, cualquier día de éstos. Comenzaron a charlar de nimiedades. Hablaron de aquel tiempo cuando dejaron la preparatoria, las monedas eran de veinte centavos, existían y llevaban un sol de bronce acuñado, cuando el bosque de Chapultepec eran larguísimos besos y manotazos al atrevimiento en las rodillas. Y el reencuentro ocasional, en las adaptaciones de oficinas, en los cambios de distribución y amueblados, y...

—¿Eres feliz, Abelardo? —preguntó Susana Koestler, judía y con oro, ya, en los premolares. Abelardo la miró a los ojos, es decir, quiso reconocerse reflejado más allá de aquel maquillaje excesivo, y terminó por admitir que el tiempo es la garantía de nuestra nostalgia.

—¿Qué sabes tú de Emiliano Ortega? —dijo, de improviso, él.

—¿Quién?

—Emiliano Ortega... el muchacho pianista. Chopin. Susana bajó la mirada y se hubiera ruborizado un año atrás, pero divorciada al fin y gerenta de "Innovaciones Koestler", respondió con gentileza:

—¿Emiliano?, no sé. Yo lo conocí como Esteban. ¿Qué te puedo decir? Fueron unos meses maravillosos, AbelAzac. Sé que se fue a Jalapa, me juré no volver a pensar en él. ¿Quieres pedir la cuenta, por favor? —solicitó ella, con un párpado engrosando el rímel acuoso—. No sabía que trabajaras para Gobernación. Y se fue, así nomás.

Capítulo XV

En la empresa sólo tenía recado de Pérez. "Me plantaste hoy, te busco a las tres. Sin falta. Por SP." El mensaje lo puso de mal humor. No quería lidiar con el extraño. Mendizábal, también, le dejó con Rosy aviso de que "Hoy no, mañana, disculpa", cuando atendía al representante de Ara. Pero acabó tan de malas por las quejas del tipo que salió sin decir nada, sin revisar la nota.

Había quedado de verse con el Gato Mendizábal en el restaurante *La Bodega* a las tres de la tarde. Tenía cita después con Kaplan en el Konditori de la Zona Rosa, a las siete. Antes de salir, pasó a visitar a Juanito Rosas al piso de informática.

—¿Qué pasó con aquellito, paisano? le dijo, entre coqueto y misterioso. Juanito Rosas enrojeció como botón de su propio apellido. ¿Cómo le venía con esos modos, después del chismorreó que levantó la empleada de limpieza?

—Sin novedad, paisano. Ese disco va a ser como la Canción Mixteca; pura melancolía. Abelardo observó a dos tipos que cambiaban los extinguidores colgados en las paredes, dejando tremendos barriles en lugar de los anteriores botecitos como de spray acondicionador. Dijo, conservando el tono enigmático:

—Pues tienes que conseguirme ese roncanrol, paisano. Si no, somos polilla. Juanito alzó los hombros y extendió los antebrazos, en actitud del padre Pro recibiendo la descarga frente al paredón:

—Ahi nos vemos —se despidió Abelardo, y descubrió que el muchacho aprovechaba la hora del lunch para continuar, subrepticamente, la lectura de un librito: *Vals sin fin*. "Cómo puede desconectarse un cibernético con pendejadas", pensó Abelardo mientras se subía al Corsar. Ya en *La Bodega*, Azcárate se hizo de un jaibol y ocupó una de las últimas mesas del restaurante. Las tres quince y luego las tres cuarenta sirvieron para reposar el trago, pero del Gato Mendizábal, ni sus luces. Abelardo se dio un plazo adicional de sesenta minutos, pidió una sabanita en salsa de tuétano y sopesitos surtidos para domar el whisky. Pagó la cuenta y buscó la calle. Pinche Mendizábal, pensó Abelardo ya en la avenida Amsterdam, que dejarme

plantado cuando le dije que la cita era "muy importante".

—Tiene que ver con Sofía Platín... ¿Te acuerdas de ella?

—¿Quién es Sofía Platín? —había sido su respuesta, antes de colgar.

Y tenía razón: ¿quién era esa mujer que lo mangoneaba, literalmente, como pelele? ¿Quién Ana Beltrán?... Decidió hacer tiempo curioseando por la zona rosa antes de llegar a la cita con Kaplan.

Sofía Platín tomó el teléfono todavía indecisa. Estuvo a punto de colgar cuando ya había marcado el número de Abelardo. Ahora sí quería contarle todo y al mismo tiempo no sabía si iba a ser capaz de confesarle la verdad. Tal vez iba a conformarse sólo con escuchar la voz de Abelardo del otro lado de la línea. Siempre le había parecido que la voz de Abelardo era diferente, especial, varonil.

El teléfono llamaba; creyó que de un momento a otro Abelardo contestaría. Trató de imaginar cómo dormiría, si su pecho y sus brazos inmensos y fuertes estarían dentro de las sábanas, si tendría cubierta la cabeza con la almohada. Recordó la calidez de sus besos, apenas el jueves, en el Desierto de los Leones; recordó su prisa por recuperar cuatro años, por vivir intensamente esa pasión labrada minuciosamente a lo largo de ese tiempo. ¿Estaría dispuesto a poner en peligro su vida con tal de ayudarla, de acabar con la pesadilla de ser joy, de esa atadura que la había ido envolviendo hasta dejarla casi paralizada, tan dependiente?

Sofía tuvo que aceptar que estaba enamorada de Abelardo a pesar de sí misma. Desde hacía cuatro años él se había entrometido en su vida, sin que ella lo buscara, sin que ella hubiera podido impedirlo. Incluso había evitado encontrarlo las pocas veces que tuvo que ir a Plastijoy a suplir a la difunta Ana Beltrán, aunque los encuentros podían haber sido inevitables. No cruzarse con Abelardo ni en los pasillos ni en el elevador, dejar que a la hora de la salida él se perdiera primero rumbo al estacionamiento. Sofía había estado ocultándose para que Abelardo no la descubriera y no fuera a suceder lo que, a pesar de sí misma, Mounier, en complicidad con Kaplan, había planeado.

"Bebiendo, él pierde", le había aconsejado ella; pero cuando Kaplan pidió la primera, Abelardo ya iba muy adelantado con sus JB, así que Kaplan platicó lo que quiso, y presumió del sueldazo que percibía en Lili Ledy. Hablaron, para variar, del avance geométrico del sida en América... y entonces Abelardo recordó a Ernesto Bloy y a Sofía Platín y a Emiliano Ortega. Ordenó como pudo sus pensamientos, y preguntó sin más:

—¿Tú conociste a Bloy?

—¿Bloy?

—El marido de Sofía... Sofía Platín.

—Ah, sí. Estuvo horrible.

—Horrible qué.

—Lo de ese cuate. Yo también lo leí en *Excélsior*. Ya ves cómo son entre ellos.

—Perdóname Kaplan, pero no tengo ni la más puta idea sobre lo que me estás hablando.

—Qué, ¿no te enteraste? Lo mataron la semana pasada... un crimen de homosexuales. Ya sabes, le cortaron los güevos, los dedos, las orejas y la lengua. Puro pito; eso fue lo que dejaron. Abelardo pensó entonces en qué sentido tendría la vida con noticias como ésa, y dijo:

—Platín.

—¿La viuda? Pobre. Debe estar que se la lleva. Se estará desquitando ahorita mismo en cualquier cama, de seguro. Abelardo alzó la mano y llamó al mesero.

—La cuenta —pidió—, para este caballero tan chingón y sabelotodo—y a punto de ponerse en pie, le espetó:

—¿Qué me dices de Emiliano Ortega?

—¿El hijo de Ana Beltrán? Oye, andas apestando a cementerio.

—Explícate.

—Sé lo que todos saben. Que el muchacho se crió con Sofía cuando a la Beltrán la metieron a la cárcel. Ana Beltrán, ¿te acuerdas?, la que mataron en

Morelia. Que es hijo de un torero... Vivió en Cuba como diez años. ¿Tú no sabías que Sofía y él...

—Qué.

—La cuenta, señor —interrumpió el mesero.

—Nos vemos, Kaplan.

—Ojalá no—masculló él, y sacó la tarjet Carnet.

El teléfono seguía llamando, pero Abelardo no contestó. Sofía dejó caer la bocina de golpe, en seco y se acercó el reloj para ver la hora: un poco más de las seis y media. Trató de imaginar con quién estaría en ese momento Abelardo, en qué lugar, sus gustos íntimos, las mujeres que lo admiraban, lo que había vivido sin ella, ella enterada, ella testigo y silencio, a veces temerosa y otras vigilante y protectora... Y deseó intensamente el fin de la pesadilla. Y sufrió de celos, por primera vez en años—se dijo—, "estúpidos y tristes".

¿Acaso ella podía reclamarle algo a Abelardo? ¿Podía exigirle fidelidad? ¿Podía esperar algo?

Si él había terminado con Lupe definitivamente, si no quería saber nada de ella ni le importaba, Sofía no podía asegurarle a Abelardo que fuera totalmente libre para quererlo. No tenía ningún derecho de querer a Abelardo, de desearlo, de pensar en ningún futuro compartido con él; sin embargo estaba enamorada: ésa era su realidad.

Enamorada a pesar de todo lo que tenía en contra. Quiso a Abelardo desde aquella noche en el departamento de Pérez Galdós, en que había sido obligada a recibirlo, vigilada por Uruguay y Ana, y desde entonces siguió sus pasos muy de cerca, sin que él lo imaginara; le cuidó las espaldas como un ángel guardián, cubriéndole la sombra con su propio cuerpo, potegiéndolo de toda esa gente involucrada en los verdaderos negocios Joy. Entonces Sofía se vio a sí misma llegando a una fiesta en casa de un amigo que había conocido en Acapulco. En la casa del Papayo Lebrija. Allí, Martita, la íntima amiga de Ana Beltrán, la había confundido:

—¿Qué te hiciste, Ana?

—Me llamo Sofía. Sofía Platín.

—Pues yo soy Dolores del Río —alcanzó a decirle cuando se percató de que en efecto podía no ser Ana.

"No entiendo la broma", terminó diciendo Sofía Platín; pero la que no terminó de complacerse con la broma fue Martita: corrió al teléfono a comunicarle a Bloy que estaba en la fiesta un personaje muy interesante, demasiado interesante, de verdad interesantísimo: una tal Sofía Platín "que tienes que venir a conocer, ahora mismo, en este instante, te digo".

Bloy llegó a la fiesta del Papayo Lebrija disculpándose porque "se le había hecho tarde por ahí" — aunque nunca había pensado realmente en ir.

Al ver a Sofía, Bloy pensó en esa muchachita que se había graduado de secretaria bilingüe: francés español y que había llevado cursos especiales en la Alianza Francesa: los mismos ojos verdes, el mismo tono del cabello, el color de la piel, el corte de cara. Para acabar pronto, la misma estatura y complexión. Martita le diría al oído a Bloy:

—Idénticas, no. Tiene mejores piernas que Ana.

Martita habló con Kaplan al día siguiente. La presencia de Sofía les facilitaba los planes de la venta de espionaje; una real y verdadera socios. Había que ganársela para la compañía. ¿Qué tal si la "casaban" también con Bloy?

Irreflexivamente Sofía regresó hacia su cama y descolgó nuevamente el teléfono. Volvió a dudar, pero terminó marcando el número de Abelardo. Nadie contestó. Quería decirle, necesitaba decirle, no había nada en el mundo que le urgiera tanto como contarle a Abelardo que Bloy estaba muerto, que gente de Emiliano lo acababa de matar en la ciudad de Morelia, en el mismo hotel donde el mismo Bloy haciéndose pasar por extranjero, asesinó a Ana Beltrán, dejándole los papeles de Sofía Platín.

Necesitaba sentir los brazos de Abelardo, la protección de Abelardo, el cariño de Abelardo. Necesitaba oír su voz llamándola: Sofía, Sofía. Necesitaba que alguien

la llamara por su propio nombre; no por uno que le había sido impuesto bajo amenazas de muerte. Sofía colgó esta vez lentamente y apagó la lámpara del buró. Se quedó a oscuras, recostada sobre la cama, con las manos bajo la cabeza, viéndose reducida a la soledad y al desamparo.

Capítulo XVI

Perez Galdós 1235. Abelardo Azcárate iba a tocar, nuevamente y a fondo, el timbre del penthouse, cuando una voz femenina preguntó por el interfón.

—¿Abelardo?

—Sí.

—Sube, por favor.

Al abordar el cubo del ascensor Abelardo se metió a la boca tres tabletas de chicle de menta, y mascó hasta que la saliva le supo a desinfectante de baño. Peinó su fleco al adivinarse reflejado en una de las hojas aceradas del elevador, sintió las palpitaciones bajo el esternón (el guerrero que aprieta la empuñadura de la espada al escuchar el grito de mil gargantas que bajan trotando por el bosque y las flechas comienzan a volar cuando una lanza agujera tu tórax, la coraza de bronce, como tapa de un baúl apolillado...).

—Abelardo —dijo ella al recibirlo, apenas abrirse las hojas de metal—. Te vi llegar desde el balcón. Sofía lo abrazaba con violencia, buscaba el contacto frontal de su cuerpo.

—Tú y yo tenemos que hablar —dijo Abelardo.

—Abelardo —repitió ella, cuando sintió que aquellas manos perdían torpeza al pulsar sus pechos. Minutos después, cuando llegaron desnudos a las sábanas de satín negro, Sofía lo detuvo y descendió a besarlo, y Abelardo reflexionó que el amor es un arte de yemas dactilares y succiones de lactante.

Sofía Platín entró radiante a la alcoba. La charola con los huevos fritos, la bata de seda púrpura arrastrándose tras ella en la mullida alfombra, el sol esplendente sobre las frondas de ahuehuetes y fresnos en el Bosque de Chapultepec a las 8:10 de la mañana, y —sobre todo eso— la mirada de aquel par de pupilas color aceituna; eran todo una alucinación.

—Me quieres decir algo, ¿verdad? Azcárate se estiró en la cama, sintió sus genitales todavía húmedos, almidonados y adheridos a la ropa de cama. Entonces fue

que profirió una verdad grave, densa:

—Hoy cumpla años.

Sofía fue hasta él, depositó la charola encima de un buró y lo besó largamente.

—¿Qué otras noticias me tienes? —preguntó casi con alborozo.

—Ninguna —mintió él.

—Ninguna... —repitió ella—, y de Emiliano, ¿qué has averiguado?

—Poco —reconoció Abelardo, y cuando tomaba ánimos para invocar el nombre de Ana Beltrán, su doble difunta, ella se le adelantó:

—Voy a darme un regaderazo, se me hace tarde.

Abelardo Azcárate jaló la bandeja y descubrió algo próximo al paraíso: un jugo fresco de naranja, dos huevos fritos con salsa verde, tocino y frijoles con totopos y queso parmesano. Una Bohemia lagrimeando, un tarrito con humenata café negro, la cestita con tortillas calientes y dos conchas de la Tía Rosa. "Mamá", murmuró Abelardo, y le hubiera dispensado un suspiro más largo de no descubrir el televisor apagado frente a él. Picó una de las yemas y probó aquello, pero sí, le hacía falta un poco de ruido, así que pulsó el control remoto.

—"...las autoridades capitalinas aún no tienen rastro de los autores del espantoso siniestro. La lista de muertos ya reconocidos es, hasta el momento, la siguiente: Eduardo Mendoza, Matusalén Escobar, Tomás Garita, Alberto Gutiérrez, Esteban Martínez, Marta Olavarrieta, Félix Mendizábal, Philippe Mounier, Ricardo Tomasini, Rosa María López Dueñas, Celestino Salcedo, Humberto Uruguay, Lorenzo León, Carlos Duayhe y Abelardo Azcárate... El incendio del edificio de la empresa Plastijoy, ubicado en la colonia Anáhuac, comenzó a las tres y cinco de la tarde y consumió casi totalmente el inmueble con un fuego que duró seis horas en ser controlado. El capitán del cuerpo metropolitano de bomberos, Rodrigo Moya, manifestó al ser entrevistado que el incendio fue intencional y provocado por una serie de explosiones que detonaron simultáneamente en los primeros pisos del inmueble, lo que ocasionó que las llamas consumieran el resto del edificio."

Abelardo miraba como idiota las imágenes en el televisor, el fuego llevándose al carajo a la segunda empresa plastificadora del país. Otra vez el rostro de la locutora, que puntualizaba:

—Un primer reporte de la policía capitalina aseguró que en los escombros del edificio fueron localizadas varias muñecas de las que elaboraba la empresa, rellenas de cocaína; aunque después esta nota fue desmentida. El secretario de Comercio, Héctor Cervantes Delgado, lamentó el suceso y declaró que no obstante la desaparición tácita de la empresa Plastijoy del país, la industria petroquímica seguirá siendo un baluarte en la captación de divisas, luego de las medidas de reconversión y ajuste financiero que ha implementado el gobierno del presidente Miguel de la Madrid... El Procurador General de la Defensa del Trabajo aseguró que a petición de los trabajadores de las plantas de Morelia, Monterrey y Guadalajara se protegerán sus intere...

Abelardo Azcárate apagó el televisor. Pensaba "Rosita, el Gato Mendizabal... ¡yo!"

Sofía, que había fingido no escuchar o simplemente no había oído la noticia, se aproximó a él y le plantó un beso en el hombro.

—¿Traes mi agenda?

—Se hizo humo —respondió estupefacto Abelardo.

El Corsar estaba ahí, estacionado frente al 1235 de Pérez Galdós, cuando Abelardo se dejó caer, postrado, encima del cofre:

—¿Merecemos esto? —se dijo, y optó por serenarse. Media hora después, tras haber comprado el periódico, dos litros de leche y uno de etiqueta negra, Abelardo Azcárate ganó la docilidad de su hogar.

Gas Narvarte aún no le surtía el combustible, así que se duchó con agua más que fría. Al enjabonarse los genitales comprendió que la espuma del jabón se llevaría lo poco de Sofía que aún lo acompañaba. Quería poner orden a sus ideas antes de ir a trab... ¡Pero si él había muerto carbonizado en Plastijoy! ¡Era un héroe de la industria

de la transformación! Entonces la campanilla del teléfono le usurpó esas cavilaciones metafísicas. Se enrolló la bata y avanzó dando saltitos para no resbalar en el terrazo de la estancia, hasta ganar el teléfono de la sala.

—Te estuve esperando seis capítulos —dijo una voz.

—¿Quién habla?—reclamó, estornudando, Abelardo.

—Yo. Te estuve esperando cinco vidas, pendejo. Ahora no la tendás.

—¿Quién habla?

—Estás lento, Avestruz. Ya no la tendás... a menos que pases a nuestra trinchera. Ya ves; ellos perdieron gacho.

—¿Quién habla?, ¡carajo!

—Lee la notita en la página 16 de *El Universal* que acabas de comprar, cabroncito.

—Quién eres, hijo de la chingada.

—Cómo que quién, yo: Emiliano.

Click.

Abelardo se friccionó ápidamente con una toalla mirando todo el tiempo la Beretta que descansaba en medio de la cama. "Seis capítulos", "cinco vidas", se repetía, aunque la verdad sentía más que miedo, puro pánico. Se metió los pantalones y tres dedos de whisky. Eran las 11:15 de la mañana, aún, cuando buscó la página 16 del periódico. Allí estaba a cinco columnas: BALACERA EN *LA BODEGA*

Y más abajo, al calce de la plana, una gacetilla que pasaba casi inadvertida:

¿SE SIENTE USTED PERSEGUIDO?

Cree que la demencia se apodera de usted, como si otras manos gobernarán su vida? La Asociación de Amigos del Arte "Federico Chopin", lo invita al próximo recital en el que hallará respuestas a su neurosis. Abelardo Azcárate ofrecerá deliciosa función. Interpretará, entre otras, las siguientes obras: "*I have the disk*", "*Sofía has been kidnaped*", "*5, Delta Plan*" y "*Saturday's noon, at Leti's place*".

NO FALTE

(Lleve su agenda)

En eso, oyó que alguien abría con suavidad la puerta de entrada que daba a la cocina. Abelardo soltó el periódico y se acomodó en el sillón de la sala, junto al

teléfono, la espalda cubierta por el ventanal, por un vacío de ocho pisos. Apuntaba con la Beretta, que temblaba en sus manos, contra la puerta de la estancia, que lentamente se abrió para dar paso a dos siluetas.

—¡Abelardo! —gritó una de ellas. Este... Pero sí; digo... Te presento al licenciado Fernando Garrido, mi abogado.

—Hola Lupita —la identificó Abelardo al bajar el arma hasta sus rodillas. Y recordó en voz alta, con una mueca descompuesta.

—Hoy es mi cumpleaños.

—Cuarenta y cuatro, Abe, cuarenta y cuatro —dijo Lupita—. Felicidades, Abe...

—¿Cuarenta y cuatro? —pensó en voz alta Abelardo—. Bueno, gracias, pero ¿qué pasa? ¿Qué hacen aquí?

Lupita había recorrido con la vista la estancia. Aquello estaba convertido en un muladar, pensó. Tan limpia que había mantenido la casa. ¿Cántos años vivió al lado de Abelardo Azcárate? ¿Quince? Toda una vida. Pero eso iba a terminar pronto.

—Supimos la noticia por la tele y...

—¿Supimos?

Abelardo supuso que su Lupe andaba ya poniéndole una cornamenta descomunal. Caray, pensó, pinches viejas, se pasan la vida haciéndonos creer que son abnegadas y fieles. Nadie cree que la mujer de uno se acueste con ningún cabrón. La verdad es que necesitan sexo tanto como nosotros, sino es que más. Nunca va a faltar un roto...

—Bueno, aquí Fernando, este..., el licenciado Garrido lo supo antes que yo, me habló por teléfono a la casa de Carmencita, y decidimos venir a verte, directamente, sin ir a Plastijoy. Pensé que te habías...

—¿Y por qué él? Creo conocerlo. ¿Nos hemos visto antes?

El licenciado Fernando Garrido llevaba un portafolios y lo sostenía con ambas manos a la altura de sus rodillas. Abelardo Azcárate midió tanto la distancia que lo separaba del fulano como su tamaño. Podía tener la misma estatura. Bajo el traje un

tanto holgado era imposible adivinar el peso del tipo, pensó, y esos zapatones; los bostonianos que nunca gustaron a Abelardo. Azcárate; prefería los mocasines. Guardó con discreción la Beretta en la bolsa de su bata de baño.

—Si nos vimos fue hace mucho tiempo —dijo Garrido—. Pero eso no importa. Lo que importa es el asunto de Lupita.

¿Lupita?, se preguntó Abelardo. ¿No debería decir la señora de Azcárate o doña Guadalupe?

—¿Cuál asunto?

—Mi divorcio... Nuestro divorcio. El licenciado Garrido me ha hecho el favor de aceptar, este, ¿sabes?, representarme en el juicio. Traemos los papeles para que los firmes.

—¿Divorcio? ¿Y Abelardito?

—Se quedará conmigo, y podás verlo cada...

—No, no, no... ¿Cómo está él? A eso me refiero.

Abelardo quería ganar tiempo. Qué oportuna era Lupita, se dijo. Claro que deseaba divorciarse. Ser otra vez hombre libre. Sin obstáculos para vivir o casarse con Sofía. Podrían irse a otro lugar. A otro país. Nueva York.

—Abelardito está bien. Podrás verlo. Es cosa de que nos pongamos de acuerdo.

—Sí, tenemos que ponernos de acuerdo. Claro, claro.

En ese instante repiqueteó nuevamente el teléfono. Lupita hizo el intento de contestar, pero Abelardo se adelantó. Sólo faltaba que fuera Sofía y Lupita contestara, su vieja, que se había ido del departamento, de hecho, como las criadas, avisando días después que estaba en casa de una amiga. Abelardo ni siquiera preguntó quién era esa amiga, la Carmensa.

—¿Bueno?

—¿Don Abe?

—¿Sí?

—Habla Rosas. ¿Ya supo?

—Sí. ¿Y tú, estás bien?

—Me salvé de puro puto milagro. Tuve que salir del edificio porque Estelita me habló urgentemente. Creo que nos vamos a casar. Salió con su domingo siete. ¿Qué pasó con usted?

—Paseaba con mi ángel de la guarda, Johnny Walker.

—¿Qué suertaza. ¿Podíamos vernos?

—Dime dónde.

—Pues en el Toks. ¿Dónde mero? Sirve que yo me pongo de acuerdo en varias cosas con Estelita. No he querido acercarme otra vez al edificio... a lo que queda de la compañía. Hay policías por todas partes.

—¿En una hora? ¿Te parece?

—Sale y vale. Chao. ¡Oiga!, se me olvidaba. A lo mejor confundieron a un tal Pérez con usted. Antes de ir al Toks pasé por su oficina y Rosy me dijo que ahí estaba el Pérez ése, esperándolo.

Lupita y el licenciado Garrido habían tomado asiento. Cuchicheaban algo que Abelardo no alcanzó a oír. Dejaron de hacerlo en cuanto colgó el auricular. Abelardo creyó ver incluso que lo hacían con mucha familiaridad, no de clienta a abogado. ¿Dónde había visto a aquel tipo?

—Abelardo, ¿quieres que el licenciado Garrido te lea las cláusulas de la demanda del divorcio? He pensado que no tendrías inconveniente de firmar una demanda de mutuo acuerdo. Fernando dice que un divorcio necesario sería un poco más complicado.

Abelardo hizo un ademán en señal de que no había problema.

—... y aquí el licenciado va a cobrar únicamente los trámites. Tú sabes, el papeleo, las propinas para...

De nuevo el teléfono. Azcárate sólo tuvo que estirar la mano. Se había quedado de pie cerca del aparato. No quería correr riesgos con Lupita.

—¿Abelardo?

—Sí— Era ella.

—Hablé con Emiliano...

—Prácticamente me ha ordenado que nos encontremos los tres.

—De acuerdo. ¿No hay secuestro?

—No; llega a *La Bodega* como a las tres de la tarde.

Y prepárate porque tenemos que salir del país. Tendrás que venir con pasaporte. Tengo los boletos de avión. Lo único que puedo decirte es que no te arrepentirás.

—Pero necesito...

Abelardo se detuvo. No debía mencionar el asunto, pensó. Lupita podía sospechar algo y echar abajo aquel futuro que tan bien estaba pintándole. De maravilla. Dejaría firmado el divorcio y partiría a otro país con la mujer que logró despertar en él a la bestia lujuriosa que creyó haber sido toda la vida.

—Muy bien. Ahí estaré sin falta.

—¿Me mandas un beso? — Platín al otro lado de la línea.

—Sí, claro licenciado.

—¿No puedes? ¿Hay alguien contigo?

—Luego le platico. Buenas noticias. —Colgó.

Abelardo Azcárate se volvió hacia su todavía mujer y el acompañante. Iba a firmar los papeles. Ya. Nada tenía que perder, pensó. Excepto tiempo. Una afeitada rápida y preparar la maleta con lo indispensable.

—¿Dónde firmo?

El licenciado Garrido abrió el portafolios y sacó un legajo de papeles tamaño oficio.

—Aquí y todas las copias, por favor.

Abelardo Azcárate pensó decir que ella podía llevarse todo, incluido el automóvil, pero se contuvo. Lupita podía sospechar y más que Lupita el abogado. Estos litigantes se las sabían de todas todas, pensó. Tenía que irse con cuidado las próximas horas. Confiaba en que no sería por mucho tiempo. ¿A dónde irían? ¿A Brasil? A donde fuera. Con Sofía Platín estaba dispuesto a ir hasta una isla nudista.

El abogado Garrido guardó su bolígrafo en la bolsa interna del saco. Abelardo

se lo había devuelto sin dirigirle la mirada o darle las gracias por el préstamo. Garrido tenía los ojos brillantes.

—Ahora cuéntale Fernando —dijo Lupita.

—Mejor después.

Capítulo XVII

Plastis y joys se habían ido derecho al infierno. La BH750 es ahora ceniza, y por ahí sólo permanecían, como un misterio que jamás lograrían desentrañar, algunas muñecas rellenas de cocaína —recapitulaba Juanito haciendo anotaciones en una servilleta, al lado de los vasos que contuvieron capuchinos y frente a un Abelardo tenso, con ojos que giraban como los de una bestia acorralada, la sudorosa mano izquierda estrujando una servilleta y la derecha, igualmente sudorosa, acariciando la Beretta en la bolsa de la chamarra deportiva—, y la posibilidad de que el incendio fuera una venganza de organizaciones enemigas a los Joys o del grupo Kaplan, que de cualquier manera sabía que él estaba vivo.

—Bórrate, Juanito. Ya no hay ni para dónde hacerse. Refúgiate en un pueblucho donde nunca te encuentren —aconsejó Abelardo, pero sin atreverse a confesar que en la cajuela del Corsar traía lista la maleta, el pasaporte, algunos dólares y todo el efectivo que pudo sacar del banco.

—¿Seguro que Emiliano dijo "cabroncito"?

Abelardo asintió, sin aclarar que ninguna seguridad tenía de que la llamada fuera de Emiliano. Era una voz, tan anónima como el personaje que había despojado del disquet a Juanito.

—El anuncio del periódico, vélo, parece más amenaza que otra cosa. Me hubiera ido con la finta de no ser que Sofía me citó después.

—Entonces Emiliano es la clave. Ellos tienen el disquet, nosotros tenemos la agenda —afirmó Juanito, y repitió la frase cuando descendían del puente que los depositó en Mariano Escobedo, rumbo a la colonia Condesa, a la cita con Sofía y su protegido.

A las 2:30 de la tarde Sofía Platín pidió un taxi por teléfono. Minutos después sonó el timbre y ella descolgó el interfón. Diga.

—¿La señora Platín?... Su taxi, señora.

Fuera del edificio se hallaba un auto de color coral, el chofer de pie junto a una de las puertas traseras. Sofía se acercó y el chofer abrió la puerta. Al fondo del asiento un hombre la amagaba con una pistola.

—Adelante, señora.

Sofía intentó retroceder, pero el chofer le dio un empujón y cerró la puerta.

El auto se dirigió hacia el anillo periférico, al norte, rumbo al Estado de México.

El salón del fondo de *La Bodega* se hallaba cerrado temporalmente porque había quedado hecho un desastre después de la reyerta entre intelectuales, les informó Pepe, el mesero, quien después los condujo a un saloncito al fondo. El grillo, muy discreto, favorito de los enamorados.

—En cuanto lleguen la señora y el señor Ortega les aviso que están aquí.

Ordenaron un par de JB con soda y Abelardo echó una mirada a su reloj. Las tres y cinco.

Juanito Rosas se había quitado los lentes, los frotaba con una tela especial. Sin los anteojos su rostro parecía más juvenil, aniñado, y los ojos gris verdosos semejaban los de un animal herido y asustado. Viéndolo así, indefenso, Abelardo sintió una inmensa compasión que le nacía de la culpa. No le había mentado, pero le ocultaba lo de su viaje con Sofía, fuga y desistimiento que condenaban a Juanito a lo peor de las soledades, la del perseguido, la del acosado.

—Juanito...

—Aquí el señor...

La inconclusa frase de Pepe hizo que Juanito se pusiera los lentes y arrancó a Abelardo del sentimentalismo. Al lado del mesero permanecía el hombre moreno y elegante de las gafas negras, ahora sin gafas.

—El licenciado... ¡No se quemó!—exclamó Juanito.

—¡El Ratón Pérez! —dijo Abelardo.

—René Kasko. ¿Me permiten? —y sin esperar respuesta el hombre se acomodó en torno a la mesa, dejó que Pepe depositara en ella los whiskies y pidió

Jack Daniels en las rocas.

—Me citó aquí Sofía Platín, pero sospecho que no vendrá.

—Tiene que venir —protestó Abelardo—, hablé con ella hace unas horas... y usted no puede ser Emiliano, su hijo, que también va a venir.

René Kasko echó mano a su cartera y dejó caer sobre la mesa el pequeño recorte de *El Universal*. Juanito y Abelardo cruzaron una rápida mirada y se volvieron hacia Kasko, quien los contemplaba sonriente, seguro, dueño de la situación. Pepe trajo el Jack Daniels y Kasko lo dejó reposar, que el hielo soltara la frialdad precisa.

—¿Tú —preguntó a Abelardo —, también recibiste una llamada de Emiliano Ortega, que te remitió a este recorte?

—Alguien que dijo llamarse Emiliano —dijo Abelardo.

—Emiliano o alguien que se hace pasar por él, no importa. Pero el aviso nos ofrece cuatro datos. Tienen un disket que no sabemos que contenga...

Juanito abrió la boca queriendo decir algo, pero un ademán de Abelardo, que no pasó inadvertido al escritor, le impuso silencio.

—Nos anuncia el secuestro de Sofía... —continuó René Kasko, y la interrupción partió de Abelardo.

—No puede ser, hablé con ella.

—Eso no garantiza nada. Si querían secuestrarla, la secuestraron. Nos enfrentamos a fuerzas muy poderosas.

—¿Nos enfrentamos? ¿Pero usted, quién es? ¿Qué tiene que ver con todo esto?
—Juanito dejó salir sus preguntas.

—Soy un viejo amigo de Sofía, Juanito, por favor tutéame, me molestan los formalismos.

Kasko levantó su vaso y obligó a los amigos a chocarlos juntos.

—Les aseguro que jugamos en el mismo equipo —dijo después de beber.

—Yo ni siquiera sé en qué pinche equipo juego —musitó Abelardo triston, convencido de que su vida no tenía más sentido que el que prestaba la existencia de la

Platín, a la que estaba dispuesto a seguir a donde fuera, a ese país utópico en el que no existían las visas y donde todo era gratis. Y ahora, faltando un cuarto para las cuatro, ¿dónde estaría la hembra rutilante: secuestrada, en peligro, asesinada o, como diría Kaplan: desquitándose en la cama?

—Me preocupa Sofía —agregó.

A René Kasko no parecieron afectarle ni el tono doloroso de Abelardo ni el lamentable estado de su rostro. Liquidó el Jack Daniels.

—Amigos, se menciona aquí —y agitó frente a los anteojos de Juanito el recorte periodístico— un plan Delta del cual no tengo ni puta idea. Y te indican —clavó la mirada en Abelardo— día, hora y punto de encuentro.

—Pero hay que llevar la agenda —gimió Abelardo— y la agenda se quemó. Como verá, esto es más que un desmadre sin pies ni cabeza... y nosotros no tenemos la culpa de nada. Sólo nos quedan unas hojas de papel, que no son la agenda y que nadie creería que tienen los mismos datos.

René Kasko echó a reír. Llamó al mesero y le ordenó nuevas bebidas. De pronto, con habilidad de prestidigitador, se llevó la mano al saco y dejó caer sobre la mesa la libretita, la agenda de terciopelo azul.

Kasko les explicó entre los tragos y la rápida deglución de unos filetes en salsa de huitlacoche que había estado en Plastijoy la tarde del incendio y que, aprovechando un descuido de la secre—que en paz descansa la Rosy, pensó Juanito—, forzó los cajones del escritorio y halló la agenda. Explicó que ésa que estaba en manos de Abelardo era infiel copia del original, que había hecho reproducir tal cual, con exclusión de ciertos números y ciertos nombres, claves que ya él tenía en estudio —fuera del país, se adornó— y que los otros, los interesados, darían fortunas por conseguir.

Al cabo de cuatro whiskies y el par de anises con que acompañaron el express, Juanito y Abelardo se sentían como amigos de toda la vida de Kasko, quien, simpatiquísimo, les habló de sus odios y amores en el mundo literario.

Cuando ya anocheecía y Juanito, con los ojos llenos de agua, luchaba con el

nombre de Estrelitra, Kasko los invitó a su casa, donde aparte de beber buen whisky o del mejor ron cubano, les mostraría toda la documentación que sobre el caso Plastijoy había recopilado.

—Es más, muchachos, yo creo que cuando menos por unos días, mientras se resuelve este asunto, lo mejor será que se queden en mi casa. Es un lugar tranquilo, seguro; una buena base de operaciones para los tres.

—Como los tres mosqueteros —alcanzó a decir Juanito antes de clavar la frente en la mesa.

—Yo te sigo, Ratón, ahí tengo mi coche en el estacionamiento —dijo Abelardo después de que depositaron a Juanito, más que borrado, en el asiento trasero del Phantom rojo.

—No, ni madres, tu coche está marcado. Nos vamos todos en éste. Además; tú estás muerto, güey.

Abelardo se resignó, pero le pidió un minuto a Kasko para rescatar su maleta del Corsar y guardarlo en el estacionamiento de Amsterdam. Quién quitaba y en una de esas aparecía la Platín. Y a volar, gaviotas.

Llegaron a la residencia de Kasko cuando Juanito comenzaba a medio despertar. Lo recostaron en un sillón en la inmensa sala biblioteca y le metieron dos cafés muy cargados, el segundo acondicionado con varias cucharadas de sal. Juanito corrió al baño y se deslizó rápidamente el champurrado de whisky, sopes, huitlacoques, anises y filetes. Salió a los diez minutos, pálido y fresco, con la cabellera humedecida.

—A ver —dijo inmediatamente—, ¿dónde está ese ron cubano que nos prometiste?

Mientras Kasko preparaba los rones, Abelardo se desembarazó de la chamarra, pero tuvo buen cuidado de guardarse la Beretta en un bolsillo del pantalón, porque a pesar de las confianzas no acababa de creer en la desinteresada amistad del dizque escritor ni en nada.

Se acomodaron en los sillones de piel que olían a billete grande y René dijo:

—Bueno, muchachos, lo importante es hablar con Emiliano.

Juanito y Abelardo de nuevo cruzaron miradas, atónitos, incrédulos, escandalizados.

—Sofía —dijo Abelardo—, Sofía es la que está en peligro.

—No nos preocupemos por Sofía. Está bien, mientras tengamos la agenda. Pinche Abe, cómo nos complicaste la vida.

A Abelardo le chocó la frase. Mirándose las manos pensó en otras manos que pudieran estar acariciando la piel acanelada, o ubicadas en torno al cuello suave y delgado, apretarían, apretarían, apretarían.

Kasko fue hacia un archivero metálico y volvió con una carpeta marcada "Emiliano/Toys" que arrojó en las rodillas de Juanito. Juanito se arrojó con avidez sobre el contenido. Con Abelardo mirando por encima de su hombro recorrió notas cifradas, mensajes manuscritos, recortes periodísticos, cuartillas densamente pobladas, hojas donde los números hablaban.

Tras dos horas de revisión minuciosa, sabiamente alimentadas con rones por el escritor, Juanito y Abelardo abandonaron los papeles y miraron con gran respeto a René Kasko.

—Está cabrón, Ratón, está muy cabrón —dijo Abelardo.

Se habían enterado de que Emiliano, hijo del novillero y Ana Beltrán, con estudios musicales en Moscú y residencia de niño y de joven en La Habana, encabezaba al más rabioso grupo de activistas opositores... En fin, de todo eso.

René Kasko inició una perorata ideológica, a todas luces intelectual, convincente, que concluyó con un... lo que ahora cuenta, en nuestros países, muchachos, es la energía y el *know how*. Dejemos de hacernos pendejos. Nuestras materias primas y nuestra mano de obra abundante y barata ya valieron en el mundo de hoy. Lo que cuenta es la tecnología, lo que cuenta es la información. Ya lo entendió Gorbachov, ya lo entendieron los chinos, ya lo están entendiendo los cubanos. El mundo está cambiando rapidito. El sábado tenemos que hacer contacto con Emiliano y avisarle. Ahorita ya es hora de dormir. Méntanse en la cama y piensen,

piensen mucho. Al que no piensa... Bueno, ¿nos tomamos el penúltimo?

Abelardo y Juanito, consternados, mudos, rumiando esas cuestiones que ni de lejos soñaban que tuvieran que ver con ellos, bebieron lo que había de ron en sus vasos y dejaron que se los arrebatara el escritor.

Mientras René Kasko preparaba ese último trago de la noche, Juanito le preguntó a Abelardo, sin esperar respuesta, sino más bien aventurándose en sus propias dudas, en contundentes ignorancias:

—¿Entonces quién, Abe? ¿Entonces qué chingaos?

Abelardo aceptó en silencio el vaso que le tendía, como Dios mismo, el circunspecto, altivo, René Kasko.

Kasko los condujo por un largo pasillo, en otra ala del caserón de concreto y madera, a una habitación con dos camas matrimoniales, con servibar y sauna. Allí los abandonó.

Capítulo XVIII

Ninguno de los dos extendió la mano, así, sin ponerse de acuerdo caminaron rumbo hacia la cuesta, por un lado de la carretera que conducía a la parte de San Angel, es decir, por el rumbo contrario por donde el auto de Emiliano había llegado. Los dos llevaban chamarra y los dos, de seguro por el frío, quien sabe, mantenían las manos dentro de los bolsillos.

—Mire, para qué formulismos, vamos al grano —comentó Emiliano.

—¿Cómo está Sofía? —reclamó Abelardo.

—Si sabe lo que me imagino, sabrá que la señora está bien, que para mí esto no tiene nada de agradable.

Los dos se metieron hacia la cuneta, pues un auto, despacio, avanzaba hacia el conjunto de puestos de comida. Al parecer ninguno quiso quedar atrás del otro. Emiliano caminaba por fuera del acotamiento.

—Usted tiene algo que nos interesa, para qué vamos a discutir más, nos lo entrega y sin más le damos a la señora.

—¿Sin más?

—Sin más —Ortega alzó los hombros como si el frío le anduviera picando la nuca.

—Usted se imaginará que no la traigo aquí conmigo.

—Obvio.

—Mire, la verdad es que hay algunas otras cosas, no me malinterprete, lo que más me interesa es la vida de So... de la señora, eso está en primer lugar, no hay vuelta de hoja.

—Así lo entiendo.

—Pero es que...

—Qué.

—No es sólo ella, también, aunque sea en segundo lugar, también está...

—A dónde quiere llegar.

—Permítame... es también mi vida.

—No está en peligro si llegamos a un acuerdo.

—En peligro estamos todos, o ¿quiere que le recuerde lo que le sucedió a los de la compañía? El peligro es para todos, señor Azcárate, pero unos saben por qué y otros están como...

—Como quién.

—Como todos, señor Azcárate.

Abelardo miró la juventud del tipo que iba a su lado. El sol apenas se colaba por los árboles. Estaban solos y desde ese momento la carretera era de curvas, de seguro una tras otra, si hubieran ido en auto, pero así, a pie, caminando despacio, las inclinaciones eran al parecer lejanas, las curvas seguían y ellos iban paso a paso por el borde, por ese borde hecho para que el agua de la lluvia corriera hacia abajo, claro, pensó Abelardo, ni modo que para arriba.

—¿Le preocupa la señora?

—Por supuesto que me preocupa.

—Mire señor Azcárate, deme la agenda y le damos a la señora.

—Eso intento, pero ya le dije que quiero algo más.

—¿No es suficiente para usted la señora?

—Sí, pero ya también le dije que es una vida de dos, no sólo de una. Mire, déjeme decirle algo, le aseguro que no le quito ni me quito el tiempo, señor... señor Emiliano.

—Diga.

—No quisiera platicarle mi vida porque a lo mejor usted la sabe mejor que yo, pero no entiendo lo que pasa. No sé nada. Desde el momento, hace años, que conocí a So... a la señora Platín, no he tenido suerte, pero eso no es lo importante, sino que estoy metido en un lío tremendo, no sé que buscan, ni usted ni nadie, de veras, créame, no sé lo que pasa, quiero decirle que no lo sé ni siquiera me importa, es como andar dando de palos ciegos, ni de un lado ni del otro, cuando pasa una cosa la cambian, cuando sucede otra es al revés, voy para un lado y parece que voy para el

equivocado, y cuando creo ir para el correcto ya la regué, perdón, ya la, bueno... ésa es la palabra, la regué, y nada de esto entiendo, es pararme en medio de un partido de fut y no saber quién juega contra quién ni para dónde disparan a gol.

—Siga.

—¿Sabe?, en este momento estaba pensando que ojalá mis palabras lo convencieran, que sonaran convincentes, pero no puedo, y no puedo porque es la verdad. Le voy a dar esa agenda, esa maldita libreta que no sé para qué sirve, pero dígame qué es lo que sucede, dígamelo; porque mientras Sofía y yo estemos juntos nada me importará, pero ya no veo por lo de ahora sino por lo de más adelante, imagínese, andar de un lado a otro cargando la duda terrible de haber sido partícipe de algo que nunca entendí; y que toda la gente que murió, ...o la que va a morir, fue como... un sueño del que no supe en dónde empezaba y a dónde iba a parar.

—Claves y nombres —cerró la conversación Emiliano— están en la agenda; cómo y cuándo, ésa es la información que tiene el disquet.

Sin ponerse de acuerdo regresaron. Caminaron juntos hasta que el joven le dijo: "hasta aquí", después se fue despacio rumbo a su auto y dejó a Abelardo con la seguridad de que esa misma noche, en *El Café* del Hotel Presidente Chapultepec iba a estar Sofía Platín con el disquet.

Capítulo XIX

—Con este embrollo no nos queda otra que recurrir a las matemáticas, don Abelardo

—afirmó iluminado Juanito Rosas—. ¿Cree usted en Dios?

—Sí —respondió Abelardo contundente.

—Pues ya se chingó.

—¿Por qué?

—Porque para usted la verdad existe independientemente de nosotros, aun cuando la desconozcamos.

—Juanito no estamos para teologías. Tu vida, la de Sofía y la mía están en un hilo y tú recitando al padre Ripalda.

—El que dijo que creía en Dios fue usted...

—¿Y qué diablos tiene que ver Dios en todo esto?

—El mundo tiene un orden. Dios, según usted, es el creador de ese orden. Las matemáticas forman parte de esa verdad que existe *a priori*, es como un diamante que Dios ha puesto en nuestras manos para que con él logremos descubrir otras verdades.

—¿Y tú, crees en Dios?

—No.

—Entonces si que ya la chingamos.

—¡Una isla nudista!—exclama Sofía abriendo desmesuradamente los ojos.

—Qué poca madre—comenta Abelardo— no dudo ni un segundo que Rosas haya sido el de la idea. Con eso de que es fanático de Poe seguro que se tragó aquello de que la mejor manera de ocultar algo es mostrarlo. Y luego con el vuelo que le ha dado René Kasko al celebrarle su revelación etílicohabanera ya se ha de sentir el amo de la logística, pinche Juanito.

—Pero yo creo en las matemáticas.

—Y eso qué.

—Que ese ron cubano del amigo Kasko logró iluminar algunas neuroncillas

todavía vírgenes dentro de mi cerebro.

—Explícate; que se me hace que ya te cruzaste. ¿No le habrás entrado a los polvillos del maestro René?

—¡Cómo cree!

—¿Entonces?

—Es que mientras estaba usted atendiendo, dicho sea con todo respeto —comentó con una caravana dirigiéndose a Sofía— aquí a la seño, yo me quedé en el otro cuarto echándole cacumen para ver cómo salíamos de este embrollo. Claro que también aproveché para darle mate al ron cubano de nuestro flamante socio y amigo René.

—¿Y?

—Que mientras bebía, me vino a la mente un comentario de Poe sobre criptografía en el que afirma rotundamente que el ingenio humano no puede elaborar una cifra, un código o un proyecto que otro humano no sea capaz de descifrar.

—¿Y eso que tiene que ver con Dios?

—A eso voy. Me tomé otro trago y no sé porqué me acordé de cuando el ingeniero Heberto Castillo fue mi maestro de matemáticas. Y así, medio ensoñando, medio recordando, me vino a la mente una vez en que nos habló sobre la teoría de Ramsey, que de alguna manera me hizo pensar en el comentario de Poe, pero a la "n".

Después de su cita en el Desierto de los Leones con Emiliano, éste había cumplido en *El Café* del Presidente: Sofía y el disquet a cambio de la agenda y ninguna pregunta. Con el disquet, Juanito andaba como loco, haciendo matrices y citando las teorías de Ramsey. Sofía y Abelardo abandonaron el país el domingo.

—Primero nada más me acordé del nombre, Ramsey, pero no de su teoría. Pero como el roncito ése me había relajado no me angustié. Dí otro sorbo y me dije: "Ramsey, Ramsey, Ramsey...", dejando que mi mente vagara a sus anchas por entre mis humildes circunvoluciones. Por el nombre o es inglés o es gringo. ¿Matemático? Inglés, seguro. Si es inglés, estudió en Cambridge. Si estuvo en Cambridge, fue

discípulo de Russell o de Wittgenstein o de Keynes, y con suerte de los tres.

Sofía y Abelardo van en un ferry que los conduce a la isla Yom Yom en el Caribe, dentro del área del triángulo que conforman la Habana, Miami y las Bahamas. La pareja salió de casa de Kasko, en Zacatépetl, oculta en un automóvil negro de vidrios polarizados. Sofía, disfrazada de hombre, vestía las prendas de Juanito, más cercano a su talla. Abelardo con ropajes de mujer, iba con una peluca que le prestó Kasko. A cambio, Abelardo le dejó su chamarra de gamuza a Juanito, aquella que le regaló su hermano Gustavo. "Adiós pendejo", sintió Abelardo que le decía su chamarra, muy acomodada al cuerpo de Juanito.

—A ver, ¿cuál era el planteamiento? Y entonces la imagen de Heberto en el salón de clase volvió a mí. Hablaba de vectores y de matrices, de Boole, de árdenas y de Marx cuando de repente ¡zoom! Recordé: el cielo, las estrellas. Con toda calma me levanté de la cama, abrí la puerta, miré al firmamento y me puse a observar. Pinche smog, apenas y me dejó entrever a Venus y si acaso una que otra estrella por ahí perdida. Y los oí a ustedes, picarones, ¡bramando de placer!

Juanito se las había ingeniado para cambiar las fotografías de los pasaportes y así la pareja viajó primero a Mérida, de ahí a Miami y luego a Nassau, donde tomaron el ferry rumbo a Yom Yom. Contra lo que imaginaron, en el ferry no había ni camarotes ni bar. Más bien se trataba de una gran lanchón repleto de víveres y vituallas que incluían guajolotes, gallinas y cerdos.

El mar está un poco picado y sin embargo hace calor. Abelardo suda a raudales. A excepción de los tripulantes, Sofía y él son los únicos pasajeros. Los miran a cada rato con risillas sardónicas porque saben que se dirigen a la archiconocida isla nudista exclusiva del jet set internacional. El capitán mismo, que ahora lleva el timón, va ya sin camisa, con el pecho al sol y con un pañuelo en la cabeza al estilo López Portillo, para protegerse la calva. A cada rato mira a Abelardo,

le guiña el ojo y, aprovechando que Sofía se encuentra de espaldas, se agarra el sexo vigorosamente como diciendo, ¿entendido? Abelardo, fastidiado y molesto ante las insinuaciones del capitán, busca entre las cajas y las bolsas a su alrededor hasta dar con una botellita de cognac, carajo, que se chingue el capián Cachondo. Discretamente la abre y empieza a beber a hurtadillas. Empieza a sentirse mejor y le envía un beso volado al capitán que le responde levantando sus gruesas cejas en señal de asombro y de triunfo. Empieza a divertirse. Como el bote viene sobrecargado, en la medida que se acercan a la isla, el capitán empieza a cortar las olas para evitar que se mojen las vituallas. Avanzan lentamente. Es entonces cuando Sofía se da cuenta de que se trata de una real isla nudista, pues un grupo de gente los saluda desde un promontorio con todas sus intimidades al aire. Hay de todo: hombres y mujeres: viejos, jóvenes y hasta niños.

—Para no hacer cabeza, para que los gemidos de ustedes no me sacaran del rollito en el que andaba metido volví a mi cuarto y cerré la puerta. Bebí otro sorbo: el ron me supo a noche cálida, húmeda, a tierra rodeada de mar. Entonces me pregunté '¿quiénes son los capos en este desmadre en que andamos metidos don Abelardo y yo?' Y fue entonces cuando volvió a mi memoria el ejemplo que nos puso Heberto para ilustrar la teoría de Ramsey: "Una noche miran al cielo y al observar la constelación de Orión se preguntan, ¿cuál sea el universo mínimo de estrellas arbitrariamente distribuidas que contengan al menos tres estrellas en línea recta?" Chíngale, me dije, va por ahí, caliente, caliente, sin agraviar aquí a los presentes. La teoría de Ramsey trataba de los universos mínimos que garantizan la existencia de un cierto grupo. Y entonces, ¡eureka!, mientras ustedes pusieron a rechinar el último resorte de la cama, mientras hacían crujir todos los muebles de su habitación al ritmo del duro y dale, yo recordé que Ramsey decía que en este universo arrabalero el desorden total es una imposibilidad.

—Éste ya se chifló —comentó Sofía un poco asustada.

—Pues sí, mi buen don Abelardo, resulta que hasta el desorden resulta tan sólo

un problema de escalas.

—Soluciones, pinche Juanito, ya acaba con tu cátedra y con tus alardes de niño prodigio: qué hacemos. Ya encontré a Sofía, y lo único que quiero es la vida para dilapidarla junto a ella. ¿Qué vamos a hacer? ¿Quiénes son los que nos quieren dar agua? ¿Cómo los vamos a chingar antes de que ellos nos chinguen a nosotros?

—No se acelere, don Abelardo. Estamos en un enredijo y hay que ir desatando nudo por nudo. Por lo pronto, usted y la señora Platín se me van del país.

—Sí, pero ¿a dónde?

—A donde los mande René Kasko.

—Ya aquí entre nos Juanito, ¿confías en él?

—No nos queda otra don Abelardo. Aquí está usted con su Platín y los tres estamos vivos, a menos de que Descartes nos haya tomado el pelo, ¿o no? Deje todo en mis manos y usemos la copia del disquet. Nuestro amigo Kasko nos puede conseguir una Pc para estudiar el caso. Al fin que —como alguien ya dijo—, René huele a billete grande.

La isla es muy pequeña, de playas de arena blanca como la de Cancún y también de aguas jaspeadas de color aguamarina. Empieza a brillar el sol y el mar está más tranquilo. Desde el lanchón no se ve más construcción que un pequeño muelle y el edificio de la capitanía del puerto. Como la playa tiene bajo fondo, el capitán detiene su navío a prudente distancia. Un bote de remos se aproxima hacia la embarcación en busca de Abelardo y Sofía. Tan pronto llega, el capitán decide acompañarlos hasta la isla.

—Quítense la ropa —les pide el oficial que los recibe sin pedirles siquiera sus pasaportes. Él mismo está prácticamente desnudo a no ser por su quepí, su reloj y su cache sexe que le cubre mínimamente la región púbica—. En realidad es el único requisito para ingresar a la isla, claro, además de demostrar su solvencia. Enséñenme sus dólares, por favor.

Abelardo saca de su bolsa de mano el dinero que logró reunir y cambiar más unos cuantos dólares que le dio Kasko por su malbaratado Corsar.

—Suficiente para una semana —comenta el oficial y hasta entonces les pide sus pasaportes y anota— ahora sí pueden proceder a desvestirse. A propósito, ¿no les interesaría adquirir de una vez un par de cache sexes? La gente de aquí les llama tralala y los van a necesitar para cuando vayan a la iglesia o a algún restaurante de lujo. Pero no se angustien, salvo en esos lugares podrán pasearse completamente desnudos por nuestra bella isla. Cien dólares, por favor —les pide entregándoles los tralala.

Abelardo y Sofía se miran preguntándose qué hacer. Abelardo, envalentonado por media botella de Napoleón que se ha bebido, harto de la peluca, de los tacones y de los postizos, empieza a desvestirse a la vista del oficial, del capitán y de los estibadores, aborígenes de color todos ellos, que son los únicos en la isla que están normalmente vestidos.

A la distancia, el capitán del lanchón, que se desnudó en menos de lo que canta un gallo, aguarda ansioso a Abelardo con su manecilla apuntando al cuarto para la hora. Pero la sonrisa socarrona se congela en el instante en que Abelardo queda completamente desnudo y entonces la manecilla del capitán empieza a decrecer hasta quedar como muerta, apuntando hacia un poco antes de la media. Indignado, se pone el pantalón y se calza sus alpargatas, y sale maldiciendo a los turistas degenerados que visitan Yom Yom.

YOM YOM dice el arco que marca la entrada al pequeño pueblo de la isla. Abelardo y Sofía caminan tomados de la mano cargando sus respectivos equipajes con sus tralalas como únicas prendas. La gente circula por las calles desnuda, muy quitada de la pena, sin reparar en ellos. Una mujer otoñal, con unos enormes pechos colgantes, va con una canasta haciendo su compra: legumbres y leche y carne. Un hombre camina sin más prenda que unos zapatos tenis y una baguette bajo la axila. Un viejo con una boina vasca pedalea en una bicicleta, los testículos desparramados sobre el sillín. Sombreros, collares, lentes de sol, guaraches, sandalias, barbas e

incluso flores son los únicos adornos que distraen la desnudez.

—Son los nativos los que me hacen sentir desnuda —comenta Sofía.

—No nos pelan —comenta Abelardo— pasando por las múltiples tienditas y puestos donde venden todo tipo de chucherías mientras se dirigen a su hotel.

En la isla sólo hay dos hoteles. Ambos están en el centro y no muy cerca del mar. Como uno de los mayores atractivos es la playa, todas las mañanas, después del desayuno, la gente sale en estampida para tomar baños de sol, nadar, practicar algún deporte, comer y, sobre todo, beber. Al principio Abelardo se siente nervioso, con el temor de que su cuerpo lo vaya a traicionar, que lo ponga en ridículo como le pasó al capitán. Pero el tralala lo protege, aunque por ello muchos lo miran con desconfianza.

A veces, cuando en la playa Abelardo mira a una mujer joven y bella, como ahora donde, junto a ellos, una rubia muy bronceada y bien formada charla con sus amigos, no deja de asombrarse de que nadie intente ocultar su desnudez aunque tampoco nadie hace alarde de ella. Los ojos de Abelardo van de su libro a la rubia, de la rubia al libro, del libro a Sofía.

—Tengo ganas de volver a verte vestida —le confiesa a Sofía— a ti y a todas las mujeres. No sé porque empiezo a sentirme como si estuviera en un campo de concentración.

Ya para el tercer día se han acostumbrado a salir completamente desnudos y caminan por el pueblo libremente. Al pasar por la iglesia, en pleno centro, ven que una muchedumbre se ha reunido afuera. Deciden ver de qué se trata.

—¿Se acuerdan del ejemplo de las estrellas que puso Heberto? Pues el universo en el que nosotros nos hallamos metido, que al principio parecía muy grande y que se iba expandiendo, se ha reducido vertiginosamente. Ya piró Bloy, ya piró Ana, ya piró doña Martita, ya piró Plastijoy, sus instalaciones y sus archivos, y ahora nos aproximamos a una perfecta línea recta en la que aparecen aquí la bella señora Platín, usted, yo, el diskette, nuestro anfitrión Kasko, Emiliano, Kaplan, el Papayo y seguramente algunos otros elementos que son los que me permitirán sacar mis

conclusiones finales. A ver, don Abelardo, dígame, para comprobar si entendió lo de la teoría de Ramsey, ¿cuál es el mínimo de gente que debe haber en un grupo para que cuando menos haya dos personas del mismo sexo?

—No me estés jodiendo —contestó Abelardo.

—¿A ver usted, seño?

—¿Tres? —dudó Sofía.

—¿Ya ve? Aquí la seño ya entendió, ¿no le da pena?

—Parece que es una boda.

—¿Entramos? —pregunta Sofía.

—Tendríamos que ir por nuestros tralala —recuerda Abelardo—. De otro modo no nos van a dejar.

—El hotel está cerca —dice Sofía— no seas flojo, ¿cuándo vamos a tener otra vez la oportunidad de ver una boda nudista?

—Por eso, don Abelardo, con una copia del disquet en mi poder, con la seño Platín a salvo, usted fuera del juego y mi aplicación a la teoría Ramsey le podré contestar a todo lo que me preguntaba hace rato. ¿Ya ve cómo las matemáticas representan el orden último, previo al de Dios?

Hay mucha gente. Los padrinos parecen haber llegado ya. No se distinguen del novio pues todos traen sus tralalas de seda negra, cuellos con corbatas de moño y puños con mancuernas.

—¿Quién seá ese viejito? —pregunta Abelardo— el único que anda de shorts...

—Pues quién más —responde Sofía— es el padre—. ¿No le ves la tonsura?

Los tralalas de las mujeres son de diferentes colores. Todas calzan tacones altos, algunas llevan sombreros; refulgen las esmeraldas, las perlas, los brillantes y los rubíes. De súbito los hombres empiezan a cantar el himno oficial de la isla

siguiendo la música de "Porque es un buen compañero o *Cause he's a jolly good fellow*": "Avec son tralalaá, avec son tralallá, avec son tralallá, avec son tralaá." Aplausos. En ese momento la novia hace su aparición: viene en una carroza, bien peinada, maquillada, seguramente olorosa a ungüentos y perfumes. Un velo blanco le cubre el rostro y le cae por la espalda hasta la cintura en donde tiene un collar de conchas de mar. Desde donde se encuentran, frente a la iglesia, Sofía y Abelardo apenas alcanzan a ver a los novios. Se empiezan a organizar y el padre conmina a los invitados a que tomen sus lugares.

—¿De que te ríes? —pregunta Sofía.

—Las nalgas de la novia me parecen conocidas.

—Claro, si no has dejado de mirárselas a cuanta mujer pasa junto a ti.

—A las ruquitas se las miraba nada más para que no sintieran gacho.

—No me eche inglés, paisano, la literatura debe ser como las matemáticas. Hay soluciones obvias y hay soluciones inesperadas. Un resultado puede ser trivial o significativo, falso o verdadero, coherente o incoherente, torpe o elegante. Por eso vamos a echarle ganas para el remate y aquí su servilleta los va a ayudar con alguna logiquilla.

Sofía y Abelardo entran por una de las puertas laterales de la iglesia y, de pie, junto al pasillo que conduce hasta el altar, aguardan la entrada de los novios que avanzan al ritmo de la marcha nupcial.

—En la madre! —exclama Abelardo.

—¿Qué te pasa?

—Es Lupita.

Capítulo XX

—Ya no entiendo nada—dice Abelardo, buscando una reacción en la mujer y sin conseguirlo: ella no parpadea siquiera; no asiente, no niega. Abelardo busca el aire, aspirarlo, llenar los pulmones, encontrar allí (¿dónde?) una cierta tranquilidad. Es injusto, piensa, y, le parece extraño hacerlo al mismo tiempo en Juanito Rosas y la teoría de Ramsey. ¿Qué carajos iba a entender yo de todo eso? se pregunta a sí mismo—. Entre más vueltas le doy a todo, menos entiendo.

—No importa —gritó Sofía—. Estamos llegando al final.

—En ese momento apareció el helicóptero —dice Abelardo, recordando aquel viento que movía todo, levantando tierra y arrancando los sombreros de las mujeres—, o mejor dicho, antes de verlo se escuchó el ruido y ahí comenzó el desgarrate, ¿me entiende, no?

—¡Juanito! —gritó Sofía.

Abelardo queda en silencio, escuchando en su interior una vez más ese grito de Sofía. ¿Cuántas veces no lo ha escuchado en todos esos días? ¿Cuántas veces no ha recordado las sábanas de satín negro, escuchando los gemidos amorosos de Sofía? ¿Cuántas mañanas desperándose ante el recuerdo de la ametralladora, escuchando el estruendo? ¿Cuántas preguntas todos los días? ¿Cuántas preguntas, simplemente?

—¡Cuántos muertos inútilmente!—exclamó el hombre enderezando las persianas y levantándolas para dejar entrar la claridad del día.

—Al suelo, Abe... —gritó Sofía. Tres palabras, como un eco, inatrapables, como si no hubieran sido pronunciadas por Sofía, o como si sólo hubieran sido imaginadas por él, pero de todos modos Abelardo se lanzó al suelo.

—No se imagina —vuelve a hablar Abelardo, los ojos mirando al suelo, la boca reseca, ansiando un JB o cuando menos la frialdad de una cerveza—, no se imagina las veces que he vuelto a recordar ese momento. Me da escalofrío, me siento un gusano. Recuerdo que me tiré al suelo, como un cobarde. No llegué a tener pasta de héroe. Y así es: me fui al suelo haya dicho o no Sofía eso, y si acaso se lo escuché

entre ese desmadre que se armó, entre los gritos y las carreras y los balazos. Sí, me tiré al suelo sin pensar en ese momento en Sofía, y una y otra vez me avergüenzo de no haber, al menos, intentado cubrirla con mi cuerpo, haber desafiado el peligro, cualquiera de esas cosas que se hacen en las películas y que yo no hice.

—¿Qué quería hacer? —le preguntó el hombre, mientras hacía una seña a otro, al calvo y regordete, para que saliera del cuarto—. Todo hubiera sido una locura, una pendejada. Usted no está adiestrado para eso, amigo Azcárate. En esos momentos son los reflejos los que cuentan, aquello que ha hecho uno toda la vida.

Ahí, en ese cuarto, y frente a la mujer, y a cada momento de todos los días siguientes, Abelardo recuerda el momento anterior, el pasillo de la iglesia en Yom Yom, y vuelve a mirar a la Lupe avanzar por el centro, las tetas al aire, las conchas en la cintura balanceándose. "¿Qué te pasa?", preguntó Sofía, la mano tensa apretando la suya, soltándola luego, retirándose aún antes de que él dijera: "¡Es Lupita..!" y antes de darse cuenta del primer disparo, porque él estaba ocupado en mirar el rostro del novio.

—¡Juanito! —¡gritó Sofía.

—Una masacre —dice Abelardo muy lentamente.

—Sí —admitió el hombre, y Abelardo pudo advertirle el intento de una sonrisa—: las armas estaban escondidas en todos los sitios imaginables, bajo las bancas, en los respaldos, bajo las losetas, en los sombreros, bajo las túnicas de los santos, no se puede usted imaginar, amigo Azcárate, no lo intente tampoco. Estábamos totalmente preparados —el hombre amplía la sonrisa, sin vergüenza—. Ahí sí: nalgas veíamos, intenciones no sabemos.

—¡No!—gritó Abelardo—:¡Es Garrido!

Y vió a Garrido retroceder, como si quisiera ocultar elpronuciado abdomen, tapar sus vergüenzas, mientras Sofía empujaba a la pareja delante de ellos y, al caer la rubia, Abelardo alcanzó a distinguir a Juanito Rosas en la puerta de la sacristía, y se daba cuenta del segundo disparo, lo escuchaba, y finalmente comprendía.

—Ocúltate —le gritó Sofía haciéndolo a un lado y Abelardo da un paso atrás y

ya no puede ver a la Lupe ni a Garrido, se lo impide uno de los pilares, y tampoco a Juanito, que quién sabe donde se metió, pero sí a la rubia en el suelo.

—Parecía buscar su sombrero entre las bancas de la iglesia, pero no, era otra cosa —dice Abelardo—, me di cuenta que era otra cosa cuando le vi los borbotones de sangre en el pecho...

Y Abelardo piensa en una imagen de sueño, un instante aparte, a un lado de la realidad: la peluca rubia cayendo hacia un lado de la cara, los anteojos negros ridículamente engarzados en los dedos de la mano izquierda, con uno de los aros partido a la mitad.

—Es extraño lo que uno puede recordar después de todo aquello que uno no creyó ver —dice Abelardo—. ¿Qué es lo que se puede buscar en esos instantes? Fíjese, eso es lo que pensé en esos momentos.

—¿Susana Koestler? —preguntó Abelardo.

—Usted conocía mucha gente metida en esto —dijo el hombre mientras se hurgaba en la nariz—, pero tal parece que nunca se dio cuenta ni siquiera de que las conocía.

—Así es —dice ahora Abelardo Azcárate—. Me siento como si me hubieran metido en una novela con un género equivocado, o como si se hubieran caído varios libros de una biblioteca y una persona se le hubiera ocurrido juntar las hojas dentro de una tapa con un absurdo nombre, hasta que con el tiempo y a güevo se le hizo creer a alguien más que todas las hojas pertenecían al mismo tomo. Qué chingaderas. Pero ni modo, hay que seguir.

—Nunca pensé eso, ¡maldición, no lo imaginé! —dijo Sofía, y Abelardo le observó la tensión reflejada en los ojos, en el largo cuello, y le miró los pechos palpitando aceleradamente (como palomas volviéndose halcones, pensó Abelardo)—: Hay que detenerlo —gritó Sofía.

—¿A quién? —y la pregunta de Abelardo quedó ahogada porque ahí mismo escucharon el ruido del helicóptero, como un violento temblor que descendía sobre ellos.

—Afuera! —gritó Sofía. Abelardo la vio correr y se lanzó detrás de ella.

—Sí, claro, en ese momento pensaba también en Juanito Rosas —reflexionaba en voz alta Abelardo—, y me preguntaba qué demonios hacía allí... Entiéndame, todo ocurrió muy rápido, como si unas cosas se sobrepusieran a otras; por eso no sé si unas cosas ocurrieron antes o después de como se lo platico... La bola de cosas que uno puede pensar, porque también se me ocurrió que ya no me iba a volver a acostar con Sofía, y también que de dónde había sacado esa pistola.

—¿La lista de los muertos? —preguntó extrañado el hombre, y se quedó mirando hacia la ventana: detrás de ella el smog de la ciudad de México lo volvía todo gris, opaco, sin vida.

—¿Juan Rosas? —preguntó el hombre—. Ese nombre no existe ni entre los vivos ni entre los muertos. No importa, amigo Azcárate. Nunca más volverá a saber de ellos. Le aconsejo que se busque otro empleo, que olvide que existió eso que ha venido llamando Plastijoy. Olvídese.

—¡Carajo! —Abelardo golpeó la mesa que lo separaba del hombre—: ¡Tengo derecho a saber! ¿Quiénes son ellos?

El hombre abrió uno de los cajones del escritorio, sacó un cigarrillo del interior y se lo llevó a los labios, lo dejó un instante allí antes de introducirlo a la boca y comenzar como a masticarlo, mientras seguía viendo por la ventana la gran nube gris que cubría a la ciudad de México.

—Nunca me quiso decir si Juan Rosas estaba del lado de nosotros o en contra —dice Abelardo mirando la punta de sus zapatos—, si también era agente, como Sofía, o si siempre me estuvo viendo la cara.

—No importa, amigo Azcárate —dijo el hombre—. ¿Para qué quiere saber? Le aseguro que de todas maneras no lo entendería. Usted, simplemente, y piénselo así, estuvo en el sitio equivocado, sin saberlo, y como ni nosotros ni ellos sabíamos que usted no lo sabía lo convertimos en lo que nunca fue.

—El hombre equivocado y la única mujer —dice Abelardo—. Porque, ¿usted sabe? Uno cree que el amor, el amor verdadero sólo existe en las novelas, pero luego

ocurre que uno va a una cita, una cita equivocada, sí, sin duda, y aunque uno no debería estar allí ocurre que allí encuentra lo que es el amor y el deseo, y las ganas de dejar de ser uno para convertirse en el otro que es uno mismo, y entonces nadie ha amado nunca, y sabe que entonces la única manera es hacerlo con todo lo que uno ha amado atrás y con todo lo que ha odiado y con todo lo que ha dejado de amar y uno es todo eso y todo lo que la otra persona es, ha sido o ha dejado de ser, y también con lo que ha querido ser uno mismo y con lo que la otra persona ha querido ser. Entonces, creo, allí se encuentra uno la vida, aunque haya perdido todo lo demás en la vida.

Y Abelardo Azcárate se quedó mirando a la mujer.

—Imagínese —dijo el hombre—, como si se hubiera convertido en un personaje de la novela que no le correspondía.

Y el hombre comenzó a reír en silencio, para sí mismo.

—¿Así que también Emiliano Ortega no existió nunca? —preguntó Abelardo—, que el hombre al que vi no era Emiliano Ortega? ¡Me lleva!

—Así es —dijo el hombre después de lanzar un gran escupitajo a la bacinica dorada en la esquina del cuarto—, imagine que nada de esto existió, que nada ha existido. ¿René Kasko? Nadie. ¿Acaso hay una novela de él? ¿La ha visto en algún lado? René Kasko no existe. ¿Kaplan? Vea la noticia en este periódico, un infartado más en Yom Yom, otro de esos viejos obesos que un día se van a saciar lo que ni siquiera saben que no es lujuria a la isla de Yom Yom y un mediodía caen a mitad de la plaza reventados de su insatisfacción. Ocurre todos los días en Yom Yom, no es ni siquiera noticia. A veces, como ahora, sólo sirve para anunciarle a alguien que Rolo Kaplan ya no vive, que todo falló, que han perdido.

(¿Pero cómo olvidar a Kaplan surgiendo del interior de la carroza donde llegaron los novios, y abriendo fuego con la Thompson? ¿Cómo olvidarse de él mismo tirado en el suelo, tapándose los oídos?)

—Sí, eso me dijeron —acepta Abelardo—, que me olvidara de todo, incluso de la Burroghs H750.

—¿Cuál disquet? —pregunta el hombre, realmente asombrado, luego lanza otro escupitajo, se soba los riñones y se vuelve sonriente hacia Abelardo—: ¿Realmente creyó que había un disquet? ¿O qué éste contenía algo en serio? Vamos, amigo Azcárate, no sea tan imbécil.

—Sí, como un imbécil —admite Abelardo—. Así me enamoré de Sofía. Disculpe, le estoy contando todo reborujado, pero ni modo, es que así salió todo. Me dijeron que me olvidara de todo, pero ¡cómo carajos! "Una vez vives para ti, otra para tus sueños", así le dije una vez a Juanito, pero por eso mismo vine con usted, doctora Estela, por eso: para juntar los sueños con la vida y vivirla así, de una vez. Sí, ya me voy dando cuenta que entender todo esto está en chino, ni metiendo las manos en una de esas maquinitas que tanto le gustan a Juanito (¿o le gustaban?) Cuando todo el ruido terminó, hasta entonces, levanté la cara, aquello era un carnaval pero con todos inmóviles, sólo el hombre ese estaba de pie, aún con los ridículos shorts y con la Thompson de Kaplan, me imagino. Y todavía ahora, nomás de pensarlo se me enchina la piel: imagínese, en unos cuantos segundos salieron todos esos hombres y levantaron todo, como si fuera una escenografía, y todo lo tiraban a unos grandes botes arrastrados por unos jeeps, todo: hombres, mujeres, sombreros, armas, el velo de novia de Lupe, los pedazos arrancados a la iglesia, las imágenes de los santos de la iglesia, las bancas, todo, y se lo llevaron en un segundo y sólo quedé yo ahí, mirando cómo el hombre me miraba y sonreía)...

—Vamos, señor Azcárate, ya acabó la fiesta.

—...ni yo le puedo explicar lo que sentí cuando se llevaban a Sofía en la camilla, pero a ver si me entiende: allí me di cuenta que se me iba la vida, que la novela verdadera no comenzaba... Y fíjese: yo lo único que quería era acostarme con Sofía Platín, y luego, cuando ya me había acostado con Sofía Platín vino una confusión tremenda, con sus buenos momentos, claro, pero yo nunca supe otra cosa sino que seguía deseando a Sofía Platín, y si la seguía deseando era porque nunca supe qué es lo que tenía.

—No me he atrevido a ir a buscarla. Porque, ¿sabe? estoy seguro que está viva,

es mucha mujer para morirse por unos cuantos balazos, ¿no cree? A lo mejor todavía vive donde mismo.

—En fin, ya casi todo terminó —dijo el hombre—, ahora usted olvídense, amigo Azcárate.

—¿Por qué allí, en Yom Yom? —preguntó Abelardo— ¿Quién les dijo?

—Mire, amigo Azcárate, usted nunca supo nada, todo el tiempo anduvo en babia, ¿para qué quiere saber algo ahora? Ya terminó, es el final, ya es tarde.

—Imagínese, eso me dijo —dice Abelardo—, y era cuando yo pensaba que comenzaba a vivir. A los cuarentaicuatro años, sí. Con Sofía. Me imagino que la aventura era que nadie sabía donde iba a terminar todo eso. La vida es un error.

—Dése cuenta de esto, amigo Azcárate —dijo el hombre—, usted es un héroe. Acabó con Plastijoy, con la amenaza de una terrible guerra bacteriológica, con la banda más importante de narcotraficantes en América, con el espionaje internacional, con todo lo que usted se imagine...

—¿Yo?

—Y con quién sabe cuantas cosas más, tantas que ya se me olvidaron —y el hombre lanza otro escupitajo—. Pero nadie lo sabrá, ni siquiera usted, ni el cómo y el por qué. Y no importa, además. Ocurrió simplemente. Bien, debo despedirme, amigo Azcárate.

El hombre avanzó hacia la puerta, y en ese momento Abelardo se sintió solo y abandonado en el universo.

—El desorden total es una imposibilidad —dijo el hombre abriendo la puerta y sonriendo por última vez—, pero a veces ocurre.

Capítulo XXI

"Sofía y yo seguimos vivos". Y pensando en cómo había comenzado todo, Abelardo se bebió cuatro JB en *La Bodega*. Después, ya entrada la noche, salió y consiguió un taxi frente al Hotel Roosevelt.

—A Pérez Galdós 1235 —dijo—, en Polanco.

Una sirvienta de uniforme negro, delantal y cofia blanca, le había abierto la puerta de tres cerraduras a la que desembocaba de bruces el elevador. Y sí, como aquella vez, le marcaron el alto en la entrada, provocadoramente; luego le preguntaron "a dónde va, señor".

—Al novecientos —dijo Abelardo—: Sofía Platín.

El anciano lo miró larga, inquisitivamente, se quitó la gorra y se rascó los pocos pelos que conservaba.

—En el noveno sólo está el penthouse, y la señora se llama Selma, no Sofía. Pero ándele, pase.

La sirvienta le pidió atentamente que aguardara un momento en lo que aparecía la señora: un momento.

La señora apareció cuatro minutos después. Era Sofía.

Llevaba un vestido de corte discreto, aunque de alguna seda finísima. Qué hermosa era Sofía.

—Pareces asustado —dijo Sofía avanzando y acentuó su sonrisa.

—Más bien estoy...

—Yo sé.

Abelardo sonrió. No sabía qué otra cosa podía hacer en aquella circunstancia. Se sentía un muchacho de dieciocho años, no un hombre de cuarentaicuatro.

—¿Jota Be?

Sofía avanzó hacia la mesa rectangular donde se hallaban las botellas. Todo parece de cristal, pensó Abelardo: ella, yo, la vida.

Sofía comenzó a hablar mientras preparaba los dos tragos, de espaldas a Abelardo.

Antes de terminar con lo que decía, y con las bebidas, ella giró hacia Abelardo y lo miró dulcemente. Avanzó hasta llegar a él. Extendió su mano izquierda y con toda lentitud le acarició la cabeza, el cabello, la nuca.

Cuando la boca abierta de Sofía se frotó en la boca de Abelardo, éste sintió sobre el cuerpo la grata presión de los pechos femeninos: tiernos, dulces, suavísimos como dos breves palomas.

Morelia, Mich., agosto de 1987

México, D.F., febrero de 1988

Composición electrónica de Bernardo Ruiz, diciembre, 2002 / enero, 2003

